
HARLEQUIN
Jazmín
Rebecca Winters
La cima del amor

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La cima del amor, n.º 2559 - febrero 2015
Título original: Becoming the Prince's Wife
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6061-2
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Capítulo 1

CUANDO Carolena Baretti se bajó de la limusina vio que Abby, su mejor amiga, subía por las escaleras del jet real. Al llegar arriba, ella se detuvo y se volvió:

–¡Estupendo! ¡Has llegado! –exclamó mientras intentaba evitar que su bebé escapara de sus brazos.

Con ocho meses, el príncipe Maximilliano era igual que su padre, el príncipe Vincenzo di Laurentis de Arancia. Carolena sabía que le estaban saliendo los dientes y le había llevado varios juguetes adecuados para que pudiera morderlos durante el vuelo a Gemelli.

La azafata agarró la maleta de Carolena y la acompañó a bordo. La sillita del bebé estaba colocada en uno de los asientos de piel y aunque el bebé intentaba escapar de los brazos de su madre, ella consiguió abrocharle el cinturón.

Carolena sacó un aro de color azul de su bolso de paja y dijo:

–A lo mejor esto te ayuda –se lo entregó al bebé–. ¿Qué te parece, cariño?

Max lo agarró y se lo llevó a la boca, provocando que ellas se rieran.

–Gracias por el regalo –dijo Abby, después de abrazar a Carolena–. ¡Cualquier distracción es estupenda!

Carolena se rio.

–Así seguro que no te aburres. He traído una película para que la veamos durante el vuelo. ¿Recuerdas que te conté que de pequeña me encantaba el actor Louis Jourdan?

–Actuaba en *Gigi*, ¿no?

–Sí. He encontrado una película suya entre la colección de mi hermano. Ya sabes que me encantan las películas antiguas. Se llama *Bird of Paradise,* y puesto que sobrevolaremos el monte Etna, pensé que podría gustarte.

–Nunca he oído hablar de esa película, pero gracias por pensar en mí. Estoy segura de que me gustará.

–Carolena… Sé que es un momento difícil para ti, pero me

alegro mucho de que hayas decidido venir. Vincenzo y Valentino tienen que hablar de negocios durante estos días. Eso nos dará tiempo para hacer lo que queramos mientras la reina Bianca se dedica a mimar a su nieto.

–Cuando Max sonríe veo en él rasgos de Michelina. Ella debe de estar encantada.

–Lo sé. Resulta difícil de creer que Bianca estuviera muy disgustada por el embarazo. Ahora está mucho más cariñosa conmigo.

–Da gracias al cielo, Abby.

Abby Loretto se había ofrecido a ser madre de alquiler para albergar en su vientre al hijo de Sus Altezas, y tanto Vincenzo como ella lo pasaron muy mal a causa de la repentina muerte de Michelina.

Carolena se alegraba de que, desde entonces, ambos se hubieran enamorado locamente, hubieran conseguido superar los contratiempos antes de casarse, y estuvieran criando juntos a su precioso hijo. También se alegraba de que la hubieran invitado a acompañarlos durante sus cortas vacaciones.

Era cuatro de junio, una fecha que había temido desde los últimos siete años. Era el día en que había fallecido Berto, su prometido, y le producía un fuerte sentimiento de culpabilidad. Berto y ella habían compartido un amor intenso, pero había finalizado demasiado pronto y de manera trágica. Y todo por culpa de Carolena.

Siempre había arriesgado demasiado, tal y como su difunta abuela solía recordarle: «Te metes allí donde los ángeles temen pisar, sin pensar en nadie más que en ti misma. Es posible que sea debido a que perdiste a tus padres demasiado pronto y porque yo te he fallado. Un día pagarás el precio de ser tan cabezota».

Las lágrimas afloraron a sus ojos. Qué ciertas eran aquellas palabras.

La muerte de Berto había provocado un cambio permanente en Carolena. No quería volver a ser responsable de ninguna otra persona, aparte de aquellas que tuvieran relación con su trabajo de abogada. A pesar de que había salido con varios hombres, siempre había mantenido relaciones cortas y superficiales. Durante esos siete años su forma de vida se había basado en eludir todo compromiso. Nadie dependía de ella. Y sus actos no afectaban ni herían a otras personas. Así era como le gustaba vivir.

Abby sabía que se acercaba la fecha y había insistido en que Carolena los acompañara al viaje para que no pensara en lo que había sucedido en el pasado. Carolena adoraba a su amiga por muchos motivos, pero sobre todo por ser tan atenta con ella en momentos difíciles como ese.

Mientras se abrochaba el cinturón vio que varios guardaespaldas acompañaban a Vincenzo hasta el interior del avión. Él se detuvo para besar a su esposa y a su hijo antes de abrazar a Carolena.

–Me alegro de verte. Gemelli es un país muy bonito. Te encantará.

–Estoy segura de que así será. Gracias por haberme invitado, Vincenzo.

–Créeme, el placer es nuestro. Si estáis preparadas, despegaremos. Le dije a Valentino que llegaríamos a media tarde.

Cuando él se sentó, el avión comenzó a despegar. Dejaron atrás el principado de Arancia, un país situado en la Riviera, entre Francia e Italia.

Antes de que el avión se dirigiera hacia el sur, ella contempló cómo se alejaban del mar Mediterráneo, pero era evidente que Abby y Vincenzo solo tenían ojos el uno para el otro. Lo suyo era una verdadera historia de amor. Observarlos resultaba doloroso. En momentos como aquellos, con tan solo veintisiete años, Carolena se sentía vieja antes de tiempo.

Afortunadamente tenía una película para ver. La historia trataba sobre un hombre francés que viajaba a la Polinesia y se enamoraba de una nativa que más tarde, cuando el volcán entró en erupción, tuvo que saltar a su interior para ofrecerse en sacrificio a los dioses.

Cuando el avión comenzó a descender sobre Gemelli, Carolena vio que salía humo del Etna, uno de los volcanes de Italia, y se estremeció al pensar en la posibilidad de que entrara en erupción.

El helicóptero se alejó de la nueva fumarola que había surgido en el cráter oeste del Etna. Después de observar la nueva salida de gases, el equipo científico envió el vídeo y los datos sísmicos antes de dirigirse al Centro Nacional de Geofísica y Vulcanología de Catania, en la Costa Este de Sicilia.

Durante el trayecto al laboratorio, los tres hombres oyeron varias explosiones procedentes del interior del cráter, pero no había motivo para activar la alerta de evacuación.

Cuando el helicóptero aterrizó, el príncipe Valentino se despidió de sus dos colegas y se subió en el helicóptero real para dirigirse a Gemelli. El equipo había regresado tarde, pero habían tenido que hacer un estudio minucioso antes de enviar fotos y datos importantes.

El príncipe Vincenzo di Laurentis, cuñado de Valentino, habría llegado al palacio varias horas antes junto con su esposa, Abby, y su hijo, Max. Habían llegado de Arancia para visitarlo y se quedarían unos días. Valentino estaba deseando verlos.

Vincenzo y él eran primos lejanos y habían realizado negocios juntos durante muchos años, pero su relación se había hecho más estrecha después de que Vincenzo se casara con Michelina, su primera esposa y hermana de Valentino. Su muerte había dejado un gran vacío en su corazón. Él siempre había estado muy unido a su hermana.

Vitale, su hermano pequeño, al que llamaban Vito, estaba en el ejército, así que, después del trabajo, Valentino pasaba el rato saliendo con sus amigos y su novia más reciente, mientras que su madre, Bianca, la reina de Gemelli, se mantenía ocupada con los asuntos del país.

Aquella noche, en cuanto el helicóptero aterrizó en la parte trasera del palacio, Valentino, que estaba deseando ver a Vincenzo, se apresuró a cruzar los jardines para tomar un atajo junto a la piscina y llegar a su apartamento del ala este.

De pronto, vio algo que provocó que se detuviera en seco. En el borde del trampolín había una mujer despampanante con un bañador de color morado que estaba a punto de saltar.

Momentos después, la mujer desapareció bajo el agua, pero él ya había tenido tiempo de olvidar la fumarola del monte Etna y de seguir con la mirada aquellas piernas esbeltas. Cuando salió a la superficie en la parte profunda de la piscina, él se agachó para saludarla. Sus ojos eran de color verde y su boca sensual, y tenía una trenza de color dorado sobre uno de sus hombros.

–¡Huy! ¡Alteza! ¡Creía que no había nadie por aquí!

No la conocía de antes porque nunca la habría olvidado. Se fijó en que no llevaba anillo en el dedo.

Ella se acercó más al borde de la piscina. Él tuvo la sensación de que intentaba evitar que él viera todo su cuerpo y se sintió intrigado por su pudor.

–Soy Carolena Baretti, amiga de Abby Loretto.

¿Esa mujer era la mejor amiga de Abby? Había oído hablar de ella, pero Vincenzo nunca le había dicho nada. Y Valentino sabía que su cuñado no era ciego… Aunque no le habían comentado que ella los acompañaría en el viaje, no le importaba. En absoluto.

–¿Cuánto tiempo lleva aquí?

–Llegamos a las dos. La reina está jugando con Max mientras que Vincenzo y Abby duermen la siesta –sonrió para sí–. Yo decidí venir a darme un baño.

–El trabajo me llevó más tiempo de lo esperado y me ha sido imposible regresar antes de que llegaran. He organizado una cena en el comedor privado para esta noche. ¿Dentro de media hora? Uno de mis empleados le mostrará el camino.

–Es muy amable, pero no quiero molestar durante el tiempo que estemos aquí. He comido algo antes de venir a bañarme, así que me quedaré disfrutando de este lugar.

–Es amiga de ellos, así que no hace falta que le diga que está invitada –sonrió–. Y aunque no estuviera con ellos, me gustan las molestias tan agradables como esta. Insisto en que nos acompañe.

–Gracias –dijo ella, pero él supo que estaba debatiéndose acerca de aceptar su invitación–. Antes de que se vaya, quería decirle que siento mucho la pérdida de la princesa Michelina. Veo que tanto usted como el bebé se parecen a su hermana. Sé que ha sido devastador para su familia, sobre todo para la reina, pero si alguien puede dar alegría a todos ustedes es su adorable sobrino, Max.

–Estoy deseando verlo otra vez. Probablemente haya crecido un palmo desde la última vez.

Ella sonrió.

–Teniendo en cuenta que es el hijo del príncipe Vincenzo, supongo que será un chico muy alto.

–No me sorprendería. *A presto, signorina* Baretti.

* * *

Carolena lo observó alejarse por el patio hasta que desapareció al atravesar una puerta de cristal. Mucho después de que él se hubiera marchado, ella seguía intentando recuperar la respiración. Había reconocido al atractivo príncipe de treinta y dos años nada más verlo.

Lo conocía gracias a lo que había leído en los periódicos y había visto en la televisión cuando cubrieron la noticia del entierro de su

hermana, la princesa Michelina. Él había acompañado a su madre, la reina Bianca, y a su hermano en el carruaje negro y dorado y los tres se mostraban muy afectados.

En una encuesta reciente lo habían nombrado uno de los solteros de la realeza más solicitados del mundo. Y en la mayor parte de las revistas se hablaba de que era un mujeriego. Carolena lo creía. La había mirado de arriba abajo, provocando que experimentara un fuerte calor allá donde posaba su mirada.

Ninguna cámara podría captar el impresionante color azul de sus ojos. El sol de la tarde bañaba en oro las puntas de su cabello rubio y resaltaba las facciones de su rostro. Era un hombre tremendamente atractivo.

Vestía unos pantalones vaqueros que se ceñían a sus poderosos muslos y una camisa blanca arremangada que dejaba sus musculosos antebrazos al descubierto. Además, tenía la ropa, los brazos y el rostro manchados de negro y ella se preguntaba qué habría estado haciendo. El hecho de que fuera un hombre trabajador aumentaba su potente carisma. Lo convertía en algo más que en un príncipe atractivo sin sustancia.

Carolena se quedó asombrada por cómo había reaccionado ante él. Debido a su trabajo de abogada, había conocido a hombres de diferentes tipos, ingenieros, empresarios, fabricantes y genios de la tecnología entre otros, pero nunca había reaccionado de esa manera ante ninguno de ellos. Ni siquiera con Berto, que había sido un amigo de la infancia antes de que se enamoraran.

El príncipe había dicho media hora. Carolena no tenía intención de acompañarlos durante aquella velada, pero puesto que él había insistido, decidió que sería mejor asistir a la cena para no ofenderlo. Por desgracia se le estaba haciendo tarde. Tendría que arreglarse deprisa, pero no tenía tiempo de lavarse el cabello.

Salió de la piscina y se dirigió a su dormitorio. Se dio una ducha, se quitó la trenza y se peinó. Después de maquillarse, se puso un vestido con tela de leopardo, unos pendientes y un collar de oro. También unos zapatos de color ámbar.

El despacho de abogados para el que trabajaba en Arancia exigía que los empleados vistieran prendas de diseño, puesto que trataban con clientela de la alta sociedad. Abby había trabajado allí con ella hasta el quinto mes de embarazo, en el que se vio obligada a pedir la baja laboral. Puesto que Carolena había trabajado allí veinte meses y recibía un buen salario, había acumulado ropa estupenda y

no tenía que preocuparse por encontrar algo apropiado para llevar a la cena.

Llamaron a la puerta y ella pensó que una doncella estaba esperándola para acompañarla hasta el comedor. Nada más abrir se sorprendió al ver que era el príncipe quien la esperaba, vestido con una camisa de seda marrón y unos pantalones de color beige.

Ambos se miraron de arriba abajo. Él estaba recién duchado y desprendía un maravilloso aroma a jabón.

–Alteza… Es la segunda vez que me sorprende esta tarde.

Él le dirigió una amplia sonrisa.

–Las sorpresas hacen que la vida sea más interesante, ¿no cree?

–Estoy de acuerdo, pero depende del tipo.

–Soy incapaz de resistirme a este tipo de sorpresa.

–Es un honor para mí que sea el propio príncipe quien me acompañe.

–No le ha resultado muy difícil decirlo, ¿no? –su comentario provocó que ella sonriera–. Puesto que estoy muerto de hambre, pensé que si la acompañaba al comedor en persona todo se apresuraría, y he de admitir que me alegra ver que está preparada.

–Entonces no perdamos más tiempo.

–Vincenzo y Abby ya están allí, pero ni siquiera me han visto cuando pasé por la puerta. Había oído que la luna de miel podía durar una semana o dos, pero ¿ocho meses?

Carolena se rio.

–Sé lo que quiere decir. Durante el vuelo, estaban tan embelesados que apenas me dirigieron un par de palabras.

–El amor debería ser siempre así, pero no es lo habitual.

–Lo sé –murmuró ella.

Vincenzo y Michelina no habían disfrutado de un matrimonio así. Carolena y Valentino eran conscientes de ello, así que dejaron el tema.

Ella lo siguió por varios pasillos llenos de tapices y cuadros hasta unas puertas que daban al jardín y que estaban custodiadas por un empleado.

–Atajaremos por el jardín hasta la otra ala del palacio. Es más rápido.

El príncipe Valentino no tenía nada de estirado o de arrogante, y poseía el extraño don de ser capaz de conseguir que ella se sintiera cómoda y relajada.

–Los jardines son preciosos –dijo ella, mirando a su alrededor–.

Hay una amplia colección de palmeras y plantas exóticas. Y nunca había visto una arquitectura barroca tan llamativa.

Él asintió.

–Mi hermano, Vito, y yo siempre nos hemos reído de todos los querubines alados que sujetan los balcones. Mi madre solía llevarse grandes disgustos porque les pintábamos bigotes. Como castigo teníamos que borrárselos.

Ella soltó una carcajada.

–No le contaré a Abby lo que ha dicho o tendrá pesadillas pensando en que Max pueda hacer esas trastadas.

–Todavía falta algún tiempo para eso –dijo él.

–Todas esas balaustradas de hierro forjado contribuyen a que el palacio sea precioso.

–Este lugar es único –comentó él, antes de guiarla por una puerta.

Al pasar junto a él, sus brazos se rozaron y ella se estremeció. Era ridículo que reaccionara de esa manera. Sin duda era porque nunca había estado tan cerca de un príncipe. A excepción de Vincenzo, pero él no contaba de esa manera.

Llegaron a la entrada del comedor, donde Abby y Vincenzo estaban sentados a la mesa, a la luz de una vela, besándose y charlando en voz baja.

Valentino se aclaró la garganta.

–¿Volvemos dentro de un rato? –preguntó después de ayudar a Carolena a sentarse.

La pregunta hizo que la pareja se separara. Mientras que Abby se sonrojó, Vincenzo se puso en pie y se acercó para abrazar a Valentino.

–Me alegro de verte.

–Lo mismo digo. Siento haber tardado tanto. No he podido evitar salir tarde del trabajo.

–Nadie puede comprender eso mejor que yo. Nos hemos tomado la libertad de traer a Carolena con nosotros. Permíteme que te presente.

Valentino la miró fijamente.

–Ya nos hemos conocido en la piscina.

Carolena y Abby se miraron en silencio, antes de que él se acercara a abrazar a su amiga. Después se sentó junto a Carolena, que todavía no se había recuperado de la reacción que había tenido al ver su atractivo.

Momentos después, les sirvieron la cena. Para empezar, croquetas de risotto y pesto de pistacho, y después, pasta con almejas y un plato de cangrejo con berenjenas. Valentino les comentó que el vino blanco provenía del viñedo que había en el palacio.

–La comida es extraordinaria, pero me temo que no voy a poder continuar con el postre –comentó Carolena un poco más tarde–. Si viviera aquí durante mucho tiempo parecería una de esas perdices sicilianas incapaces de moverse.

Los hombres soltaron una carcajada, al mismo tiempo que Valentino se comía el postre.

Carolena miró a Abby.

–¿He dicho algo raro?

Vincenzo sonrió.

–Mi esposa y tú tenéis los mismos esquemas de pensamiento. A ella le preocupaba que el embarazo la convirtiera en una ballena varada.

–Las mujeres tenemos nuestros miedos –se defendió Abby.

–¡Desde luego!

Valentino miró a Carolena fijamente.

–Después de ver cómo te quedaba el bañador morado que llevabas antes, te aseguro que nunca tendrás ese problema.

Carolena no pudo evitar sonrojarse.

–Espero que tenga razón, Alteza.

–Llámame Val.

«¿Val? ¿Quién diablos lo llama así?», pensó ella.

Era como si él le hubiese leído el pensamiento.

–Ni a mi hermano ni a mí nos gustaban nuestros nombres. Eran demasiado largos, así que los acortamos. Él es Vito y yo soy Val.

–V y V –dijo ella–. Me sorprende que no tuvierais que borrar vuestras iniciales de alguno de esos querubines.

Él se rio y después les explicó la broma a Vincenzo y a Abby.

Carolena sonrió a Abby.

–Le he advertido para que no le cuente esa historia a Max. Si no, cuando crezca, igual le da por imitar a sus tíos.

–Por suerte nosotros no tenemos querubines –dijo Vincenzo.

–Cierto –repuso Abby–, pero tenemos esculturas y podría tirarlas con una pelota.

Mientras se reían apareció una doncella en la puerta.

–Perdone que los interrumpa, Alteza, pero la reina dice que el

pequeño príncipe está llorando y que parece que tiene fiebre.

Al instante, los padres se pusieron en pie y terminaron las bromas.

–Probablemente solo sea un catarro –dijo Carolena, tratando de tranquilizarlos.

Abby asintió.

–Seguro que tienes razón, pero no está acostumbrado a la reina y tampoco a este lugar. Iré a buscarlo –le puso una mano en el brazo a Vincenzo–. Quédate y disfruta, cariño.

Valentino se levantó.

–Tenemos todo el día de mañana. Ahora vuestro hijo os necesita a los dos.

–Gracias –murmuraron.

Abby se acercó a Carolena y le dio un abrazo.

–Te veré por la mañana.

–Por supuesto. Y, si necesitas algo, me llamas.

–Lo haré.

Cuando se marcharon, Carolena se puso en pie.

–Yo también me retiro. Gracias por esta maravillosa cena, Alteza.

Él frunció el ceño.

–Me llamo Val. Quiero oír cómo lo dices.

Ella respiró hondo y dijo:

–Gracias, Val.

–Así está mejor –la miró de arriba abajo–. ¿Y por qué tanta prisa?

–Estoy cansada –contestó lo primero que se le pasó por la cabeza–. Me desperté temprano para terminar un asunto de trabajo antes de que la limusina viniera a recogerme para ir al aeropuerto. Me apetece irme a la cama.

–Entonces, te acompañaré.

–No es necesario.

Él ladeó la cabeza.

–¿Te asusto?

«Lo que me asusta es tu atractivo», pensó ella.

–Si acaso, lo que me preocupa es interrumpir tu rutina.

–Esta noche no tengo rutina. Olvídate de que soy el príncipe.

El hecho de que fuera príncipe no era lo que le preocupaba. Se había fijado en él como hombre, y eso no le había sucedido desde que se enamoró de Berto.

–Para ser sincera, cuando te vi en la piscina parecías cansado después de un largo día de trabajo. Puesto que es tarde, estoy segura de que querrás dormir bien antes de pasar el día con Vincenzo mañana.

–No estoy tan cansado como para no poder acompañarte a tu dormitorio.

–¿Alteza? –la doncella se asomó de nuevo por la puerta–. A la reina le gustaría verlo en su apartamento.

–Iré para allá. Gracias.

Agarró a Carolena del brazo para acompañarla fuera del comedor. Ella no quería que él la tocara. Su contacto provocaba que todo su cuerpo se pusiera alerta. Cuando llegaron al jardín, ella se soltó.

–Ahora que conozco a Vincenzo, me doy cuenta de lo ocupado que estás. Tu madre te está esperando.

–Siempre voy a darle las buenas noches antes de retirarme. Si nuestra cena hubiese durado más tiempo, habría tenido que esperar todavía más.

No había manera de convencerlo para que la dejara regresar sola a su dormitorio.

–¿Qué tipo de trabajo has estado haciendo hoy? –sentía mucha curiosidad y no pudo evitar preguntárselo.

Él sonrió.

–Siempre llego a casa sucio y tengo que quitarme la mugre.

Ella negó con la cabeza.

–No he dicho tal cosa.

–No hacía falta. En los volcanes siempre te ensucias.

Carolena se detuvo y lo miró.

–¿Estuviste en el Etna?

–Así es.

–¿Y por qué?

–Soy vulcanólogo en el Centro Nacional de Geofísica y Vulcanología de Catania.

–Bromeas… –después de la película que había visto en el avión, no podía creérselo.

–Ni siquiera un príncipe puede permitirse el lujo de no hacer nada más. El Etna ha formado parte de mi paisaje desde que nací. Desde el primer día en que vi que echaba humo supe que tenía que subir y verlo de cerca. Y, cuando lo hice, me atrapó.

–Debe de ser fantástico verlo tan de cerca. ¿Has estado en otros

volcanes?

–En muchos.

–¡Eres afortunado! Durante el vuelo vi una película sobre un volcán de la Polinesia que entraba en erupción.

–¿Te refieres a *Bird of Paradise*?

–Sí. Es muy buena. Tu trabajo debe de ser muy peligroso.

–Hoy en día no tanto. El objetivo es aprender a predecir la actividad del volcán para poder advertir a la población y evacuarla a tiempo si es necesario. Durante las últimas décadas se han creado varias maneras de vigilar a los volcanes activos.

–¿Y qué opinaban tus padres acerca de que te convirtieras en vulcanólogo?

Él sonrió.

–Cuando les expliqué por qué estaba interesado en estudiar eso, lo aceptaron.

–¿Y qué argumento les diste?

Él arqueó las cejas.

–¿Crees que necesitaba alguno?

–Si hubieran sido como mi abuela, que era la esencia de la precaución, sí.

Él se detuvo a la entrada del ala del palacio donde se encontraba el dormitorio de Carolena. La luz de la luna bañaba sus rasgos masculinos, provocando que pareciera una estatua romana.

–El primer deber de un rey es asegurar el bienestar de su pueblo. Les expliqué a mis padres que, cuando el Etna entre otra vez en erupción, no quiero que pase lo que sucedió en 1669.

–¿Qué sucedió?

–Murieron veintinueve mil personas.

Ella se estremeció al recordar la película.

–No puedo ni imaginármelo.

–Hoy en día no podría suceder, teniendo en cuenta que hay sistemas de alarma muy sofisticados, pero sí hay que educar a la población sobre lo importante que es conocer y seguir los protocolos de evacuación.

–En la película no había sistema de alarma.

–Por supuesto, hace cien años no existían. Eso ha sido mi mayor preocupación. Gemelli tiene una población de doscientos mil habitantes, así que no podría acoger a todos los que huyeran de los alrededores de Catania, pero quiero que estemos lo más preparados posible.

–¿Y cómo preparas a la población?

–He trabajado con nuestro gobierno haciendo simulacros de acogida para responder de manera adecuada en caso de desastre. Tendrían que estar disponibles todas las embarcaciones y los transportes aéreos hacia otras islas. También tendríamos que ser capaces de ofrecer alojamiento y comida.

–Eso es un proyecto enorme.

–Es cierto. Para protegerse de las cenizas y gases volcánicos, he ordenado que cada familia tenga máscaras desechables de respiración. Los resultados de la investigación de este año han hecho que me convenza de que solo hemos empezado a hacer una pequeña parte de todo lo que se necesita para estar preparado.

–Tu país es afortunado por tenerte de centinela. Estoy muy impresionada con lo que haces.

–Eso es solo una parte de lo que hago.

–Ya sé lo que hace un príncipe –soltó una risita–. En una ocasión, Abby me leyó la agenda que tenía Vincenzo para el día y casi me desmayo. Ella nunca me había contado nada acerca de tu experiencia como científico.

–No es algo de lo que suela hablar.

–¡Pues a mí me parece fascinante! Eres como un astronauta o un piloto de pruebas, pero la población en general no sabe cómo arriesgas la vida, ni lo que haces.

–Estás exagerando.

–En absoluto –dijo ella–. Es como si llevaras una doble vida. ¡Eres un misterio!

No le extrañaba que Abby hubiera elegido esa película, porque sabía cuál era la profesión de Valentino y pensaba que Carolena se quedaría impresionada al descubrir cuál era su trabajo.

Valentino soltó una risita y abrió la puerta que daba entrada al pasillo donde estaba la habitación de Carolena. Ella abrió la puerta de su dormitorio y, aunque estaba deseando hacerle más preguntas sobre su trabajo, no quería que él pensara que esperaba que se quedara más tiempo en su compañía. Además, la reina estaba esperándolo.

–Ha sido una velada estupenda. Gracias por todo.

Los ojos de Valentino brillaron en la semioscuridad.

–¿Y a qué más te dedicas aparte de provocar que a los hombres desprevenidos les dé un ataque al corazón cuando nadas?

Ella se sonrojó.

–Creía que estaba sola.

–Como llegaba tarde atajé por esa parte del jardín y te vi de casualidad. Me parece que voy a tener que hacerlo más a menudo.

Valentino era un hombre adulador. Las revistas no se equivocaban cuando hablaban de él.

–No estaré el tiempo suficiente para que vuelvas a pillarme. Tengo un caso legal esperándome en el despacho en Arancia.

–He oído que estás en el mismo despacho que Abby.

–Estuvimos juntas hasta que se casó. Ahora se dedica a ser madre.

Él le dirigió una amplia sonrisa.

–A tus colegas hombres debe de resultarles muy difícil trabajar rodeados de tanta belleza e inteligencia.

–Todos están casados.

–Eso hace que sea mucho peor.

Ella se rio.

–Eres increíble.

–Entonces, nos llevaremos bien. Mañana desayunaremos en la terraza del comedor. Enviaré a una doncella para que te recoja a las ocho y media. *Buona notte,* Carolena.

–*Buona notte.*

–Val –dijo él otra vez.

–Val –susurró Carolena antes de cerrar la puerta. Se apoyó en ella, sorprendida por el hecho de que él insistiera tanto en que empleara su diminutivo, y por el impacto que había tenido sobre ella.

Se puso el pijama y, como sabía que no podría dormir, encendió el ordenador y buscó información sobre el monte Etna. Encontró docenas de vídeos sobre el volcán y estuvo viéndolos hasta pasada la una de la madrugada.

Después de ver unas imágenes de seis vulcanólogos que murieron en un volcán de los Andes en 1993, apagó el ordenador. Los científicos estaban allí cuando empezó la erupción y comenzó a salir la lava.

La idea de que eso pudiera sucederle al príncipe hacía que se sintiera inquieta. Sabía que él tomaba precauciones, pero siempre existía cierto riesgo. El deseo de ver una erupción desde cerca debía de ser difícil de resistir. Eso era lo que él hacía en su trabajo. Subía al volcán para ver de cerca su actividad y enviar datos, pero un día podía resultar herido. A pesar de que no soportaba la idea de que

aquello pudiera suceder, Carolena sentía verdadera admiración por él.

Finalmente, Carolena se metió en la cama y se quedó dormida.

A las siete y media de la mañana sonó su teléfono móvil y ella no pudo evitar preguntarse si sería el príncipe. Se incorporó para contestar y vio que era Abby.

–¿Abby? ¿Estás bien? ¿Cómo se encuentra Max?

–Todavía tiene fiebre y está molesto. Creo que le está saliendo otro diente. Te llamo para decirte que no voy a ir a desayunar con vosotros y que voy a quedarme con él en el apartamento. Así Vincenzo y Valentino tendrán más tiempo para trabajar esta mañana.

–Comprendo. Siento que Max se haya puesto enfermo.

–Se pondrá bien, pero dadas las circunstancias, ¿por qué no pides el desayuno en tu dormitorio o junto a la piscina? Te llamaré más tarde. Y, si quieres una limusina, pídela marcando el cero. El chófer te llevará a la ciudad si quieres hacer compras o algo.

–No te preocupes por mí. Me encanta relajarme en la piscina. Después del ritmo estresante del despacho esto es el paraíso.

–Muy bien, entonces, hablamos pronto.

El cambio de planes resultó ser positivo. Cuanto menos viera a Valentino, mejor.

Capítulo 2

HACIA las diez y media, Valentino se dio cuenta de que Vincenzo no era capaz de concentrarse.

–Vamos a dejarlo. Sé que quieres estar con Max y con Abby. Nos reuniremos para cenar, cuando yo haya terminado con otros asuntos.

Vincenzo asintió.

–Lo siento, Valentino.

–No pasa nada. La familia es lo prioritario –acompañó a su cuñado hasta la puerta y, tras despedirse, se dio cuenta de que tenía el resto del día libre.

Llamó a la habitación de Carolena, pero no obtuvo respuesta. Entonces, llamó a su asistente.

–¿Paolo? ¿La señorita Baretti ha ido a la ciudad?

–No. Ha desayunado junto a la piscina, y todavía está allí.

–Muy bien. Gracias.

Se puso el traje de baño y se dirigió a la piscina con una toalla y el teléfono en la mano. Vio que Carolena estaba sentada leyendo un libro bajo una sombrilla. Se había hecho una trenza y se había cubierto con un pareo, pero se veía que debajo llevaba un bikini de color verde.

–Supongo que era mucho esperar que llevaras el bañador morado con el que te vi la otra noche.

Ella levantó la vista. Valentino tuvo la sensación de que se había puesto nerviosa al verlo. ¿Por qué?

Carolena dejó el libro sobre la mesa.

–¿Ya has terminado de trabajar con Vincenzo?

Él dejó la toalla sobre una silla.

–Entre tú y yo, creo que quería echarse una siesta con su esposa.

Ella sonrió.

–Se merecen unas vacaciones.

–Mañana seguiremos trabajando, cuando Max se encuentre mejor. Ven a nadar conmigo.

Ella negó con la cabeza.

–Ya me he bañado.

–No hay nada que te impida bañarte otra vez, ¿no crees? –dejó el teléfono sobre la mesa.

–No. Por favor, olvídate de que estoy aquí.

–Me temo que eso va a ser imposible –dijo él antes de meterse en el agua y comenzar a nadar. Al cabo de un rato, sacó la cabeza y se sorprendió al ver que ella se dirigía hacia el palacio.

Nunca le había pasado nada parecido. Salió del agua, recogió sus cosas y la alcanzó justo cuando estaba a punto de entrar en sus aposentos. Valentino se detuvo en la puerta para que ella no pudiera cerrarla.

–¿Te has ido porque te molestaba mi presencia? ¿O porque sientes aversión hacia mí, *signorina*?

Ella se sonrojó.

–Ninguna de las dos cosas.

–¿Por qué no me dijiste que preferías estar sola?

–Soy una invitada. Tú eres el príncipe y esta es tu casa, pero no tenía intención de ofenderte.

–Ayer te pregunté si tenías miedo de mí y me dijiste que no. Creo que sí lo tienes y me gustaría saber por qué. Es cierto que aunque estoy comprometido con la princesa Alexandra desde hace años, he tenido una vida amorosa activa. En eso me parezco a Vincenzo antes de que se casara con Michelina, pero tengo la sensación de que como Abby me ha creado fama de chico malo, tienes miedo de estar conmigo.

–¡Por supuesto que no, Alteza! –dio un paso atrás–. No la culpes de nada. ¡Ella te aprecia muchísimo!

–Invítame a pasar para que podamos hablar sin que los empleados escuchen nuestra conversación.

Carolena se echó a un lado para dejarlo pasar.

–Te daré una toalla seca para que te puedas sentar –cerró la puerta.

Momentos después, dobló una toalla y la colocó sobre una silla.

–Gracias –dijo él, y se sentó–. ¿Qué ocurre contigo? Que te haya dicho que me pareces atractiva no significa que vaya a abalanzarme sobre ti –vio que ella evitaba su mirada–. No me digas que no sabes de qué te estoy hablando

–No iba a hacer tal cosa, y no pretendía ser maleducada. Tienes que creerme.

Ella parecía sincera, pero Valentino no estaba dispuesto a dejarla

marchar.

–¿Qué más puedo pensar? Anoche me dio la impresión de que disfrutábamos conversando el uno con el otro, pero hoy te comportas como una colegiala asustada. ¿Te ha atacado algún hombre antes? ¿Es ese el motivo por el que te fuiste en cuanto me metí en el agua?

–¡No! No lo comprendes.

–Puesto que eres una invitada especial, ayúdame para que no me sienta como un apestado.

–Perdóname si te he hecho sentir de esa manera –lo miró a los ojos–. Esto tiene que ver conmigo, no contigo.

–¿Te comportas así con todos los hombres que conoces o soy el único que tiene el honor?

Ella se puso en pie.

–Estoy pasando una mala racha –dijo con voz temblorosa–. No puedo hablar de ello. ¿Podríamos empezar de nuevo? ¿Como si esto nunca hubiera sucedido?

–Depende. ¿Te gusta montar a caballo?

–Me encanta. Solía montar todo el tiempo en la granja de mis abuelos.

–Entonces, pediré que te lleven la comida a tu habitación y te recogeré dentro de una hora. Montaremos por los alrededores del palacio. Es un lugar seguro y conocido para Abby, que desea que te lo pases bien durante tu estancia, pero, si tienes miedo a causa de lo que le pasó a mi hermana mientras montaba, podemos jugar al tenis.

–No tengo miedo, pero montar a caballo debe de suponer un recuerdo doloroso para ti.

–He trabajado para superarlo. Un accidente puede ocurrir en cualquier momento. Preocuparse demasiado por ellos resta calidad a la vida. ¿No crees?

–Sí –susurró ella con los ojos humedecidos y emoción en la voz.

Valentino sentía curiosidad por saber qué le sucedía, y tenía ganas de consolarla. No obstante, decidió alejarse de ella.

–Regresaré dentro de una hora –recogió la toalla y el teléfono, salió del apartamento y se apresuró para retirarse en sus aposentos. Era posible que cuando terminaran el paseo a caballo tuviera las respuestas…

Carolena permaneció de pie en el salón, sorprendida por la delicadeza que Valentino había mostrado con ella. Pensaba que la había agredido algún hombre y quería demostrarle que no tenía que tenerle miedo a él. Sin duda se sentía obligado a hacer de anfitrión mientras Vincenzo y Abby estaban ocupados con Max.

También era un hombre sensible. ¿Cuántos hombres se habrían planteado la posibilidad de que ella tuviera miedo de montar después de lo que le había sucedido a su hermana? Ella se había matado montando a caballo, pero él había conseguido seguir adelante con su vida habitual. El hecho de que se hubiera preocupado por lo que Carolena sentía, aumentaba su admiración hacia él.

Al cabo de una hora, Valentino pasó a recogerla en una limusina y se dirigieron a los establos que había al otro lado de la finca. Después de elegir una yegua adecuada para ella, se encaminaron hacia una zona boscosa donde había un lago. Desmontaron y se dirigieron hasta la orilla.

–Qué sitio más bonito.

–Lo abrimos al público ciertos días al mes.

–Abby solía contarme que en el palacio de Arancia se sentía como la princesa de un cuento de hadas. Si yo viviera aquí, me sentiría de la misma manera. Tú y tus hermanos debisteis de pasar mucho tiempo aquí cuando erais pequeños. ¿Ellos también estaban interesados en los volcanes?

Él la miró a los ojos.

–Más bien al contrario.

–¿Y cuál es el verdadero motivo por el que desarrollaste tanto interés en el tema? No solo es porque el Etna esté aquí.

–Es una larga historia –había cierto tono de tristeza en su voz.

–Tenemos toda la tarde –Carolena se arrodilló en la hierba–. Cuéntamelo. Ayer me pasé hasta la una de la madrugada mirando vídeos del Etna y de otros volcanes. Eran increíbles. De veras, quiero saber qué es lo que hizo que te interesen tanto.

Él se sentó en la hierba junto a ella.

–Mi padre tenía un hermano, mi tío Stefano. Él era el hijo mayor y el príncipe heredero, pero nunca quiso ser rey. Se enfrentó a mi abuelo, que entonces era el rey de Gemelli. Mi tío Stefano odiaba la idea de tener que comprometerse y casarse con una mujer elegida para él. Nuestro país nunca había tenido un soberano soltero y esa era la ley. A los dieciocho años, Stefano se marchó de casa y se fue

a recorrer mundo. Me consta que tuvo varias novias y que no vivía en celibato, pero nunca se casó.

Carolena lo escuchaba con atención.

–El tema de los volcanes le parecía fascinante, así que comenzó a estudiarlos. Para complacer a mis abuelos regresaba a casa de vez en cuando. Yo era joven y lo adoraba porque era muy inteligente y un gran profesor. Solía llevarme al Etna con él y, un día, yo decidí que quería seguir sus pasos y anuncié que iba a estudiar Geología en la universidad. Mis padres comprendieron que la decisión estaba tomada. Mientras estaba en la universidad, mi familia se enteró de que él había fallecido en el volcán Galeras, de los Andes.

–Valentino… Ayer leí sobre eso en Internet. ¿Uno de los fallecidos era tu tío?

–Se acercó demasiado –contestó él con una mueca de dolor–. Murió a causa de las cenizas y de los gases.

–Es terrible. Hubiera imaginado que después de lo sucedido no habrías querido continuar con tus estudios.

–Quizá, pero me encantaba lo que estaba haciendo. Las estadísticas dicen que, de media, solo se muere un vulcanólogo al año a causa del trabajo.

–¡Uno es demasiado!

–Para nuestra familia fue muy traumático debido a las consecuencias que sufrimos a continuación. Repatriaron el cadáver para el entierro. Semanas más tarde mi abuelo sufrió un ataque al corazón y murió. Sin duda, a causa del shock. Mi padre tuvo que asumir el trono, con mi madre a su lado. Un día, me llamaron a sus aposentos para decirme que les parecía bien que me convirtiera en vulcanólogo, pero que esperaban que no los decepcionara, igual que mi tío había decepcionado a mi abuelo. Decían que mi tío Stefano había deshonrado a la familia al no asumir sus obligaciones y contraer matrimonio –suspiró–. Yo estaba destrozado. Lo quería y sabía que él había sufrido por haber dado la espalda a sus obligaciones con la corona, así que les prometí a mis padres que cumpliría con mis obligaciones con la corona y que me casaría cuando llegara el momento adecuado. No tendrían que preocuparse por mí. Michelina y yo hicimos el pacto de que siempre cumpliríamos con nuestro deber.

–Quieres decir que, si ella hubiese deseado casarse con otro hombre que no fuera Vincenzo, ¿no lo habría hecho para cumplir con su deber?

Él asintió.

–Se lo pregunté, consciente de que Vincenzo no la quería como ella lo quería a él. Me contestó que no importaba. Estaba comprometida y confiaba en que él llegara a enamorarse de ella.

–¿Sentías resentimiento hacia él por no ser capaz de amar a tu hermana?

–¿Cómo iba a hacerlo si yo no amo a Alexandra? Cuando vi cómo se esforzaba por hacer feliz a Michelina, aceptando que iniciaran el proceso de madre de alquiler, creció el afecto que sentía hacia él. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para mejorar el matrimonio. Vincenzo es uno de los hombres más delicados que he conocido nunca. Y, cuando terminó casándose con Abby, me alegré por él.

–Eres una persona extraordinaria. Igual que tu hermana.

–La quería. Podría haberles dicho a mis padres que se negaba a contraer matrimonio con alguien que no la amaba, pero no lo hizo. La muerte de mi tío Stefano nos afectó a todos, a nuestro hermano Vito incluido. Cuando termine el servicio militar tendrá que casarse con alguien de la realeza, porque es el segundo en la línea de sucesión al trono.

–La gente no se imagina la angustia que se esconde tras las vidas de los miembros de la realeza.

–Somos personas que hemos nacido con un extraño destino. Yo no quería decepcionar a mis padres ni sentir remordimientos durante toda mi vida, como le pasó a mi tío. Por fortuna, mi madre todavía es capaz de gobernar y aún no me ha llegado el momento de cumplir con mis obligaciones.

–Algún día te tocará.

–Sí.

–Es difícil comprender lo que debe de ser una vida como la vuestra. ¿Puedo preguntarte si ahora tienes novia?

–He estado viendo a una chica de la ciudad.

Carolena tuvo que contenerse para no mostrar su sorpresa.

–¿Y está de acuerdo con la situación?

–Lo más probable es que no, pero desde el principio sabe que la relación no puede tener futuro. Y por si te lo estás preguntando, no me he acostado con ella.

Carolena negó con la cabeza.

–No tienes que darme explicaciones.

–No obstante, sé cuál va a ser la siguiente pregunta, así que te la

contestaré. A diferencia de lo que los medios de comunicación dicen de mí, solo he tenido relaciones íntimas con unas cuantas mujeres. Y todas viven fuera del país.

–¿Y el hecho de que estés prometido no ha impedido que alguna de ellas quisiera mantener una relación contigo?

–No. Las mujeres con las que he estado tampoco buscaban relaciones serias –sonrió–. A mi última novia le advertí que nuestra relación podía terminar en cualquier momento. Tienes derecho a censurarme, Carolena.

–No podría hacer tal cosa –susurró ella, sintiéndose culpable por la manera en que había provocado la muerte de Berto como para culpar a nadie–. Tienes derecho a vivir tu vida como un hombre normal, pero debe de haber sido muy difícil crecer sabiendo que tu futura esposa ya está elegida.

–He intentado no pensar en ello.

–¿Y tu prometida lo sabe y lo entiende?

–Estoy seguro de que la princesa Alexandra también ha mantenido relaciones con otros hombres. Es posible que ahora esté con alguien que le guste de verdad. Las expectativas que sus padres tienen puestas en ella tampoco le han ahorrado sufrimiento.

–No –murmuró ella, pero le resultaba difícil comprenderlo. ¿Qué hombre podía equipararse con Valentino?–. ¿Y apoya tu trabajo como vulcanólogo?

–No se lo he preguntado.

–¿Por qué no?

–Hasta ahora hemos intentado que nuestras vidas estén lo más separadas posible.

–¡Pero eso es una parte fundamental de tu vida!

–Durante los años, nuestras familias han pasado poco tiempo juntas, sin embargo, la última vez que mi hermano tuvo permiso y vino con mi madre y conmigo a Chipre, me contó que Alexandra había admitido que no le gustaba la idea de que fuera vulcanólogo.

–¿Y eso no te preocupa?

Valentino la miró un instante.

–Es un asunto que tendremos que discutir cuando ya nos hayamos casado.

–Entonces, quizá sea demasiado tarde para solucionar las cosas entre vosotros. ¿Vuelas a Catania a menudo?

–Cuatro veces a la semana.

–A ella no le va a gustar, y menos si de antemano no le gusta tu

trabajo.

Él le dedicó una media sonrisa.

–Nuestro matrimonio no tendrá lugar hasta dentro de mucho tiempo, así que he decidido no preocuparme por ello.

–No entiendo cómo puedes soportarlo.

–Se aprende a soportarlo cuando se nace en una familia real. ¿Por qué el destino me puso a mí en la línea de sucesión al trono en lugar de a ti? No lo sé.

–¿Quieres decir que una mujer puede gobernar?

–Si no hay herederos. Y tendría que casarse con alguien de la realeza para poder gobernar, pero mis abuelos no tuvieron una hija. El tío Stefano debería haber sido rey, pero se negó, así que le tocó gobernar a mi padre.

Carolena no pudo contener las lágrimas.

–Qué pena lo de tu tío.

–Sí, abdicó para poder elegir a la esposa que quería, pero tuvo que soportar el sufrimiento que conllevaba haber decepcionado a sus padres.

–Todos habéis sufrido mucho. Y después, tu hermana y tu padre fallecieron.

–Así es la vida.

–Es demasiado para asimilarlo –dijo ella, con voz temblorosa.

Carolena deseaba consolarlo, pero sabía que nadie podría borrar tanta tristeza. Se secó las lágrimas de las mejillas.

–No tenías por qué haberme contado nada de todo esto. Es un honor para mí que lo hayas hecho.

Él la miró de arriba abajo.

–Tu sincero interés por lo que hago ha propiciado que te cuente algo que me había guardado para mí desde hace mucho tiempo. Ha sido agradable hablar de ello. ¿Por qué no intentas contarme qué es lo que te preocupa a ti?

Carolena cerró los ojos un momento.

–Digamos que alguien a quien quería murió, y fue culpa mía. A diferencia de ti, parece que yo no puedo superar el pasado.

–Quizá no has tenido suficiente tiempo de duelo.

Carolena podía decirle que siete años habían sido más que suficientes para llorar la pérdida. El problema era que tenía un fuerte sentimiento de culpabilidad.

–Quizá –dijo sin más.

–A lo mejor resulta terapéutico que se lo cuentes a alguien.

Aunque sea a mí.

Su sinceridad la enterneció, pero confiar en él era lo peor que podía hacer. Necesitaba poner distancia entre ellos.

–Ya tienes suficientes problemas.

–En este momento, ninguno –la miró fijamente–. ¿Su muerte fue intencional?

–No.

–Suponía que así era. ¿Has ido a terapia?

–No. No me ayudaría.

–Eso no lo sabes.

–Sí, lo sé –comenzó a levantarse y él la ayudó–. Gracias por estar dispuesto a escucharme –había llegado el momento de cambiar de tema–. Tu tío estaría muy contento de ver que has seguido sus pasos. Si yo hubiese tenido un tío así también habría hecho que me llevara con él. Lo que haces puede que sea peligroso, pero es emocionante.

–En eso tienes razón –dijo él–. ¿Quieres que nos vayamos? Quizá, cuando lleguemos al palacio, Vincenzo pueda contarnos que Max está mejor y podamos cenar todos juntos.

–Eso espero.

Montaron en sus caballos y tomaron una ruta diferente hacia los establos. Allí, los esperaba una limusina para llevarlos al ala del palacio donde ella estaba alojada.

–No hace falta que me acompañes –dijo ella, y se apresuró a abrir la puerta del coche–. Gracias por un día maravilloso.

–Ha sido un placer. Te llamaré cuando haya hablado con Vincenzo.

Ella asintió antes de salir de la limusina. Una vez en su habitación, se duchó, se maquilló y se recogió el cabello en un moño. Era la primera vez en muchos años que no había estado pensando en Berto. El príncipe había ocupado todos sus pensamientos desde que apareció junto a ella en la piscina.

No importaba que tuviera una novia en aquellos momentos, a Carolena le costaba respirar cada vez que pensaba en cómo él la miraba. Comprendía por qué una mujer estaría dispuesta a mantener una relación con él, aunque tuviera una duración limitada. No había otro como él.

Se vistió con un suéter de ganchillo de manga corta, unos pantalones de lino y unas sandalias a juego.

Mientras esperaba a que la llamaran por teléfono, oyó que

llamaban a la puerta y se preguntó si sería el príncipe. Con el corazón acelerado, se acercó a abrir. Era la sirvienta, y Carolena se sintió furiosa consigo misma por haberse decepcionado.

–*Signorina*? Su Alteza me ha pedido que venga a buscarla. Él está esperándola en la terraza.

«¿Y qué hay de Abby y de Vincenzo?».

–Gracias por venir a buscarme.

Cuando llegaron a la terraza, Vincenzo ya había llegado y estaba hablando con Valentino, pero Abby y Max no estaban por ningún sitio.

Al verla, Valentino se separó de Vincenzo y se acercó a ella.

–*Buonasera,* Carolena. Estás preciosa.

«No digas eso», pensó ella.

–Gracias –contestó.

–Espero que tengas hambre. He pedido que preparen un pollo tal y como me ha dicho Abby que te gusta.

–Eres muy amable –ella sonrió mientras él la ayudaba a sentarse. Valentino era el anfitrión perfecto.

Vincenzo se acercó y la besó en la mejilla antes de sentarse frente a ella. Sobre la mesa había varios platos de comida con un aspecto delicioso. Momentos después, una doncella salió a la terraza para decirle a Valentino que su madre quería hablar con él un instante. Él asintió y la doncella se marchó.

–¿Dónde está Abby, Vincenzo?

–Max todavía tiene un poco de fiebre, así que estamos haciendo turnos.

–Pobrecito. ¿Crees que es grave?

–No sabemos. Nuestro médico dice que podría ser un virus, y Max sigue echando todo lo que come. Eso es lo que más me preocupa.

–No me extraña. ¿Hay algo que pueda hacer?

–Sí –intervino Valentino–. Mañana puedes hacerme compañía si Max sigue enfermo, puesto que Vincenzo estará ocupado cuidando de su familia.

Carolena lo miró un instante. Habían pasado demasiado tiempo juntos y cada vez se sentía más atraída por él.

–No tienes por qué ocuparte de mí. Me he traído el ordenador y siempre tengo trabajo que hacer.

–No mientras estés aquí –las palabras de Valentino silenciaron sus excusas–. Sé que Abby y tú teníais intención de visitar las

tiendas y los museos de Gemelli durante las vacaciones, pero se me ocurre algo más emocionante que hacer mañana. Si es que estás dispuesta.

Vincenzo la miró de un modo que ella no supo interpretar.

–Ten cuidado.

Ella se rio.

–¿Es una advertencia?

–Hace años, durante mi primera visita aquí, Valentino me hizo la misma propuesta –dijo Vincenzo con una sonrisa.

–¿Y qué pasó?

–Tendrás que descubrirlo tú misma.

–Has conseguido que me ponga nerviosa.

–Quizá deberías estarlo.

–La has asustado –murmuró Valentino con tono serio.

–Entonces, te pido disculpas –Vincenzo dejó la servilleta y se puso en pie–. Disfrutad de la velada. Hablaremos por la mañana. Por favor, no te levantes.

–Dales un beso a Abby y al bebé.

–Lo haré.

Nunca había visto a Vincenzo tan preocupado. Ser padre no era fácil, pero le daba la sensación de que había algo más.

–¿Qué ha pasado? –preguntó ella, en cuanto Vincenzo salió de la terraza.

Valentino la miraba con los ojos entornados.

–Me temo que opina que mi idea de pasarlo bien podría salir mal.

–¿Quieres decir que, para mí, a lo mejor es una de esas sorpresas equivocadas?

–Posiblemente.

–Bueno, pues si no me la cuentas pronto, voy a morirme de curiosidad.

Carolena pensaba que él iba a reírse, pero no fue así.

–Me gustaría llevarte a Taormina navegando. Es una isla que Goethe describía como «una parte del paraíso». Las calles medievales tienen pequeños pasadizos con secretos que te encantaran.

–Suena de maravilla, pero ese no era el lugar que tenías en mente cuando estabas hablando con Vincenzo.

–He tenido tiempo para pensarlo mejor.

Carolena sintió que una sensación de rabia la invadía por

dentro.

–Vincenzo es el marido de Abby, no el mío. ¿Quieres decir que intenta protegerme de algo que cree que no sería bueno para mí?

–Puede ser.

La abuela de Carolena solía intentar protegerla de la misma manera, pero, si se lo comentaba al príncipe, se estaría comportando como la niña caprichosa que siempre habían dicho que era. Evitando su mirada, trató de calmarse y dijo:

–Es posible que Max se encuentre mejor, pero, si no fuera así, me encantaría ir a navegar. Eres muy amable.

Ella oyó que él respiraba hondo.

–Estás siendo condescendiente conmigo.

–¿Y qué quieres que haga? ¿Que tenga una rabieta? –la pregunta escapó de sus labios antes de que pudiera evitarlo. Sentía que había perdido el control y le horrorizaba.

–Al menos sería mejor que ver cómo tratas de complacerme.

«¿Cómo?», pensó ella.

–Si no fueras el príncipe…

–Te pedí que te olvidaras de mi título.

–Eso resulta bastante difícil.

–Termina lo que me ibas a decir. Si no fuera el príncipe…

–Si ninguno de los dos fuerais príncipes, os diría que llevo cuidando de mí veintisiete años y que no necesito que un par de chicos, que apenas conozco, decidan lo que es mejor para mí. Si lo que he dicho te parece descortés, no pretendía ofenderte, pero como me lo has preguntado…

–Confiaba en que dijeras eso. ¿Qué te parece si me acompañas al Etna en helicóptero? Aterrizaremos cerca de la cumbre y te mostraré lugares que nadie puede ver de otro modo.

Ella tragó saliva y se agarró con fuerza al borde de la mesa. ¿Valentino pretendía mostrarle de cerca el volcán? Después de haber visto aquella película, ¿cómo no iba a querer aprovechar la oportunidad? No podía comprender por qué Vincenzo pensaba que no sería una buena experiencia para ella.

–¿Te gusta tanto tu trabajo como para ir hasta allí en tu día libre?

–¿Cómo me preguntas eso después de lo que te he contado hoy? ¿No me dijiste que te parecía muy emocionante?

–Sí –ella se puso en pie y sostuvo la inteligente mirada de aquellos ojos azules–. Me encantaría –añadió.

–No me digas que no te he dejado escapatoria.

–No quería que me la dejaras, aunque Vincenzo pensara lo contrario.

–Si Max sigue enfermo por la mañana, saldremos sobre las ocho y media. Ponte unos vaqueros y una camiseta, si tienes. Si no, puedes ponerte una mía.

–He traído una.

–Bien, pero no puedes ir en sandalias.

–He traído unas botas de montaña.

–Perfecto.

–Te veré por la mañana.

Cuando ella se disponía a marcharse, él añadió:

–No te vayas todavía.

«Valentino, no puedo pasar más tiempo contigo esta noche. ¡No puedo!».

–Tu madre te está esperando y yo tengo cosas que hacer. Conozco el camino de regreso a mi habitación.

–¿Carolena?

Ella se detuvo en la puerta con el corazón acelerado.

–¿Sí?

–He disfrutado del día de hoy más de lo que crees.

«Y yo», pensó ella.

–El paseo a caballo ha sido maravilloso. Gracias otra vez –dijo ella, y se marchó hacia la otra ala del palacio. Sus esfuerzos por mantenerse alejada de él no estaban sirviendo de mucho. Compartir tiempo con él era demasiado tentador, y sabía que estaba sucediendo lo que prefería que no sucediera nunca.

Empezaba a sentirse demasiado interesada por él. Era como si hubiera olvidado el sentimiento de culpabilidad que tenía desde la muerte de Berto y que había evitado que se acercara a otro hombre. Lo que sentía por Valentino era demasiado intenso. Y la idea de separarse de él cuando tuviera que regresar a Arancia con Vincenzo y Abby la aterraba.

Sin embargo, si le decía que no se encontraba bien para evitar acompañarlo al día siguiente, él no la creería. Aunque sabía que corría peligro y que sufriría emocionalmente, no tenía la fuerza necesaria para decirle que no. «Necesito ayuda».

Capítulo 3

VALENTINO permitió que Carolena se marchara y atravesó el palacio para dirigirse a los aposentos de su madre. Nada más entrar en el salón, recibió la noticia que llevaba temiendo durante toda su vida adulta.

Mientras él había estado paseando a caballo con Carolena, su madre había organizado todos los detalles de su boda con la princesa Alexandra de Chipre. Ambas familias deseaban que la boda se celebrara en junio, pero él había pedido más tiempo, confiando en poder disfrutar de otro año de libertad. Por desgracia, ellos lo habían obligado a fijar la fecha para el día diez de agosto y no había posibilidad de cambiarla.

Esa noche, su madre le había hecho prometer que no saldría con más mujeres hasta entonces. Y su palabra era inquebrantable.

Años antes, Michelina y él habían hablado acerca de sus matrimonios concertados. Valentino tenía la intención de serle fiel a Alexandra a partir de que estuviera fijada la fecha de la boda, pero le había dicho a Michelina que hasta que llegara ese momento pensaba disfrutar de otras mujeres.

Ella, por otro lado, nunca había tenido ese problema porque se había enamorado de Vincenzo mucho antes de que se casaran y nunca había deseado serle infiel. Vincenzo era un hombre bueno que había cumplido los votos del matrimonio a pesar de no estar enamorado de ella. Valentino lo admiraba por ser el mejor esposo que conocía en esas circunstancias.

No obstante, después de haber visto la relación que tenían Abby y Vincenzo, anhelaba encontrar ese tipo de amor. Vincenzo había cambiado mucho desde que se había enamorado de Abby. Ya no era el mismo hombre. Valentino había notado que sentían verdadera pasión el uno por el otro. La noche anterior había sido testigo de ello y había sentido envidia.

Tras ocho meses de matrimonio, el amor que se tenían era más profundo. Todo el mundo lo notaba, y sobre todo su madre. Valentino y ella habían sufrido mucho por Michelina. Ella había

tenido la desgracia de amar a Vincenzo y de no ser correspondida. Hubiese sido mejor si ella no se hubiera enamorado de él, pero Valentino no podía permitirse pensar en ello.

Lo único que podía hacer respecto a Alexandra era intentar dejarla embarazada pronto y formar una familia, tal y como habían hecho sus padres. Incluso a pesar de que faltara el elemento más importante, los hijos llenarían un vacío importante de la relación. Eso era lo que Michelina había tratado de conseguir al continuar con el proceso de maternidad subrogada.

Por desgracia, él no había tenido en cuenta la existencia de Carolena Baretti. Su inesperada llegada a Gemelli lo había descentrado y él ni siquiera había sido capaz de identificar los motivos. En lugar de imaginar su vida futura, no podía dejar de pensar en la atractiva mujer de cabello dorado que estaba alojada en la otra ala del palacio.

Algo le había sucedido desde que aquella tarde se encontró con la amiga de Abby en la piscina. Había prometido a su madre que no saldría con más mujeres, pero la personalidad y el atractivo de Carolena lo habían cautivado.

Había conocido a muchas mujeres bellas en su vida, pero nunca a nadie como ella.

Puesto que era amiga de Abby, entraba en la categoría de mujeres intocables, incluso aunque no le hubiera hecho la promesa a su madre. Sin embargo, aquella noche lo último que había deseado era despedirse de ella.

Ese día habían compartido muchas cosas. La preocupación que había mostrado por él, las lágrimas que había derramado por su tío… Él nunca había conocido a una mujer tan auténtica. Y no podía esperar para desayunar con ella por la mañana.

Nada más terminar la conversación con su madre, se excusó y llamó al chófer para que fuera a recogerlo. Le ordenó que lo llevara al restaurante Tancredi's, a veinte minutos en coche.

Una vez de camino, llamó a su mejor amigo de la universidad para avisarle de que iba para allá. Matteo era el propietario del local desde que murió su padre. A esas horas estaría en el bar con otros amigos.

Cuando la limusina torció en el callejón de detrás del restaurante, Matteo salió por la puerta trasera y se subió al coche.

–*Ehi,* Valentino…

–Siento llegar tarde, pero esta noche tenía algunos asuntos que

no he podido cancelar.

–*Non c'è problema*! Es temprano. Pasa. Estamos esperándote.

–Me temo que no puedo.

–Oh. A Adriana no le va a gustar oír eso.

–Ella es el motivo por el que te he pedido que salgas. ¿Podrías decirle con delicadeza que no voy a volver a verla?

–¿Por qué no? –preguntó Matteo con el ceño fruncido.

Ambos se miraron un instante.

–¿Eso significa que por fin vas a casarte? –preguntó su amigo.

–Me temo que sí. Insisten en que la boda y la coronación se celebren en agosto. El presidente del parlamento anunciará nuestro compromiso la semana que viene.

Había llegado el momento de terminar la relación superficial que mantenía con Adriana.

–No puedo creer que haya llegado el día –dijo Matteo–. Es como una pesadilla.

–Me temo que no queda más remedio. Ya te lo he dicho en alguna ocasión, pero te lo diré de nuevo. Has sido un gran amigo, Matteo. Nunca lo olvidaré.

–¿También te estás despidiendo de mí? –preguntó su amigo.

–¿Cómo puedes preguntarme tal cosa? –inquirió él.

–No lo sé –Matteo golpeó el puño contra la palma de la otra mano–. Sabía que algún día llegaría el momento de tu coronación y que todo cambiaría.

–Mi amistad contigo no.

–Espero que no. Significa mucho para mí.

–Mi padre me dijo que un rey no tiene amigos, pero todavía no soy rey. Y, cuando lo sea, seguirás siendo mi amigo. Te llamaré pronto –le dio una palmadita en el hombro antes de que Matteo bajara del coche.

Cuando su amigo entró en el restaurante, Valentino le pidió al chófer que lo llevara de nuevo al palacio. Estaba de mal humor.

Después de pasar la noche sin dormir se enteró de que Max no se encontraba mejor, así que continuó con su plan de recoger a Carolena en su apartamento. La encontró esperándolo en la puerta y, al verla, no pudo evitar que su cuerpo reaccionara.

–¿Se te ocurre que puedo necesitar algo más, antes de irnos? –preguntó ella.

–Volaremos al centro en mi helicóptero. Allí encontraremos todo lo que necesitemos.

–Entonces, estoy lista –Carolena cerró la habitación y lo siguió hasta donde los esperaba el helicóptero–. Espero que esto no sea un sueño y que dentro de unos minutos me despierte. La idea de ir a ver dónde pasas gran parte de tu tiempo ha hecho que no pudiera pegar ojo.

–Quizá ahora comprendas por qué después de un día de trabajo en el volcán, yo tampoco puedo dormir.

Por lo general, nadie cercano compartía su pasión por aquel trabajo. Y por protección, nunca comentaba nada acerca de su vida con las mujeres con las que salía.

Valentino había llamado al piloto que los llevaría a la cima para que los esperara en el lugar donde aterrizarían.

–Dante Serrano, te presento a la *signorina* Carolena Baretti, de Arancia. Es la mejor amiga de la esposa de mi cuñado. Están pasando unos días en el palacio y se me ocurrió que le gustaría ver el Etna de cerca.

El piloto la miró con sorpresa y admiración y le estrechó la mano para darle la bienvenida a bordo. Era la primera vez que Valentino llevaba a una mujer como acompañante que no fuera una geóloga haciendo su trabajo.

Valentino la ayudó a sentarse detrás del piloto y se sentó en el asiento del copiloto.

–Tu primera experiencia cerca de un volcán debe de ser aérea.

–Estoy tan entusiasmada que casi no puedo soportarlo. ¿Por qué echa humo constantemente?

–Porque tiene actividad sísmica todo el rato. Hay cuatro cráteres distintos en la cima y más de trescientas fisuras en los laterales. Verás cosas que parecían invisibles o que tienen un aspecto totalmente diferente.

–¡Tenías razón! –exclamó ella, después de despegar–. La vista es sobrecogedora, Val. Con el Mediterráneo de fondo, las montañas con las cumbres nevadas son maravillosas. No esperaba ver tanto verde y azul.

La expresividad que había en su rostro hacía que a Valentino le resultara imposible mirar a otro lado:

–Es un universo en sí mismo.

–No puedo creer lo que estoy viendo.

El paisaje iba cambiando a medida que ascendían.

–Estamos sobrevolando un desierto de lava negra. Fíjate bien. El Etna está escupiendo lava de manera más violenta que otros años.

Es sorprendente. E impredecible.

–Me imagino que has caminado sobre ese desierto.

–He subido a todos los lugares de este volcán, con mi tío Stefano.

–¡No me extraña que te encante tu trabajo! ¡A mí también me encantaría!

–La salida de cenizas es mucho mayor de lo habitual. Por eso siempre regreso sucio a casa.

–Ahora lo entiendo. Parecía que hubieras estado apagando un fuego.

Dante miró a Valentino y sonrió.

–*Signorina* Baretti –se dirigió a ella mirándola por encima del hombro–. Incluso en tiempos pasados, los habitantes locales se asombraban de las fuerzas capaces de lanzar montones de lava hacia el cielo. En la mitología griega y romana, el volcán se representa con la imagen de un herrero cojo que golpea con su martillo provocando que salten chispas. La leyenda dice que el filósofo Empédocles saltó al cráter hace dos mil quinientos años. Lo que encontró allí forma parte de su secreto, porque nunca regresó. Lo único que quedó de él fueron sus zapatos de hierro, porque más tarde los escupió la montaña.

–Es una historia maravillosa, y un poco aterradora.

–La parte realmente fascinante viene ahora. Nos dirigimos al Bove Valley, la caldera más grande del Etna. Vas a ver la ladera este a vista de pájaro.

Dante sobrevoló el volcán y ella no pudo evitar exclamar.

–¿Cómo es de grande?

–Mide siete kilómetros de este a oeste y seis kilómetros de norte a sur.

Carolena no se despegaba de la ventanilla. Estaba impresionada. Valentino sabía muy bien cómo se sentía.

–Cuando estemos en el lateral del agujero, verás una nueva fumarola entre el cráter antiguo y el nuevo. Quiero que te quedes a mi lado. Ese es el lugar donde estaba trabajando el otro día. A esa distancia no es necesario llevar máscara de gas, pero comprenderás por qué quiero que todos los habitantes de Gemelli tengan una.

–Créeme que después de ver todo esto y de conocer la historia de tu tío Stefano, comprendo tu preocupación.

Poco después, él la ayudó a salir.

–No está permitido el paso a este lugar, excepto a nuestro

equipo de trabajo. Las visitas organizadas que traen a miles de personas al Etna, se realizan mucho más abajo.

Enseguida vieron que por el agujero salía ceniza y gas azulado, igual a lo que él había grabado el otro día.

–Esta fumarola se formó a causa de esa fisura que ves ahí.

Mientras permanecían allí de pie, se oyó el ruido de las explosiones que tenían lugar en el interior del volcán y que hacían temblar la tierra. Cuando ella se asustó, él la rodeó por los hombros y la estrechó contra su cuerpo. Le gustaba sentir su cuerpo de mujer junto al suyo.

–No te asustes –murmuró él contra su cabello–. Estamos a salvo. Si no, no te habría traído.

–Lo sé, pero voy a contarte un secreto. Nunca me había sentido tan poca cosa hasta ahora.

Eso era lo que él había pensado el primer día que subió al Etna. Después de un largo silencio, ella lo miró a los ojos y él percibió su mirada de deseo, algo que no fue capaz de ocultar cuando dijo:

–Es alucinante.

La mirada de sus ojos verdes lo cautivó, y él no pudo evitar sentir miedo por los sentimientos que estaba experimentando hacia ella.

–Me has quitado las palabras de la boca.

Deseaba besarla y tuvo que esforzarse para no hacerlo. Estaba metido en un buen lío, y lo sabía.

Luchando contra el deseo, dijo:

–Creo que ya has visto bastante por hoy. Llevamos mucho tiempo fuera y tenemos que comer algo. Otro día te llevaré a dar un paseo por los campos de lava y te mostraré unos pasadizos que te maravillarán.

«Casi tanto como tú me maravillas a mí».

–Dudo que vuelva a Gemelli alguna vez, pero, si lo hago, aceptaré tu oferta. Gracias por este día que nunca olvidaré.

Él notó que le temblaba la voz.

–Yo tampoco.

Durante el trayecto de regreso al centro, él revisó sus mensajes de teléfono. Había uno de Vincenzo y dos de su madre. Escuchó el de Vincenzo primero.

–Solo para avisarte. Max sigue enfermo, así que regresaremos a Arancia a las nueve de la mañana. El médico cree que puede tener gastroenteritis y quiere que lo vean en el hospital. Llámame cuando estés

disponible.

Valentino apretó los labios. Sentía que el bebé no estuviera bien, pero eso significaba que Carolena se marcharía por la mañana.

En uno de los mensajes, la reina decía que estaba disgustada por el hecho de que su nieto tuviera que marcharse. En otro, que quería hablar sobre los preparativos de la boda. Puesto que, en aquellos momentos, Valentino no podía hacer nada, decidió concentrarse en Carolena, que desaparecería de su vida antes de lo que él había anticipado.

Al llegar al centro, se despidieron de Dante y se subieron al helicóptero de Valentino, pero en lugar de regresar al palacio, donde su madre lo esperaba, Valentino le ordenó al piloto que los llevara al yate que estaba fondeado en la bahía. Allí podrían cenar a bordo en privado.

Carolena era una invitada muy especial y la tripulación no sospecharía nada acerca de que él agasajara a la amiga de su nueva cuñada.

Valentino llamó al yate para pedir que les sirvieran la comida en la cubierta y cuando llegaron a bordo se sentaron a cenar con música de fondo y el sol ocultándose por el horizonte.

–Prueba el vino de Insolia. Tiene cierto sabor a nueces y creo que combina muy bien con el pez espada.

–Sin duda, y el filete está delicioso, Val. En Gemelli todo es maravilloso.

Desde la cubierta podían ver el Etna en la distancia. Ella no podía dejar de mirarlo.

–Y pensar que hoy he estado en ese volcán viendo una fumarola… –miró a Valentino–. Nada de lo que haga en mi vida será comparable con este maravilloso día, y todo gracias a ti.

–O sea que, después de todo, la sorpresa no ha sido tan mala.

–Ya sabes que no –dijo ella, emocionada–. No sé por qué Vincenzo pensaba lo contrario. A menos que…

–¿A menos que…? –preguntó él al ver que no terminaba la frase.

–Quizá después de presenciar el accidente de caballo que sufrió Michelina, se ha vuelto más protector hacia la gente que quiere. Anoche me di cuenta de que está verdaderamente preocupado por Max.

Valentino no había pensado en esa posibilidad. Tenía la sensación de que Vincenzo le había hecho una advertencia, pero quizá no acerca del volcán. Quizá Vincenzo había percibido el

interés que él tenía en Carolena. Independientemente de que así fuera, había llegado el momento de decirle a ella que habían cambiado los planes de regreso a Arancia.

–De camino al yate he oído los mensajes del contestador. Escucha –se sacó el teléfono del bolsillo y permitió que escuchara el mensaje de Vincenzo.

Al instante, todo cambió.

–Pobrecito. Es buena idea que nos vayamos por la mañana. Estoy segura de que Max estará bien, pero después de no haber dormido en toda la noche, los tres deben de estar agotados.

«Yo diría que los cuatro».

La idea de que Carolena se marchara de Gemelli le producía una sensación de pérdida que nunca antes había experimentado. La sensación que había tenido después de la muerte de su padre y de su hermana había sido algo completamente diferente. No importaba que solo la conociera desde veinticuatro horas antes. La idea de no volver a estar con ella le parecía insoportable.

–Será mejor que regresemos al palacio. Tengo que recoger mis cosas.

–Tomemos el postre primero. Tienes que probar la *cassata alla sicilana*.

–¿Eso es una tarta de queso?

–Es una tarta que no has probado en ningún otro sitio.

Ella esbozó una sonrisa.

–Algo me dice que eres un hombre muy goloso.

–¿Por qué dices eso?

–No lo sé. Quizá porque parece que aprovechas la vida al máximo, al mismo tiempo que la veneras. Cuando los dioses te entregaron sus dones, recibiste más de los que te correspondían.

Él frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–No hay muchos hombres que puedan compararse contigo. Tu hermana solía elogiarte delante de Abby, que dice que ella te adoraba.

–El sentimiento era mutuo, créeme.

–Según Abby, Michelina admitió que el único hombre que se parecía a ti era el príncipe Vincenzo. Eso es un gran halago. Por suerte para tu país, algún día estarás al mando.

«¿Algún día?». ¡Ese día estaba a punto de llegar!

Que el día de la boda se hubiera fijado el mismo día en que

Valentino había conocido a la *signorina* Baretti, provocó que se le formara un gran nudo en el estómago.

–Se está haciendo tarde. Estoy segura de que Vincenzo querrá hablar contigo esta noche.

Valentino negó con la cabeza.

–Con el bebé enfermo, no creo –en realidad, a él no le apetecía hablar con Vincenzo ni con su madre.

Por primera vez en su vida tuvo ganas de hacer lo que deseaba, secuestrar a la mujer que lo había cautivado.

–Tengo una idea mejor. Ha sido un día largo. Nos quedaremos en el yate y por la mañana volaremos al palacio. Le pediré a una doncella que recoja tus cosas. A bordo tenemos todo lo que puedas necesitar para esta noche.

* * *

A Carolena se le entrecortó la respiración.

–¿Y qué pasa con tu novia? ¿No te estará esperando?

Él la miró con los ojos entornados.

–Sabe que estoy haciendo de anfitrión a mis familiares y amigos. Y respecto a la pregunta que no te atreves a formular, nunca he llevado a otra mujer al volcán, ni tampoco las he traído a este yate.

Él había sido tan sincero con Carolena ese día que ella lo creyó.

–Si no supiera que no es eso, pensaría que te estás declarando –bromeó ella, para ocultar sus caóticas emociones. Se arrepintió al instante.

–Soy hombre antes que príncipe y, sí, me estoy declarando. Ya veo que te he sorprendido tanto como a mí mismo.

Carolena habría jurado que hablaba en serio. Era la amiga de Abby, pero eso no lo había detenido. Por supuesto, tampoco la detendría a ella. Era como si la atracción que sentían el uno por el otro fuera tan intensa que no existían barreras.

–¿Quieres saber algo más? –murmuró él–. Puedo ver en tu mirada que te gustaría quedarte conmigo esta noche. El verdadero deseo no se puede ocultar. Ambos lo sentimos desde el primer día en que nos vimos, así que no tiene sentido negarlo.

–No lo niego –confesó ella, con voz temblorosa. Nunca había estado con un hombre que hiciera que se sintiera tan viva.

–Doy mi reino por una mujer sincera, y aquí estás. Háblame del hombre que falleció. Te referías a un hombre. ¿Todavía estás

locamente enamorada de él?

–Siempre lo querré.

Él estiró el brazo y le agarró la mano.

–¿Cuánto tiempo ha pasado?

–Siete años.

–Es mucho tiempo para seguir enamorada de un recuerdo. ¿Cómo falleció?

–No importa. No quiero hablar de ello.

–De algún modo, ¿te sientes responsable de su muerte?

–Sí.

–¿Y ha evitado que tengas una relación cercana con otro hombre?

–He estado con otros hombres desde que él murió, si es lo que quieres saber.

–Carolena… dime la verdad. ¿Hay algún hombre que sea realmente importante para ti ahora?

«Sí, pero no está en Arancia», pensó ella.

–Ninguno en especial –contestó.

–Entonces, ¿te atreves a quedarte conmigo igual que te atreviste a acercarte a la caldera del Etna esta mañana? Siento curiosidad por ver cómo eres de valiente en realidad.

Le acarició la palma de la mano con el pulgar y ella notó que una oleada de calor la invadía por dentro.

–Ya sabes la respuesta.

–Baila conmigo, *bellisima* –le rogó él con un susurro–. No me importa que nos vea la tripulación. Me has cautivado y necesito sentirte entre mis brazos.

Era lo que ella deseaba también. Cuando oyó que se marcharían al día siguiente por la mañana, sintió que no había pasado suficiente tiempo con Valentino.

Él se levantó de la mesa y la abrazó. Era como si sus cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro. Ella lo rodeó por el cuello con los brazos y él le acarició la espalda y las caderas, y así, abrazados, bailaron hasta perder la noción del tiempo.

Ella sabía que él era inalcanzable. Abby le había contado que estaba comprometido con la princesa Alexandra desde la adolescencia, igual que Vincenzo se había comprometido con la princesa Michelina. Algún día, Valentino tendría que casarse. Él se lo había explicado el día anterior.

Carolena lo comprendía. Y no le molestaba porque ella misma

evitaba el compromiso. El matrimonio implicaba responsabilizarse de la felicidad de otra persona y ella no podía asumir eso. Sin embargo, deseaba pasar esa noche con Valentino, antes de regresar a Arancia y no volver a verlo jamás.

Esa noche él había conseguido que se sintiera agradecida por haber nacido mujer. Saber que él la deseaba tanto como ella a él la inundó de felicidad. Una noche con él sería suficiente, aunque él todavía no la había besado y ella se moría porque lo hiciera. Cuando él dejó de moverse, ella se quejó.

Él le apretó los brazos.

–La azafata te mostrará el camino a tu camarote –le susurró antes de sacar el teléfono del bolsillo–. Enseguida me reuniré contigo.

Carolena estaba tan entusiasmada que se había olvidado de que la tripulación los estaba mirando, pero Valentino estaba acostumbrado a que el mundo entero lo observara e hizo todo lo necesario para evitar que rumorearan. Sin decir nada, ella se separó de él y se acercó a la mesa para recoger el bolso, antes de seguir a la azafata escaleras abajo.

Cuando llegó al camarote, se dio una ducha y se puso uno de los albornoces blancos que había colgados en un perchero. En el vestidor había todos los productos cosméticos que un hombre o una mujer podían necesitar.

Carolena se sentó frente al espejo y comenzó a cepillarse el cabello. Aunque sabía que permanecería soltera toda la vida, se sentía como si fuera su noche de bodas y estuviera esperando al novio.

Al momento, oyó que llamaba a la puerta.

–Pasa –dijo ella.

Valentino entró y cerró la puerta tras él.

Sin decir nada, la agarró de la mano y la llevó hasta la cama. Se sentó y la colocó entre sus piernas.

–Pareces una novia –le susurró con la respiración acelerada.

–¿Eso es bueno o malo? –preguntó ella, con la sensación de que algo no iba bien.

Valentino le acarició los brazos por debajo de la tela del albornoz.

–Carolena… –su tono de voz pedía comprensión.

–¿Sí? –preguntó ella, consciente de que no iba a gustarle lo que iba a oír.

–Ayer te hablé de forma sincera sobre mi vida personal. Lo que no sabes es que anoche, cuando regresaste a tu dormitorio, yo me reuní con mi madre. Resulta que mientras montábamos a caballo, se fijó la fecha de mi boda con la princesa Alexandra. Nos casaremos el día diez de agosto, el día de mi coronación.

Carolena se quedó paralizada. Solo faltaban dos meses para esa fecha…

–Aunque le prometí a mi madre que le sería fiel a Alexandra a partir de ahora, y ya le he dicho a mi novia más reciente que hemos terminado, nunca me imaginé que una de las mejores amigas de Abby iba a ponerme a prueba.

–No debería haber venido, pero Abby insistió mucho –se estremeció–. Todo es culpa mía, Val.

–Ya estás otra vez, asumiendo la responsabilidad de algo que no es culpa de nadie. Si seguimos por ahí, ¿debería culparme por invitar a Vincenzo a quedarse unos días? ¿O a él por traer a su esposa y a su mejor amiga?

–Por supuesto que no –contestó Carolena, sintiéndose idiota.

–Al menos lo admites. En mi vida he deseado a una mujer como te he deseado a ti, desde el momento en que te vi en la piscina. Ahora es algo más. Mucho más.

–Lo sé. Yo también siento lo mismo –sonrió–. Los dioses se sienten celosos. Están esperando a que cometas un error. ¿Lo sabías?

–Cuando te reté para que pasaras la noche conmigo, traspasé una línea que había prometido no pasar.

–Te creo, pero para esto hacen falta dos, Val. No sabía que la fecha de tu boda estaba fijada. Sin embargo, sí sabía que estabas comprometido y también traspasé la línea, porque nunca había sentido un deseo tan intenso. Nunca había tenido una aventura antes.

–Carolena…

–No empeoremos la situación. Regresa al palacio esta noche, consciente de que has pasado la prueba.

–¿Y dejarte así? –dijo él, abrazándola–. ¡No hablarás en serio!

–Sí. Has de pensar en Vincenzo y en que tu madre espera tu regreso. Tu boda se va a celebrar pronto. Ahora debes concentrarte en Alexandra.

Carolena sabía que él no la estaba escuchando.

–No quiero separarme de ti –dijo él–. Pídemelo y no lo haré.

Carolena recordó las palabras de su abuela.

«Te metes allí donde los ángeles temen pisar, sin pensar en nadie más que en ti misma».

Esa vez no sería así.

–Gracias por ser tan sincero. Es una de tus mejores cualidades. Realmente eres el hombre íntegro que tu hermana idolatraba, pero yo ya tengo bastantes pecados a mis espaldas como para ayudarte a añadir uno a los tuyos.

Él frunció el ceño.

–Me contaste que provocaste la muerte del hombre al que amabas, pero también me dijiste que no fue intencionado.

–No lo fue.

–Entonces, no has cometido ningún pecado.

–Si nos separamos ahora, no te pasarás la vida arrepintiéndote por haber quebrantado la norma que te habías impuesto. Lo creas o no, quiero que te vayas, Val –le dijo–. Después de la promesa que les hiciste a tus padres cuando murió tu tío, no podría permitir que fuera de otra manera.

–No lo comprendo. Sigues ocultándome algo. Cuéntame qué es.

–No tiene importancia.

–Carolena…

Él estaba dispuesto a romper su promesa porque la deseaba de verdad. Y ser consciente de ello, la ayudó a mantenerse fuerte. Lo que él no sabía era que aquello tenía que ver con su propia supervivencia.

–Val, si te parece bien, me gustaría quedarme a bordo hasta mañana. Y quiero que sepas que, cuando me marche de Gemelli, me llevaré a casa el recuerdo de un hombre que durante unos momentos me hizo sentir inmortal. Atesoraré tu recuerdo toda mi vida.

Se separó de él y se acercó a la puerta para abrirla.

–*Addio*, dulce príncipe.

Capítulo 4

EN CUANTO Valentino entró en el palacio a las once, aquella noche, le escribió un mensaje a Vincenzo para ver si todavía estaba despierto.

–¿Qué tal el día? –le preguntó su cuñado cuando se reunió con él en el salón.

Valentino todavía estaba excitado a pesar de haberse separado de Carolena.

–Cuando bajamos del Etna se me ocurrió que a Carolena le gustaría cenar en el yate, desde donde se ve una vista preciosa. Va a pasar allí la noche. Mi piloto la traerá por la mañana. Deberías haberla visto cuando bajó del helicóptero y vio una de las fumarolas. Ha disfrutado de verdad.

–Michelina nunca habría subido al Etna, y siempre temía por ti. Siento lo que dije. Supongo que pensé que Carolena podía asustarse.

–Si estaba asustada, lo disimuló muy bien. Ahora, cuéntame cómo está Max.

–Abby y él se han quedado dormidos. Nos sentará bien regresar a casa. Cuando el médico nos diga qué es lo que tiene, estaremos más relajados. Me gustaría que te organizaras para venir a Arancia y que podamos hablar de negocios.

Él asintió.

–Estoy tan impaciente como tú por empezar con el proyecto. Despejaré mi agenda –si volaba a Arancia podría ver a Carolena otra vez.

–Abby cree que Carolena sería la persona ideal para consultarle los aspectos legales de nuestro proyecto. ¿Te he mencionado que es experta en legislación de patentes? Es justo lo que necesitamos.

Valentino sintió que le daba un vuelco el corazón. No necesitaba una excusa para verla de nuevo, sino que tenía un motivo legítimo para quedar con ella.

–¿Valentino? ¿Me has oído?

–Lo siento. El hecho de que esté especializada en patentes me ha pillado por sorpresa. Abby y Carolena son mujeres muy inteligentes.

Será un placer consultarles a ellas. Me preocupaba encontrar a alguien en quien pudiéramos confiar.

–Estoy de acuerdo. No queremos que nadie se entere del proyecto hasta que esté hecho –murmuró Vincenzo–. Abby me ha pedido que te dé las gracias por cuidar tan bien de Carolena hoy.

Si él supiera que había estado a punto de hacerle el amor… Cuando eso sucediera, no tendría vuelta atrás. Sabía que querría volver a poseerla una y otra vez, y eso convertiría sus vidas en un infierno.

–Siempre es emocionante subir al Etna con alguien que lo encuentra tan fascinante como yo.

–¿Le ha gustado de verdad?

–Ojalá hubiera podido grabarla cuando estábamos en el aire.

Vincenzo sonrió.

–Abby se alegrará. Ha invitado a Carolena a venir con nosotros porque ayer hizo siete años que se mató su novio, días antes de que se convirtiera en su prometida. Al parecer, junio siempre es una fecha difícil para ella. Estaban muy enamorados.

Valentino sintió un nudo en la garganta.

–Abby dice que Carolena sale con hombres, pero que nunca llega a conocerlos bien porque solo queda con ellos un par de veces. Cree que está deprimida, y está preocupada por ella. Abby confiaba en que este viaje la ayudaría a distraerse. Parece que pasar el día en el volcán ha tenido efecto.

–Eso espero –dijo Valentino.

–Será mejor que regrese a mi dormitorio. Cuando Max se despierte me toca pasearlo. Mi pobre esposa está agotada.

–Me parece que tú también –Valentino le dio una palmadita en el hombro a Vincenzo y lo acompañó a la puerta–. Pediré que os sirvan el desayuno en la habitación. Carolena os esperará en el helicóptero.

–Gracias por todo, Valentino.

–La reina dice que todo pasa. Y sabe mucho, que ha criado a tres hijos. Te veré por la mañana.

Cuando su cuñado se marchó, Valentino se dirigió a la piscina. Estuvo nadando hasta agotarse, confiando en que eso lo ayudara a dormir el resto de la noche. No funcionó. Había ciertas pasiones que no podían apagarse fácilmente.

Al día siguiente, cuando acompañó a Vincenzo y a su familia hasta la pista de aterrizaje, Carolena seguía sentada en su asiento

con el cinturón abrochado.

Aparte de una sonrisa y de darle las gracias por la visita al volcán, no mostró ninguna evidencia de haberlo echado de menos o de no haber podido dormir. Ambos eran buenos actores. Sin embargo, él percibió que había cierto temblor en su voz y no pudo evitar que se le alterara el ritmo del corazón.

Cuatro días más tarde, Carolena acababa de despedirse de un cliente en el despacho cuando su secretaria le dijo que tenía una llamada de Abby.

–¿Abby? ¿Cómo estás? ¿Qué tal está Max?

–Mucho mejor. La gastroenteritis se le pasó.

–¡Menos mal!

–Siento mucho lo que pasó con el viaje.

–¿Por qué dices eso? Yo lo sentía por vosotros. Me lo pasé muy bien.

–Siempre tan amable. Sé que Valentino se alegró mucho de que alguien se emocionara con su trabajo.

–Es un hombre increíble, Abby.

–Él también se quedó impresionado contigo. Ese es uno de los motivos por los que llamo. Ha llegado esta mañana para hablar de negocios con Vincenzo.

Carolena pensó que iba a darle un ataque al corazón. ¿Valentino estaba en Arancia?

–Puesto que estás especializada en patentes, quieren que te reúnas con ellos. Necesitan nuestro asesoramiento legal.

–¿Para qué? –había pensado que nunca volvería a verlo y se sentía tan deprimida que había decidido que si no lo superaba pediría ayuda profesional.

–Están desarrollando un proyecto para beneficiar a ambos países. Te lo contaré cuando vengas. ¿Puedes venir al palacio después del trabajo? Cenaremos los cuatro juntos y así podremos hablar.

Carolena se puso en pie. «No, no, no». No quería volver a enfrentarse a una situación así. Valentino debía de saber que aquello le estaba resultando muy difícil. No tenía tanto autocontrol como él.

Si por algún motivo terminaba a solas con Valentino, podría ser capaz de suplicarle que le dejara pasar la noche con él. Y pasaría el

resto de su vida llorando por otra pérdida, porque nunca tendría la oportunidad de volver a estar con él. Esa vez, no podía hacer lo que Abby le pedía.

–Me temo que no puedo.

–¿Por qué no?

–He quedado para ir a un concierto.

–Cancélalo. Esta mañana me he enterado de que Valentino tiene prisa. ¿Te he dicho que su boda y su coronación se celebrarán en agosto?

–No. Creo que no lo has mencionado.

–Confiaba en terminar con este asunto antes de regresar a Gemelli mañana.

–Tengo una idea para no hacerle perder el tiempo a Valentino. ¿Sería posible que os pasarais por el despacho esta tarde? –la idea de estar en terreno neutral hacía que la situación le pareciera más fácil.

–Me temo que no. Quedar en otro sitio implicaría poner mucha seguridad para proteger a ambos. Puesto que la coronación será dentro de poco, el riesgo que corre es más elevado. ¿Qué tal si despejas tu agenda para esta tarde y vienes al palacio? ¿A las dos?

Carolena estaba temblando.

–Tomaremos algo junto a la piscina. Si te vas a las seis y media, podrás llegar a tu cita.

–Tendré que reorganizar las citas de algunos clientes –mintió–. No sé si el *signor* Faustino me lo permitirá. Estoy trabajando en un caso importante.

–¿Más importante que el de los príncipes de dos países? –bromeó Abby.

–Lo solucionaré –contestó Carolena.

–Estupendo. La limusina te recogerá en el despacho a la una y cuarenta y cinco. Cuando llegues, sal directamente a la terraza de la piscina.

–Está bien –susurró antes de colgar.

Una hora y media más tarde, Carolena estaría viendo a Valentino otra vez. Por suerte, hasta entonces tenía que atender a otro cliente y se mantendría ocupada. Después, le diría a su secretaria que se marchaba a comer con un cliente.

Afortunadamente, llevaba un vestido sin mangas de color negro y unos zapatos de tacón. Solo tenía que retocarse un poco el maquillaje. Al llegar al palacio, su vestimenta respaldaría la mentira

de que tenía una cita para ir a un concierto.

Valentino acababa de hacer unos largos en la piscina cuando vio a Carolena atravesando el jardín hacia donde estaban ellos. Llevaba un ajustado vestido negro, que solo podía lucir una mujer con un cuerpo como el de ella. Abby le había comentado que después había quedado con un hombre para ir a un concierto.

Si él confiaba en que después de cuatro días sin verla iba a resultarle menos atractiva, estaba equivocado. Tendría que esforzarse para no mirarla mientras hablaban de negocios.

Mientras Abby se ocupaba de los preparativos para la comida, Vincenzo trabajaba en una de las mesas con el ordenador. Ambos iban en traje de baño con albornoz. Max estaba durmiendo la siesta.

Carolena se dirigió hacia Abby. Vincenzo silbó al verla y se levantó para saludarla.

–Nunca te había visto tan guapa, Carolena.

–Gracias –dijo ella, mientras abrazaba a su amiga.

Valentino salió de la piscina y se cubrió con una toalla.

–Te agradecemos que hayas podido venir.

Carolena lo miró un instante.

–Me alegro de volver a verte, Val. El *signor* Faustino se entusiasmó cuando se enteró de adónde iba. Considera que el hecho de que me hayan llamado para ayudar a los príncipes de Gemelli y de Arancia en un asunto legal, es un golpe maestro.

–Conociéndolo, es probable que en la próxima reunión te haga socio mayoritario –dijo Abby con una amplia sonrisa.

–¡No me desees tal cosa!

Valentino se acercó un poco más.

–¿Quieres decir que no es uno de tus sueños?

–Por supuesto que no.

Él sonrió. Había notado que estaba un poco nerviosa.

–Nuestra conversación en la cubierta del yate fue muy corta y no tuvimos tiempo de hablar de tus sueños antes de que tuviera que marcharme.

–Por lo que recuerdo, estuvimos hablando de tus sueños para Gemelli, Val. En realidad, espero ganar suficiente dinero con mi trabajo como para poder comprar de nuevo la granja de mis abuelos y explotarla –sus ojos verdes se nublaron durante unos momentos–. Soy hija de granjeros y me gusta.

–Entiendo que tus padres no están vivos.

–No, ni mis abuelos. Su granja se vendió. Ha habido Barettis en Arancia desde hace casi cien años. Soy la única Baretti que queda y quiero comprar de nuevo su granja para mantener la tradición.

¿Y su novio también era granjero? Valentino sintió celos al pensar que ella había podido amar a alguien lo suficiente como para seguir emocionándose al pensar en él.

–No tenía ni idea –murmuró–, pero puesto que lo llevas en la sangre te conviertes en doblemente valiosa para la tarea que tenemos entre manos.

–Abby me ha dicho que Vincenzo y tú estáis planeando algo grande para vuestros respectivos países. Reconozco que estoy intrigada.

–Eh, vosotros –los llamó Abby–. Venid a serviros la comida primero y luego hablamos de trabajo.

Valentino siguió a Carolena hasta la mesa. Después de llenarse los platos, se sentaron a una de las mesas redondas donde una doncella servía té helado. Cuando comenzaron a comer, él dijo:

–¿Vincenzo? ¿Por qué no les cuentas a las chicas el plan y continuamos desde ahí?

–Nuestros países tienen un problema de crecimiento porque están situados en la costa. Todos sabemos que las tierras de alrededor del mar Mediterráneo son de las más cotizadas del mundo. Durante los años, los terrenos donde se cultivaban los cítricos que han sido la base de nuestra economía durante siglos han ido disminuyendo debido al progreso del hombre. Los agricultores están siendo tentados con grandes sumas de dinero para que vendan sus tierras, que más tarde se explotarán en el sector turístico.

–Doy fe de que es así –comentó Carolena–. A mi abuelo le ofrecieron comprar sus tierras en varias ocasiones, pero no aceptó.

Vincenzo asintió.

–Él era el tipo de agricultor tradicional que lucha por mantener su herencia. Los agricultores se quedan sin trabajadores porque estos se marchan a la ciudad. En el proceso, estamos perdiendo recursos preciados que han provocado que Valentino y yo perdamos el sueño. Hay que hacer algo para romper la tendencia y recuperar lo que siempre defendimos. Se nos ha ocurrido una idea para ayudar a los agricultores ofreciéndoles un nuevo incentivo. Cuéntaselo, Valentino.

Carolena lo miró.

–Necesitamos competir con otros países para aumentar las exportaciones y satisfacer la demanda del creciente mercado mundial, a la vez que construimos una economía local. Los limones de Arancia son apreciados por tener poca acidez y un sabor delicado. Asimismo, las naranjas de sangre de Gemelli son apreciadas por su pulpa roja y su zumo oscuro. El zumo es muy rico en antioxidantes. Lo que proponemos es patentar nuestras frutas y crear una empresa conjunta para formar un negocio dedicado a la exportación de calidad –hizo una pausa–. Con un buen logotipo y una estrategia de marketing adecuada, podemos lanzar los cítricos al mercado mundial. Cuando el comprador los vea, sabrá que está adquiriendo fruta de nuestra región.

–Es una idea maravillosa –dijo Carolena–. Tendréis que crear una sociedad mercantil para la promoción del limón de Arancia y de la naranja de sangre de Gemelli. El sello de denominación de origen demostrará que las naranjas y los limones se han cultivado en vuestras tierras.

Vincenzo se inclinó hacia delante.

–Eso es justo lo que deseamos. Con las técnicas de mercado adecuadas, el negocio del cítrico empezará a florecer de nuevo. Pensaremos un nombre para el logo.

–Eso es fácil –dijo Abby–. AG. Dos letras impresas en cada fruta. Tendréis que hacer un vídeo para distribuirlo en aquellos países en los que queráis introducir vuestra marca.

«Gracias, Abby». Era como si ella le hubiera leído el pensamiento a Valentino. Él necesitaba más tiempo a solas con Carolena para hablar de sus vidas. Abby acababa de ofrecerle la excusa perfecta. Valentino miró a Vincenzo un momento antes de mirar a Carolena.

–Un buen vídeo vendería la idea rápidamente, pero necesitamos a una persona que salga hablando sobre el producto. Carolena, tú serías la persona adecuada, por varios motivos.

–Oh, no.

–Tienes todo lo necesario para vender nuestra idea –insistió él–. Empezaremos en Gemelli, viajarás por los alrededores de las huertas y hablarás con los propietarios. Es una zona con casi un siglo de tradición agrícola.

Por la manera en que Vincenzo sonreía mirando a Carolena, Valentino supo que le encantaba la idea.

–Cuando hayas terminado allí, tendrás que hacer lo mismo en Arancia con los limones. El vídeo saldrá en la televisión de ambos países, y la gente dirá: «Esa es la bella *signorina* Baretti anunciando la marca de AG». Te harás famosa.

–No quiero ser famosa.

–Te acostumbrarás –intercedió Valentino–. Mientras estés en Gemelli te quedarás en el palacio, y cuando viajes con el equipo de rodaje tendrás toda la seguridad necesaria. Yo despejaré mi agenda durante el tiempo que estés allí por si me necesitas. Cuanto antes, mejor. ¿Cuánto tiempo tardarás en organizarte para poder venir?

–Pero…

–Será divertido –dijo Abby con entusiasmo–. No se me ocurre otra persona que pueda hacerlo mejor.

–Por supuesto, se te recompensará –añadió Vincenzo–. Cuando termines de anunciar los productos de nuestros países, tendrás suficiente dinero para comprar de nuevo la granja de tus abuelos, si eso es lo que quieres.

Ella se levantó de la silla fingiendo que iba a servirse más comida.

–Sois todos muy generosos, pero necesito tiempo para pensar en ello.

Valentino la miró.

–Piénsalo esta noche mientras estás en el concierto con tu amigo, y mañana por la mañana te llamaremos para saber la respuesta –él estaba convencido de que ella no tenía ninguna cita, y ella se lo demostró cuando apartó la mirada hacia otro lado.

Tratando de calmarse, miró el reloj.

–Puesto que tenemos varias horas antes de que tengas que marcharte, sugiero que nos pongamos a trabajar en el guion. Quizá podías empezar el vídeo mostrándonos tu antigua granja. Así captaremos el interés de todo el mundo inmediatamente.

–¡Es un lugar precioso! –dijo Abby–. ¿Lo harás, verdad? –le preguntó a su amiga–. Has trabajado sin parar desde que saliste de la universidad. Ya es hora de que te diviertas un poco también. Tu jefe, el *signor* Faustino, se arrodillará ante ti.

–Yo te llevaré en el jet –intervino Vincenzo.

Valentino se percató de que estaba conteniendo la respiración.

«Te metes allí donde los ángeles temen pisar, Carolena».

Las palabras de su abuela resonaban en su cabeza mientras el jet real comenzaba a descender sobre el aeropuerto de Gemelli. Al ver el humo que echaba el Etna desde la ventanilla, los recuerdos de aquel día maravilloso que había pasado con Valentino, inundaron su corazón.

Se reuniría con él al cabo de unos minutos. Si la idea de que ella hiciera el vídeo hubiese sido únicamente un deseo de Valentino, la habría rechazado, pero el entusiasmo que Vincenzo y Abby habían mostrado dos días atrás la había hecho recapacitar.

Tras otra noche sin dormir a causa de Valentino, ella había llamado a Abby al día siguiente para decirle que lo haría. Claro que su amiga no tenía ni idea de lo mucho que se sentía atraída por él.

Era una atracción muy potente, y Valentino lo sabía, pero ambos estaban impedidos por un código de honor. Si trabajaba duro, podría terminar el rodaje en un par de días y regresar a Arancia.

Uno de los empleados de Valentino la recibió al salir del avión y la guio hasta el dormitorio donde se había alojado anteriormente. Tras dejar la maleta en el suelo, le dijo:

–Dentro de cuarenta y cinco minutos, Su Alteza estará esperándola en la limusina para llevarla a visitar algunos huertos de naranjas. Entretanto, le han dejado preparada una bandeja de comida.

–Gracias.

Después de colocar sus cosas rápidamente, Carolena comió algo y se puso unos pantalones vaqueros, un blusón y unas botas de montaña. El tipo de ropa que solía llevar en la granja de sus abuelos. Por la mañana se había hecho una trenza para que no le molestara el cabello en la cara. Dentro de la bolsa llevaba una copia del guion que había releído montones de veces.

Antes de salir de la habitación, sacó el guion de la bolsa y un sombrero de paja de ala ancha que su abuela solía llevar para protegerse del sol. Con todo lo que podía necesitar, se dirigió hasta la limusina que la esperaba en la entrada lateral del palacio.

Nada más verla salir, Valentino dejó de hablar con el chófer y la ayudó a subir al vehículo. Hacía un precioso día de verano y en el cielo lucía un sol espléndido.

Valentino entró en la limusina y se sentó frente a ella. Iba vestido con unos pantalones vaqueros y un polo de color azul. Tenía un aspecto estupendo y olía de maravilla.

–Estaba deseando que llegaras –confesó él–. ¿Qué tal el

concierto?

–Maravilloso –repuso ella.

–Interesante. Averigüé que esa noche no había ningún concierto, y que tampoco saliste a cenar con tu novio. El chófer le informó a Vincenzo que le pediste que te llevara de regreso a tu apartamento. ¿Por qué te inventaste una excusa?

Ella se sonrojó.

–Estoy segura de que sabes el motivo.

–¿Quieres decir que tenías miedo de que esa noche terminaras a solas conmigo?

–Pensé que podía ser una posibilidad y decidí optar por ser precavida.

–Cuando oí que Vincenzo le contaba a Abby que lo de tu cita era una excusa, estuve a punto de presentarme en tu apartamento esa misma noche.

Eso no iba a funcionar. Lo deseaba tanto que se sentía físicamente débil.

–¿Tu madre sabe que me llevaste a sobrevolar el Etna? –preguntó.

–Tiene espías. Es parte del juego. Por eso no te ataqué en la cubierta del yate.

–Sin embargo, bailamos durante largo rato.

Él se inclinó hacia delante.

–Eso es, bailamos, pero la azafata le contaría que no pasé la noche contigo. De hecho, no estuve en tu dormitorio más que unos minutos.

–Ella no es tonta, Val.

–¿Qué puedo decir? –sonrió–. Es mi madre. Cuando regresaste a Arancia, pensaba que habías desaparecido de mi vida y se sintió aliviada. Ahora que has regresado tan pronto, sabe que el interés que siento por ti es más que pura atracción física.

–Puesto que la fecha de tu boda está muy próxima, tiene derecho a estar disgustada.

–Efectivamente.

La vida de Valentino estaba controlada en todo momento, y ella comenzaba a comprender lo difícil que debía de haber sido para él, pero en aquellos momentos no podía pensar en ello. Tenía mucho trabajo que hacer. Y cuanto antes terminara, antes podría regresar a Arancia. Y alejarse de él.

Llegaron a la primera huerta y Carolena observó a los hombres y

mujeres mientras recogían la fruta y la colocaban en unas cajas de plástico. Recuerdos del pasado inundaron su cabeza.

–Caminaremos a partir de aquí –dijo Valentino cuando se detuvo la limusina.

Abrió la puerta para ayudarla a bajar. Nada más salir, el olor de los huertos de naranjas invadió sus sentidos.

Valentino la miró fijamente y ella se sonrojó y aprovechó el momento para ponerse el sombrero de paja.

–Me gusta ese toque de autenticidad.

–Era de mi abuela. Pensé en ponérmelo para que me diera suerte.

–Como verás, las huertas tienen un microclima gracias al Etna. Los días cálidos y las noches frescas nos permiten producir lo que consideramos las mejores naranjas de sangre del mundo.

–Tú deberías salir en el vídeo, Val. En tu voz se percibe el amor que sientes por esta isla.

–Sin embargo, cualquiera te diría que mirar a una mujer bella es mucho más emocionante.

No desde su punto de vista. Valentino era tremendamente atractivo.

Algunos hombres del equipo de seguridad se adelantaron para ir a buscar al dueño de las tierras y pedirle que fuera a hablar con Valentino y Carolena. El hombre y su hijo estaban encantados de que los entrevistaran y a ninguno le importaba aparecer en el vídeo.

Después de despedirse de ellos, se dirigieron a otra huerta, y así hasta que pararon al mediodía para comer lo que les habían preparado en el palacio. Seis paradas más tarde alcanzaron el extremo oriental de la isla. El tiempo había pasado muy deprisa y ya estaba anocheciendo.

–No ha habido ni un agricultor que no quisiera formar parte de tu plan para mantener a la población trabajando la tierra y ganar más dinero –le dijo Carolena.

Él se acomodó en el asiento.

–Has encandilado a todo el mundo. El hecho de que seas hija y nieta de agricultores ha servido para que se abran y nos cuenten sus preocupaciones. Me ha maravillado la manera en que has contestado a sus preguntas y les has explicado lo que pretendemos hacer.

–Tenía un guion. Tú no. Concédete el crédito que mereces, Val. Se han emocionado al ver que el príncipe se preocupa por ellos,

tanto que han tenido el honor de recibir su visita en persona. Son conscientes de que asegurando su futuro se asegura el futuro de todo el país.

–Carolena, creo que tú vas a ser la persona que haga que nuestra estrategia de mercado tenga éxito. Después de este duro día de trabajo, nos merecemos una cena relajada. Le he dicho al chófer que nos lleve a un restaurante que está junto al mar. Allí podremos disfrutar en privado. Ya he llamado para pedir la cena.

–Creo que deberíamos regresar al palacio.

–Estás preocupada por mi madre, pero puesto que llevo preocupado por ella desde que cumplí los dieciséis años, no me parece nada novedoso. Espero que tengas hambre. Vamos a un sitio donde sirven un atún delicioso. Y recién pescado.

En aquellos momentos era imposible hablar en serio con Valentino. Después de la cena, le contaría lo que pensaba.

La limusina se detuvo en un callejón que llevaba a la parte trasera del restaurante. Valentino se bajó primero del coche y le dio la mano a Carolena para ayudarla a bajar.

Un hombre de seguridad les abrió la puerta del restaurante y Valentino guio a Carolena hasta otra puerta que daba a una terraza donde había preparadas unas mesas redondas para dos personas, con velas y vistas al mar. Eran los únicos clientes. No debería haber ido a un lugar tan romántico como ese con él, pero ¿qué podía hacer?

Valentino la ayudó a sentarse y le acarició los hombros.

–Llevo todo el día deseando acariciarte.

Ella notó que una oleada de calor la invadía por dentro al sentir sus caricias.

–*Benvenuto,* Valentino! –una voz masculina rompió el silencio.

Valentino parecía reacio a retirar las manos.

–Matteo Tancredi, te presento a Carolena Baretti, la mejor amiga de mi cuñada. Carolena, Matteo es uno de mis mejores amigos, y el propietario de este establecimiento.

–¿Cómo está, *signor*? –le tendió la mano.

–Mucho mejor ahora que Valentino está aquí. Me dijo que vendría acompañado de la protagonista del vídeo que hará que Gemelli se haga famoso.

–Confiamos en que sea un éxito.

–Todo lo que se le ocurre a Valentino produce resultados excelentes –Matteo sonrió–. Os traeré un vino blanco que combina

estupendamente con el pescado. Si necesitáis algo, solo tenéis que pedírmelo.

–Gracias.

Los hombres se miraron con complicidad antes de que Matteo desapareciera de la terraza. Después, Valentino se sentó frente a ella.

–¿Dónde conociste a Matteo?

–En la universidad de Catania.

–¿Está casado?

–Todavía no. Estaba estudiando Geología cuando su padre se puso enfermo y falleció. La familia necesitaba que Matteo mantuviera el negocio, así que tuvo que dejar los estudios.

–¿No había nadie más que pudiera ayudar?

–Su madre y sus hermanos, pero su padre siempre había confiado en Matteo y no le gustaba la idea de que estudiara en la universidad.

–¿Matteo es el mayor?

–Sí.

–¿Igual que tu padre confiaba en ti y no en tu hermano pequeño?

Él la miró con los ojos entornados.

–Sí, si lo pones así.

–Ahora comprendo por qué. Después de haber visto cómo hablabas con los agricultores, creo que tú deberías ser el que saliera en el vídeo, Val. Eres líder por naturaleza.

Antes de que él pudiera contestar, Matteo les llevó la cena y les sirvió el vino.

–Disfrutad de la comida.

–Estoy segura de que estará deliciosa. Me siento como si estuviera en el paraíso –dijo ella.

–Después de cenar escribe que has estado en el paraíso, y lo enmarcaré para colgarlo en la pared con los testimonios de otras personas famosas que han comido aquí. Aunque ninguna será tan famosa como tú.

Ella soltó una risita.

–Excepto el príncipe, que entra en otra categoría.

–Estoy de acuerdo.

–¿Y qué categoría es esa? –le preguntó Valentino cuando Matteo los dejó a solas.

–¿No es evidente? –ella comenzó a comer y bebió un sorbo de

vino.

Él jugueteó con la comida, algo que no era lo que solía hacer.

–¿Podrías olvidarte de quién soy por una noche? –de pronto, parecía tenso.

–No más que tú. Todos tenemos un destino. Hoy te he visto en acción y estoy impresionada con tu sabiduría y tu delicadeza. Estoy segura de que eres tú el que debería salir en el vídeo. Eres capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Mañana por la mañana regresaré a Arancia y te dejaré haciendo el vídeo a ti solo. Así tu madre no tendrá por qué preocuparse más.

Él frunció el ceño.

–Aunque a ella le gustaría que lo hicieras, no puedes hacerlo.

–¿Por qué no?

–Porque Vincenzo y yo te hemos contratado. El futuro económico de nuestros países depende de nuestro plan, y tú eres una parte integral en él.

–No obstante, cuando termine la otra sesión de rodaje en Arancia, mi trabajo habrá terminado. Para que lo entiendas, mañana después del rodaje me iré de Gemelli y no volveré a verte más.

–Lo que supone un problema para mí, porque no quiero perderte de vista. Nunca –añadió él, con un susurro.

Ella no podía dejar de temblar.

–Por favor, no me digas cosas así. Mantener una relación extramatrimonial sería algo escandaloso y de mal gusto, entonces, ¿por qué me hablas así?

–Porque estoy obsesionado contigo –dijo él–. Si no es amor, es algo mucho mejor. Nunca he estado enamorado, pero lo que siento no se me pasa. De hecho, cada vez es peor, mucho peor. Esta es una experiencia completamente nueva para mí. Soy un hombre diferente.

Ella negó con la cabeza.

–Apenas nos conocemos.

–¿Cuánto tiempo tardaste en enamorarte de tu prometido?

–¿Cómo has averiguado que era mi prometido?

–Por Abby.

–Ojalá no te hubiera dicho nada.

–Todavía no has respondido a mi pregunta.

–Berto y yo éramos amigos antes de enamorarnos. Vivíamos en granjas vecinas. No es lo mismo.

–Por supuesto que no. La semana pasada en la piscina, tú y yo experimentamos un fenómeno tan fuerte como una erupción volcánica. No solo tembló la tierra bajo nuestros pies, sino que toda mi vida se ha descentrado tanto que ya no sé quién soy.

–¡No digas eso, por favor!

–Sabes que es cierto, ¿verdad? Si no fueras la persona ideal para hacer este vídeo, habría encontrado otra manera de pasar tiempo contigo. He sido muy sincero contigo. Ahora me gustaría que tú lo fueras conmigo. ¿Has aceptado hacer este vídeo porque querías ayudar y sentías que era tu obligación, debido a tu amistad con Abby? ¿O estás aquí porque no podías soportar estar alejada de mí?

Ella se cubrió el rostro con las manos.

–No me preguntes eso.

–Tengo que hacerlo. Nos hemos conocido. Es parte de la vida. Tu respuesta es muy importante para mí porque no quiero cometer un error.

–¿Qué error? ¿Qué diablos quieres decir?

–Lo hablaremos durante el trayecto de regreso al palacio. ¿Qué te apetece de postre?

–Yo… No puedo… –le tembló la voz.

–Ya somos dos.

Cuando Matteo apareció, ambos le dieron las gracias por la deliciosa comida. Él los acompañó a la limusina para despedirlos.

Una vez dentro, Valentino se sentó frente a ella y se inclinó hacia delante.

–Háblame de tu prometido. ¿Cómo murió?

Ella tragó saliva.

–Preferiría no hablar de ello.

–Vamos a tener que hablarlo –estaba decidido a encontrar respuestas.

–Hubo un accidente.

–¿Estabas con él cuando sucedió?

A Carolena se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Sí.

–¿Te sigue resultando tan doloroso como para no poder hablar?

–Sí.

–Porque lo provocaste tú.

–Sí –susurró ella.

–¿En qué sentido?

–Lo estaba ayudando con las tareas del campo y le dije que yo

podía conducir la cosechadora de almendras mientras él se ocupaba de la máquina que se abre como un paraguas invertido para recoger todas las almendras a la vez. ¿Sabes de qué hablo?

–Sí. Se recogen más almendras con menos trabajadores.

Ella asintió.

–Él me dijo que me quedara en la casa, pero yo insistí en ayudarlo. Había conducido el tractor de mi familia y sabía lo que tenía que hacer. Así terminaríamos el trabajo mucho más deprisa. Berto finalmente aceptó. Mientras cruzábamos un puente estrecho, yo me acerqué demasiado a la pared y el tractor se volcó. Yo pude saltar a tiempo, pero él cayó al riachuelo que había abajo. El paraguas era tan pesado que lo atrapó bajo el agua y no podía respirar. Yo no podía moverlo y tuve que ir a pedir ayuda. Cuando llegó su familia, era demasiado tarde. Se había ahogado.

Valentino se sentó a su lado y la abrazó.

–Lo siento mucho, Carolena.

–Fue culpa mía, Val. Yo lo maté –no podía dejar de llorar.

Él la acunó durante largo rato.

–Por supuesto que no. Fue un accidente.

–No debería haber insistido en conducir.

–¿Y él no podía haberte dicho que no?

Ella levantó la cabeza y él se percató de que, con tanto llorar, le había empapado la camiseta.

–Se lo puse muy difícil. Mi abuela solía decirme que a veces me comportaba como una niña.

Valentino se rio y la abrazó de nuevo.

–Fue un trágico accidente, pero nunca te olvides de que él te quería a su lado porque te amaba. ¿De veras crees que él esperaba que tú sufrieras durante años?

–No –susurró ella–, no si lo planteas así.

–Es la única manera de plantearlo –él la abrazó con fuerza–. Abby me dijo que él fue el amor de tu vida.

No. Abby estaba equivocada. Berto había sido su primer amor. Hasta su muerte, él había sido su único amor. El amor de su vida era un hombre prohibido, y estaba abrazándola en ese mismo momento. Tenía que ocultarle la verdad.

–Como te dije, siempre amaré a Berto. Perdóname por haberme derrumbado de esta manera.

Capítulo 5

VALENTINO la besó en el cabello.

–Me alegro de que lo hayas hecho. Ya no hay secretos entre nosotros.

Antes de que Carolena pudiera detenerlo él comenzó a besarla una y otra vez, hasta llegar a su boca. Ella volvió la cabeza, pero él la persiguió hasta encontrar sus labios.

Al principio, ella se resistió, pero él aumentó la presión hasta que separó los labios, como si no pudiera evitarlo. Cuando vio que Carolena respondía con pasión, él sintió que la tierra temblaba a sus pies.

Puesto que estaban en la entrada del palacio y tendrían que salir enseguida, él no pudo hacer más que disfrutar de unos besos. En la boca, en el cuello, en la boca otra vez, experimentando un placer que nunca había experimentado antes.

–Carolena… te deseo tanto que siento dolor.

–Yo también –dijo ella, retirándose de su lado–, pero esto no puede continuar. No debería haber sucedido nunca. ¿Le has contado a Vincenzo algo sobre mí?

–No.

–Me alegro. Después de haber estado en el yate contigo, supongo que esto era inevitable. Quizá sea mejor que nos olvidemos de lo que ha pasado.

Él ocultó el rostro contra su cuello.

–Tengo noticias para ti, *bellisima*. Este tipo de pasión no se puede olvidar. Al contrario, cada vez se vuelve más ardiente. Ahora que sé lo que sientes por mí, tenemos que hablar seriamente sobre si me caso o no.

–¿Qué has dicho? –preguntó ella, y comenzó a temblar.

–Ya me has oído. Hice la promesa de que no saldría con más mujeres, y pretendía cumplirla. Lo que acaba de suceder entre nosotros me ha descentrado tanto que tenemos que…

–¿Alteza? –una voz lo interrumpió por el micrófono del vehículo–. Hemos llegado.

Carolena suspiró.

–No puedo salir aún. No puedo permitir que los empleados me vean así…

Él sonrió.

–No hay manera de ocultar el hecho de que te han besado apasionadamente. ¿Cómo podría ayudarte?

–Dame mi bolso. Al menos me pondré un poco de pintalabios.

–Te está saliendo un sarpullido por mi culpa.

–Lo noto. Tendré que ponerme un poco de maquillaje.

–Su bolso y su sombrero, *signorina*. ¿Algo más?

–No vuelvas a acercarte a mí.

–Voy a acompañarte a tu apartamento. ¿Estás preparada?

–No –dijo ella–. Sal tú primero. Yo te seguiré enseguida.

–Tómate tu tiempo. No tenemos prisa –la besó en los labios y salió de la limusina sintiéndose un hombre nuevo.

Al cabo de unos instantes, Carolena se bajó del vehículo y corrió hasta el palacio. Valentino la siguió hasta su apartamento, entró tras ella y cerró la puerta.

–Ahora podemos hablar sobre nosotros en privado –dijo apoyándose en la puerta con los brazos cruzados.

Ella se volvió para mirarlo.

–No hay un «nosotros», Val. Si fueras un hombre normal comprometido con una mujer a la que no amaras, siempre podrías romper tu compromiso para estar con la persona que quieres de verdad. De hecho, sería lo mejor para todos.

–¿Quieres decir que como soy príncipe no puedo romper el compromiso porque sería inmoral? ¿Es eso?

–Un compromiso de boda mantenido durante años entre los miembros de dos familias de la realeza, no es exactamente lo mismo.

–De la realeza o no, un compromiso es un compromiso. Es el momento de asegurarse de que el matrimonio inminente traerá felicidad. Mi hermana esperaba que su matrimonio con Vincenzo le brindara felicidad, porque ella lo amaba. Sin embargo, él no estaba enamorado de ella y nunca llegó a estarlo.

–Lo sé. Ya hemos hablado de esto antes –dijo Carolena–. Hiciste una promesa a tu familia, después de la muerte de tu tío Stefano. Yo acepté venir a Gemelli para ayudaros a ti y a Vincenzo. He intentado convencerme de que la atracción que sentimos el uno por el otro no puede llegar a ningún sitio. Y menos con tu boda a punto

de celebrarse. Y ahora me aterroriza pensar que estás dispuesto a cancelarla para estar conmigo. Me has ayudado a superar el sentimiento de culpabilidad que tenía por la muerte de Berto, pero me niego a ser responsable de tu ruptura con la princesa Alexandra. Hiciste una promesa…

–Es cierto. Prometí que cumpliría con mis deberes reales, pero eso no significa que tenga que casarme con Alexandra. Después de lo que hemos compartido hace unos minutos, necesito más tiempo. Pasado mañana se reúne el parlamento. Tenemos cuarenta y ocho horas antes de que mi boda se anuncie oficialmente a la prensa. O no.

–Me asustas, Val.

–Eso es bueno. En el yate conseguiste mantenerme alejado de tu cama. Tu decisión evitó que diéramos el siguiente paso, pero esta noche ha cambiado todo –suspiró–. Independientemente de cuál sea, tu respuesta tendrá consecuencias para los dos, porque sabes que estamos locos el uno por el otro. De otro modo, no te habrías reunido con Vincenzo y conmigo para hablar del proyecto. Admítelo.

Ella no podía soportarlo más.

–Estás poniendo mucha responsabilidad sobre mí…

–Así te das cuenta de cómo me siento.

–No puedo darte una respuesta. Dentro de siete semanas te convertirás en rey.

–Ese es el motivo de esta conversación. No habrá coronación si no hay matrimonio. Necesito tener tu respuesta mañana por la noche, después de que hayamos terminado con el rodaje. Una vez que el parlamento comience la sesión y se anuncie la fecha de mi boda, será demasiado tarde para nosotros.

–¡Eso no es justo!

–¿Y desde cuándo el amor es algo justo? Pensé que lo habías descubierto cuando murió tu prometido. Yo lo descubrí cuando mi hermana murió antes de poder abrazar a su bebé.

Carolena rompió a llorar.

–No puedo pensar en estos momentos.

–¡Tendrás que hacerlo de aquí a mañana por la noche! Hasta entonces, dejaremos el tema de lado y nos concentraremos en situar a Gemelli y a Arancia en el mapa mundial de la agricultura.

–¿Y cómo vamos a hacer eso? Me acabas de hacer una propuesta y tengo que asimilarla.

–Por eso te doy toda la noche para pensar en ella. Quiero mantener una relación contigo, Carolena. Estoy dispuesto a romper mi compromiso con la princesa Alexandra para poder estar contigo. Al final, ella me lo agradecerá. Gemelli todavía no necesita un rey.

–¡No hablarás en serio!

–Si no te hubiera contado lo de mi compromiso, habríamos pasado la noche juntos en el yate. El hecho de que te lo dijera demuestra lo importante que eres para mí. Me di cuenta de que quería algo más que disfrutar de una noche de pasión contigo bajo las estrellas. Acostarnos para saciar nuestro deseo nunca será lo mismo que tener una relación plena.

Su explicación tenía tanto sentido que ella estaba muy confusa.

–Sin embargo, hay algo que necesito saber. Si el amor que sientes por Berto es demasiado intenso y es lo que se está interponiendo para dejarme entrar en tu vida, dímelo ahora. Si la respuesta es sí, te prometo que, cuando terminemos el vídeo, mañana por la noche te dejaré en el avión y nuestros caminos no volverán a cruzarse.

Ella sabía que Valentino hablaba en serio. Él había sido muy sincero y ella no podía ser menos.

–Nunca habría querido acostarme contigo si no hubiese desplazado a Berto en mi corazón.

–Eso es lo que me imaginaba –murmuró él.

–De todos modos, cuando te refieres a mantener una relación, hablamos de una relación a distancia, ¿no? Contigo en lo alto de un volcán mientras yo estoy trabajando en otro país… ¿Cuánto tiempo podría pasar hasta que te vieras obligado a dejarme y a casarte con una mujer de la realeza para poder convertirte en rey? Tu madre me odiaría. Y Vincenzo y Abby nunca lo aprobarían. Me sentiría muy presionada y no podría soportarlo.

–¿Me quieres? Es lo único que quiero saber.

Carolena lo amaba, pero, cuando él terminara la relación, ella querría morirse.

–El amor no lo es todo, Val.

–No es eso lo que quiero oír, Carolena.

–Creía que me habías dado hasta mañana por la noche para darte una respuesta.

–Te he hecho una promesa y la mantendré. Se está haciendo tarde. Me despediré de ti aquí y te veré mañana a las ocho y media. *Buona notte,* Carolena.

Valentino se dirigía hacia su suite en el palacio, cuando su hermano apareció en lo alto de la escalera vestido con unos pantalones vaqueros y una camisa, en lugar de con su uniforme.

–¿Vito? ¿Qué haces aquí? ¡No sabía que venías!

Se abrazaron y Vito contestó:

–Estaba esperándote.

Ambos entraron en su apartamento.

–Veo que has estado con nuestra madre.

–Sí. Me llamó la semana pasada y me pidió que viniera lo antes posible. Pedí que me adelantaran el permiso y he llegado esta tarde.

–Me alegro de verte –se sentaron alrededor de la mesa de café–. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

–Lo suficiente como para descubrir por qué mamá está tan preocupada por ti. ¿Por qué no me hablas de la mujer que llevaste al volcán la semana pasada, antes de pasar parte de la noche bailando con ella en el yate? Y todo esto ha sucedido después de que fijaras la fecha de tu boda con Alexandra.

Valentino se levantó del sillón.

–¿Quieres una cerveza?

–Claro.

Se dirigió a la cocina y sacó dos botellas de la nevera. Después de darle unos tragos, Vito dijo:

–Estoy esperando.

–Lo sé. El problema es encontrar la manera de decirte algo que te va a dejar perplejo.

Vito sonrió y puso los pies sobre la mesa.

–Quieres decirme que a medianoche, de repente, te encontraste con la mujer de tus sueños.

Valentino no podía reírse de aquello.

–Fue por la tarde. Acababa de bajarme del helicóptero y Carolena estaba en la piscina a punto de bucear.

–Afrodita en carne y hueso.

–Mucho mejor –se terminó la cerveza y dejó la botella sobre la mesa.

–Tengo entendido que es la mejor amiga de Abby. ¿Y que os está ayudando con un vídeo publicitario?

–Así es –Valentino le explicó el proyecto a su hermano.

–Estoy impresionado con la idea, pero todavía no has contestado

a mi pregunta. ¿Qué significa esa mujer para ti? Si Alexandra se entera de que estuviste cenando y bailando con ella en el yate, se sentirá dolida.

Valentino miró a su hermano fijamente.

–Estoy enamorado por primera vez en la vida, Vito.

–¿Tú?

Él asintió.

–Locamente enamorado.

Su hermano se quedó sin habla.

–No puedo casarme con Alexandra. No habrá boda ni coronación, ni el parlamento la anunciará oficialmente.

Vito empalideció y se puso en pie.

–Hasta que conocí a Carolena, me engañé pensando que Alexandra y yo podríamos conseguir que el matrimonio funcionara gracias a los hijos. Ahora me doy cuenta de que esa boda solo nos llevará a ser infelices. No la amo, y ella no me ama como Michelina amaba a Vincenzo. A pesar de lo que nuestros padres querían, yo no quiero un matrimonio así para nosotros. Mañana por la noche pensaba ir a Chipre y romper el compromiso. La noticia hará que recupere la libertad. Con suerte, encontrará un hombre al que ame de verdad, aunque todo esto provoque un gran revuelo en nuestras familias.

Vito lo miró durante unos instantes.

–No tendrás que volar hasta allí. Nuestra madre la ha invitado a cenar mañana por la noche.

–No me sorprende. Dadas las circunstancias, me alegro de que venga. Cuando me despida de Carolena antes de que regrese a Arancia, podré concentrarme en Alexandra.

–¿Qué piensas hacer con Carolena? No puedes casarte con ella, y nuestra madre no quiere reinar más tiempo.

Valentino ladeó la cabeza.

–No soy el único hijo. Tú eres el segundo en la línea de sucesión al trono. Lo único que tienes que hacer es renunciar a tu puesto en el ejército y casarte con la princesa Regina. Nuestra madre estará contenta de que al menos uno de nosotros esté dispuesto a reinar.

–No bromees –soltó Vito–. No estoy enamorado de Regina.

Su rápida respuesta llevó a Valentino a pensar que su hermano estaba enamorado de otra mujer.

–¿Quién es ella, Vito?

–¿Qué quieres decir?

–La mujer que amas –se fijó en que su hermano apartaba la mirada.

–Al enamorarte has cambiado por completo, Val.

–Ha hecho que me dé cuenta de lo que es verdaderamente importante. ¡Carolena ha hecho que me sienta realmente vivo por primera vez en la vida!

Vito negó con la cabeza.

–¿Cuándo voy a conocerla?

–La próxima vez que pueda quedar con ella.

–¿Y cuándo le vas a decir a nuestra madre que has roto el compromiso?

–Después de que haya hablado con Alexandra y de que hayamos hablado con sus padres. ¿Podrás ir a recoger a la princesa al avión? Carolena y yo estaremos terminando el rodaje sobre esa hora, y me harías un gran favor.

–Si es lo que quieres… –dijo su hermano. Cuando se disponía a marcharse, añadió–: ¿Val? Cuando hayas roto con Alexandra, no podrás echarte atrás.

–Nunca quise casarme con ella, y he estado retrasando el matrimonio durante años. Ella tampoco tenía prisa. Ambos somos conscientes de que era el sueño de nuestros padres. Ella siempre me ha caído bien. Es una mujer encantadora que se merece el amor del hombre adecuado. Y yo no soy ese hombre.

Después de un silencio, Vito dijo:

–Te creo.

–*A domani,* Vito.

El equipo de rodaje siguió a la limusina hasta el último huerto de naranjos. Carolena miró el guion una vez más antes de que el coche se detuviera, pero las palabras se movían ante sus ojos. Cuando terminaran esa parte del rodaje, Valentino querría que ella le diera su respuesta.

Aunque no habían hablado de ello en todo el día, se notaba que ambos estaban en tensión.

Carolena agarró el sombrero de su abuela, salió de la limusina y se dirigió hacia unos naranjos donde estaba el fotógrafo junto con los propietarios de la tierra.

Valentino la observó mientras un miembro del equipo le retocaba el maquillaje, antes de colocarle el sombrero en el ángulo

adecuado.

Empezaron a rodar y, ya casi en la toma final, ella mostró una naranja hacia la cámara:

–Comidas o bebidas, las naranjas de sangre que llevan el sello AG ofrecen al mundo los beneficios de un lugar sagrado de la naturaleza –hizo una pausa y mostró una amplia sonrisa–. *Salute* desde el divino Gemelli.

Valentino la miró fijamente.

–*Salute* –murmuró cuando dejaron de grabar y comenzaron a caminar hacia la limusina–. La parte que has añadido al final no estaba en el guion.

–¿Quieres repetirla? –preguntó ella, con el corazón acelerado.

–Por supuesto que no. Siempre he considerado que Gemelli es un lugar sagrado. Es como si me hubieras leído el pensamiento.

–Es difícil no hacerlo. Como te dije, muestras veneración por la isla y su gente.

–Tu actuación de hoy ha sido incluso mejor de lo que esperaba –le dijo mientras abría la puerta de la limusina para que pasara–. Si este vídeo no difunde nuestro mensaje por todo el mundo, nada podrá hacerlo. Estoy en deuda contigo, Carolena. Cuando Vincenzo vea la cinta se sentirá ansioso por empezar a rodar en Arancia.

–Gracias –se metió en la limusina haciendo esfuerzos para no rozarlo–. Si hemos terminado aquí, me gustaría regresar al palacio –dijo ella.

–Todo a su tiempo. Primero comeremos. Matteo no solo nos ha dejado su barco, sino que ha preparado un picnic para que comamos a bordo. Hablaremos y comeremos mientras regresamos –a pesar de que aquella noche tenía planes para la cena, Val decidió que era importante pasar tiempo con Carolena en su último día. Después, vería a la princesa Alexandra en el palacio.

Carolena sentía una fuerte presión en el pecho cuando bajaron del coche y se dirigieron al pequeño yate que estaba amarrado frente al restaurante. Estarían completamente a solas en él, ya que los miembros de seguridad los vigilarían desde otras embarcaciones.

Mientras Valentino la ayudaba a subir a bordo y le entregaba un chaleco salvavidas, Matteo apareció para darles la bienvenida. Después de hablar unos instantes con Valentino, soltó las amarras y los ayudó a desatracar. Carolena se sentó en un banco mientras Valentino manejaba el timón.

En la distancia, se veían varios veleros y un ferry. También

algunos barcos de pesca, donde probablemente estaban los hombres encargados de la seguridad de Valentino.

Al cabo de un rato, Valentino se volvió hacia ella.

–Si abres esa nevera portátil, pararé el motor mientras comemos.

Carolena obedeció y dijo:

–¡Tu amigo nos ha preparado una comida fabulosa!

Había sándwiches, fruta y bebidas y, por lo rápido que desapareció la comida, ambos estaban hambrientos.

Cuando terminaron, ella recogió las cosas y cerró la nevera.

–Por favor, dile a Matteo que la comida estaba deliciosa.

Valentino se colocó al timón, pero no encendió el motor ni comentó nada acerca de lo que ella había dicho.

–Antes de que regresemos, quiero una respuesta. ¿Anulo mi compromiso para que podamos estar juntos sin herir a nadie más? No te he tocado a propósito, porque sé que cuando lo haga no voy a poder parar.

Ella se puso en pie y se agarró a la borda del barco. El sol se había ocultado tras el horizonte, pero todavía había luz suficiente como para ver el humo del Etna. Mirara donde mirara, todo le recordaba a Valentino. Él había cambiado su vida y ella no volvería a ser la misma nunca más.

Sin embargo, el miedo de ser responsable de otra persona no era lo único que impedía que le diera la respuesta que él quería. Sabía que, si iniciaba una relación con él, cuando tuvieran que separarse no podría soportarlo. Y no quería sufrir cuando la aventura terminara. Una aventura era lo único que podían tener.

Sabía que si se marchaba de Gemelli a primera hora de la mañana y no volvía a verlo no lo olvidaría, pero se había convencido de que si no hacía el amor con él podría continuar viviendo.

–Al parecer, la respuesta es no –dijo él, con tono apagado.

Ella se volvió para mirarlo.

–He visto cómo se iluminaba la mirada de cada uno de los agricultores que han hablado contigo. Estaban hablando con el futuro rey. Cancelar la boda y la coronación para estar conmigo no cambiará tu destino final. No obstante, tenías razón sobre lo nuestro. Lo que experimentamos en la piscina fue algo muy fuerte y fue maravilloso mientras duró, pero por fortuna, terminó antes de que nos consumiera y nadie ha salido herido.

–¿Nadie? –preguntó él asombrado, y se volvió para arrancar el

motor.

Carolena se volvió hacia el mar y permaneció así hasta que amarraron en un muelle del palacio.

Varios empleados salieron para ayudarlos. Cuando ella se quitó el chaleco salvavidas, Valentino la ayudó a bajar y la acompañó hasta sus aposentos. Cuando llegaron a la puerta, ella sentía un nudo en la garganta.

–Te estoy muy agradecido por tus servicios, Carolena. Mañana, mi secretario te acompañará al helicóptero a las siete y media y te devolverá el sombrero de tu abuela. El avión saldrá a las ocho y cuarto del aeropuerto.

–Gracias por todo –contestó ella, sin apenas poder articular las palabras.

Valentino la miró de arriba abajo, pero no la tocó.

–*Buon viaggio, bellisima*.

Cuando se separó de ella, Carolena deseó salir tras él y decirle que haría cualquier cosa por estar a su lado mientras se lo permitieran. Sin embargo, era demasiado tarde. Él desapareció al doblar una esquina y podía estar en cualquier parte del palacio.

«Tuviste tu oportunidad, Carolena, y la has perdido para siempre».

Capítulo 6

–¿ABBY?

–Carolena… ¡Menos mal que has llamado! ¿Dónde estás?

–En la oficina.

–Bromeas…

–No.

–Pensé que te quedarías más tiempo en Gemelli.

–No era necesario. Anoche terminé de rodar el vídeo. Y he de decir que ha quedado muy bien. Esta mañana salí de allí a las ocho y cuarto. Cuando el avión aterrizó en Arancia, tomé un taxi hasta mi apartamento, me cambié de ropa y vine a trabajar. Es impresionante la de trabajo que se puede acumular en…

–Carolena…

–¿Qué pasa?

–¿No lo sabes?

–¿El qué?

–Vincenzo se ha enterado de que, esta mañana, la reina abrió la sesión del parlamento sin que Valentino estuviera presente y, por tanto, no se ha anunciado oficialmente su matrimonio. El parlamento solo se reúne cuatro veces al año durante una semana, así que se ha perdido la oportunidad.

Carolena estuvo a punto de dejar caer el teléfono.

–¿No te contó nada cuando estuviste con él? ¿Tienes idea de lo que ha pasado?

–En absoluto. Cuando terminamos el rodaje regresamos al palacio con el equipo y yo me fui directamente a la cama.

No sabía lo que Valentino había hecho después de desaparecer de su lado.

–Esta mañana desayuné en la habitación y, después, el asistente de Valentino me acompañó al helicóptero a las siete y media. No sé nada más.

–Es extraño. Vincenzo ha intentado localizarlo por teléfono, pero no contesta. Algo va mal.

–Quizá haya decidido anunciarlo al final.

–Yo le he dicho lo mismo a mi marido, pero me ha explicado que no funciona así. Las noticias importantes se dan el primer día para que salgan en los medios.

–Quizá Valentino y la princesa hayan decidido retrasar la boda por motivos que nadie conoce. Por lo que he visto es un hombre muy reservado.

–Tienes razón, pero durante el último año Vincenzo y él se han hecho buenos amigos. Mi marido está preocupado por él. Y, sinceramente, yo también.

Ya eran tres.

Carolena agarró el teléfono con fuerza. Le había dicho a Valentino que la relación entre ellos no funcionaría, así que, si había decidido cancelar la boda, sería por motivos que nada tenían que ver con ella. Se negaba a sentirse culpable, pero estaba muy afectada.

–Estoy segura de que contactará con Vincenzo en cuanto pueda. ¿Crees que es posible que haya habido alguna emergencia que requiriera su presencia en el laboratorio de vulcanología de Catania?

–Eso no se me había ocurrido. Le preguntaré a Vincenzo a ver qué opina.

Por lo que Carolena sabía, Val había ido a devolver el barco a Matteo para poder hablar con él en privado antes de que el parlamento abriera la sesión.

–¿Te he dicho que Valentino ha hecho una copia del vídeo? Me la ha traído su asistente. La tengo aquí y os la enviaré al palacio para que la veáis a ver qué os parece.

–Tengo una idea mejor. Ven al palacio cuando termines de trabajar. Tomaremos una cena ligera y veremos el vídeo. Quizá para entonces Vincenzo ya sepa algo de él. Deduzco que tú todavía no has visto el vídeo.

–No, y he de decirte que estoy nerviosa.

–Tonterías. Te mandaré la limusina a las cinco en punto. Max estará feliz de verte.

–Mi pequeño… No puedo esperar para darle un abrazo. *Ciao,* Abby.

Tres horas más tarde, Abby la recibió en la puerta de su salón, con Max en brazos.

–Si sujetas el vídeo, lo sostengo un rato –se dirigió al pequeño–. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Ella lo besó una y otra vez hasta que el bebé empezó a reírse a carcajadas.

–Se nota que estás mejor, precioso.

Al cabo de unos minutos, Vincenzo se reunió con ellas. Nada más verlo, Max se lanzó a los brazos de su padre.

Después de cenar, Abby acostó al bebé y se dirigieron al salón a ver el vídeo. Durante todo el reportaje, Carolena no pudo dejar de pensar en Valentino.

¿Dónde estaría? Cuando terminaron de visionar el vídeo, Vincenzo se puso en pie y sonrió.

–Es estupendo en todos los sentidos, pero, Carolena, tú le has dado vida.

–¡Es cierto! –dijo Abby.

–Gracias. He disfrutado haciéndolo. Los agricultores estaban tan entusiasmados de conocer a Valentino en persona y de escuchar sus ideas que ha sido muy interesante.

–Mañana iremos a las huertas de limones para concertar entrevistas.

Abby la abrazó.

–¡Has estado fabulosa, Carolena! Y el sombrero de tu abuela te queda perfecto. Siento que no esté viva para verlo.

Carolena iba a responder cuando sonó el teléfono de Vincenzo.

–Es Valentino –dijo él al mirar la pantalla–. Lo contestaré en el dormitorio.

Abby suspiró aliviada.

–Por fin sabremos lo que pasa. Si no hubiera llamado, mi marido se habría pasado la noche paseando de un lado a otro. Está preocupado por la reina Bianca, que estaba emocionada con lo del matrimonio. Adora a Alexandra.

Cada vez que Abby decía algo al respecto, Carolena recordaba el gran error que podría haber cometido si le hubiera dicho que sí a Valentino. La noche anterior había sido agotadora. En varias ocasiones había estado a punto de descolgar el teléfono y llamar a Valentino. ¿Para qué? Se estremeció. ¿Para suplicarle que fuera a su dormitorio para hablar?

Cuando pensaba que ya no podría soportar tanto misterio, Vincenzo entró en el salón. Abby se levantó del sofá y corrió hacia él.

–¿Qué ha pasado?

Vincenzo le rodeó los hombros con un brazo.

–Alexandra y él han anulado la boda.

«¿Valentino lo ha hecho de verdad?».

–Oh, no… –dijo Abby.

–Valentino ha hablado con la reina y con los padres de Alexandra. Está decidido. Me ha dicho que no quiere casarse a menos que sea con una mujer a la que ama.

Carolena vio que Vincenzo la miraba y notó que le flaqueaban las piernas.

–Michelina siempre se preocupaba por él –susurró Abby.

Vincenzo miró a su esposa.

–Evidentemente, Alexandra opina lo mismo. Total, que ambos están en mejor estado que sus padres, que llevaban años detrás de este matrimonio. Él dice que después de haber estado comprometido dieciséis años, se siente como si acabara de salir de la prisión. Yo comprendo perfectamente bien lo que dice.

Abby lo abrazó con fuerza.

–Hay un gran problema. Bianca no quiere seguir reinando, así que el parlamento tendrá que decidir si permite que Valentino se convierta en rey sin una esposa. Nunca se ha hecho, así que dudo que ocurra.

–¿Y dónde está Valentino?

–Puesto que Vito está en el palacio de permiso y quiere pasar tiempo con su madre, Valentino está pensando en venir aquí por la mañana y terminar nuestro proyecto con Carolena.

Aquella noticia era demasiado. Carolena se sentó en una silla y trató de asimilarlo.

–Le he dicho que hemos visto el vídeo y que tenemos algunas ideas. Al parecer, él lo ha visto varias veces y también tiene algunas sugerencias. Le pediremos a la niñera que cuide de Max para que podamos pasar el día los cuatro juntos.

Carolena tenía el estómago tan revuelto que temía vomitar.

–En ese caso debo marcharme para estudiarme el guion que hemos escrito antes de irme a la cama. Gracias por la cena. Os veré mañana.

Abby la acompañó hasta la puerta.

–Te llamaré por la mañana para decirte a qué hora irá la limusina a buscarte. Todo depende de Valentino –miró a Carolena–. Tiene suerte de que Alexandra no estuviera enamorada de él. Si

Michelina no hubiese amado tanto a Vincenzo, él…

–Lo sé –comentó Carolena–. Pero sus situaciones no eran iguales. Y tu marido es un hombre honorable.

–Valentino también. Ha tenido el valor de hablar desde el corazón en lugar de hacer que Alexandra sufriera igual que él. Lo admiro por ello. El vulcanólogo que lleva dentro debe de ser el responsable de que haya hecho lo que otros temen hacer. Esa cualidad hará que sea un rey extraordinario, el día que le toque reinar.

«No lo hará, no si sigue los pasos de su tío».

–Hasta mañana, Abby –abrazó a su amiga.

–Hay una limusina esperándote en la entrada principal. Antes de que te vayas, quiero decirte que nunca te había visto tan guapa como en ese vídeo. Tenías un aura que la cámara ha captado a la perfección, como si estuvieras llena de felicidad. La tristeza que has arrastrado durante años se ha desvanecido.

Había llegado el momento de ser sincera.

–Si te refieres a Berto, tienes razón. El viaje a Gemelli me ha ayudado a poner el pasado en perspectiva. Te doy las gracias por ello. *Buona notte*, querida amiga.

El jet de Valentino aterrizó en el aeropuerto de Arancia a las siete de la mañana. Al llegar, él le pidió al chófer que lo esperaba que lo llevara directamente al apartamento de Carolena.

Llegaron allí a las ocho menos cuarto y Valentino estaba decidido a entrar por la puerta de servicio. Abby le había dicho que irían a recogerla a las ocho, pero Valentino había dicho que él recogería a Carolena desde el aeropuerto para ahorrar tiempo y que se encontrarían con ellos a las nueve en la primera huerta que iban a visitar.

Uno de los miembros del equipo de seguridad lo acompañó para mostrarle el camino. Aunque ella había dicho que los esperaría fuera, él quería darle una sorpresa y aparecer en su puerta minutos antes.

Llamó a la puerta con la mano y, segundos después, oyó la voz de Carolena.

–¿Quién es?

–Abre la puerta y lo descubrirás.

–¿Alteza? –preguntó asombrada.

–No. Me llamo Val.

–Eres tú –dijo ella, tras un breve silencio.

–Me alegra que te acuerdes de mí.

–¡Por supuesto que me acuerdo! –le espetó ella–. No deberías haber venido.

–¿Por qué no? Las circunstancias han cambiado.

–No en lo que a mí respecta –dijo ella con voz temblorosa.

–Una pena, porque el potente fenómeno que pensabas que se había pasado no es nada comparado con lo que viene ahora.

–No puedo.

–Ninguno de los dos tiene elección.

–No digas eso…

–¿Vas a dejarme pasar o voy a tener que suplicártelo?

–No estoy preparada todavía –tartamudeó.

–Te he visto en albornoz en otras ocasiones.

–¡Esta vez no!

Abrió la puerta y la encontró vestida con unos pantalones vaqueros y una blusa.

–Entra, por favor. Tengo que trenzarme el pelo, pero solo me llevará unos minutos.

Él cerró la puerta.

–Preferiría que te lo dejaras suelto para mí –le dijo antes de entrar en el salón.

–Me temo que me despeinaría enseguida.

Valentino estuvo curioseando por el salón y se fijó en una escultura que había en una mesa. Era una reproducción de *El secreto,* de Rodin. Imaginó la escultura de las dos manos blancas rodeando lo que podía ser la experiencia evocadora que había tenido con Carolena.

Le parecía fascinante que ella hubiera elegido una pieza así. Era una mujer ardiente. Lo había notado desde el principio y quería sentirla cerca para siempre.

También había unas fotografías y, en una de ellas, Carolena aparecía abrazada a un hombre de unos veinte años que debía de ser Berto.

En otra aparecía una granja. Sin duda, la que ella deseaba comprar algún día. Y más abajo, había fotos de lo que parecían varias generaciones de su familia.

–Estoy preparada.

–¿Son tus padres? –preguntó él, mostrándole la foto.

–Sí.

–Te pareces mucho a tu madre. Era muy bella

–Estoy de acuerdo.

–¿Qué les pasó?

–Mi madre no pudo tener más hijos después de tenerme a mí. Murió de cáncer de cérvix. Unos años más tarde, mi padre sufrió una infección generalizada y se murió. Mis abuelos se hicieron cargo de mí. Después, mi abuelo murió de neumonía y nos quedamos solas mi abuela y yo.

Él dejó la foto y agarró a Carolena de los hombros.

–Has tenido muchas tragedias en tu corta vida.

–Y tú también –lo miró–. Fallecieron tus abuelos, tu tío, una hermana y tu padre, además tienes un reino que te necesita y que sacará todo el provecho que pueda de ti…

–Eres una superviviente, Carolena, con muchas virtudes. No puedo decirte lo mucho que te admiro.

–Gracias. El sentimiento es mutuo, pero eso ya lo sabes.

–He venido antes para que podamos hablar antes de encontrarnos con Vincenzo y Abby.

Ella negó con la cabeza y se separó de él.

–Aunque hayas roto tu compromiso con la princesa Alexandra, algo que me parece bien, teniendo en cuenta que no la amas, lo que has hecho no cambia nada para mí. No quiero tener una aventura contigo, Val. Y es lo que será hasta que tengas que casarte. Tras la muerte de tu tío, hiciste una promesa, ¿recuerdas?

–Por supuesto –le puso las manos en las caderas–. Ahora quiero saber qué es lo que tú quieres.

–Se está haciendo tarde –dijo ella, dirigiéndose hacia la entrada.

Valentino la siguió.

–Te he hecho una pregunta.

Ella recogió su bolso de paja.

–Quiero terminar el rodaje y volver a mi trabajo de abogada.

Él se colocó delante de la puerta para que no pudiera abrirla.

–Olvídate de que soy un príncipe.

–Es la tercera vez que me dices eso.

–¿Qué querrías si no fuera un príncipe? Cuéntamelo, Carolena.

–La garantía de ser feliz en un matrimonio sin pérdidas ni sufrimiento.

–Tal y como te lo ha demostrado la vida, no existe dicha garantía.

–Tú me lo has preguntado.

–Entonces, deja que añada que tendrás que disfrutar de la felicidad que encuentres y rezar para que dure todo lo posible.

–No podemos. Eres un príncipe, y eso no nos permite disfrutar de lo que queremos. Y aunque no lo fueras, tampoco lo aceptaría.

–¿Por qué no?

–No… no es importante.

–¿Cómo que no?

–Val, tenemos que irnos o Vincenzo y Abby comenzarán a preocuparse.

–La limusina está en la parte trasera del edificio, pero esta conversación no ha terminado todavía –se volvió para abrir la puerta. Después de visitar las huertas tendrían toda la noche, y la noche del día siguiente, para estar juntos. Por no mencionar el resto de sus vidas–. Por cierto, te he traído el sombrero.

–Gracias. No me hubiera gustado perderlo.

Él la acompañó hasta la limusina, agarrándola de la mano. Una vez dentro, no la soltó.

–¿La escultura de Rodin fue un regalo de Berto?

–No. La compré con mi abuela en una tiendecita cerca de la Chapelle Matisse en Vence, Francia. Yo era adolescente y habíamos ido a pasar el fin de semana. Me la compré con mis ahorros. No sé por qué me llamó tanto la atención.

–Me ha parecido extraordinaria. Me recordó a nosotros. Dos futuros amantes con un secreto. Solo con unas manos, Rodin fue capaz de mostrar su pasión –la besó en la palma de la mano antes de soltarla.

–No me gustan los secretos.

–A mí tampoco, pero ahora tú estás siendo reservada.

–No es el momento de mantener una conversación seria.

–Más tarde tendremos tiempo. Vincenzo tiene planeado el itinerario. El agricultor de la primera huerta habla mentonasc, así que Abby será nuestra traductora. No quiere salir en el vídeo, pero Vincenzo y yo confiamos en que cuando comencemos a grabar tú la convenzas. Dos mujeres bellas, una rubia y una morena, harán que el vídeo sea mucho más atractivo.

–Eres terrible –dijo ella, riéndose.

–Matteo me contó que le habías enviado una botella especial de Limoncello de Arancia para agradecerle el picnic. El hombre estaba muy emocionado. Sobre todo porque has firmado la etiqueta.

–Tienes un gran amigo.

–La ha puesto detrás del mostrador para que todo el mundo la vea. Cuando el vídeo se haga famoso, alardeará de ella. Antes de colgar me pidió que te diera las gracias.

–Muy amable –dijo ella–. Me parece que ya hemos llegado.

–Salvada por la campana –murmuró él.

Carolena salió de la limusina y se alegró de que el rodaje no comenzara hasta el día siguiente. En esos momentos, le resultaría imposible disimular que se sentía inquieta después de la conversación que había mantenido con Valentino.

Abby ya estaba hablando con el agricultor y sus dos hijos, y Carolena se percató de que aquella familia estaba impresionada por el hecho de que la esposa del príncipe Vincenzo pudiera hablar mentonasc.

Poco después, los cuatro continuaron hasta la siguiente huerta. Carolena se habría quedado con Abby, pero Valentino la agarró del codo y la guio hasta la limusina.

–Todos necesitamos intimidad –le murmuró al oído una vez dentro del coche–. Me alegro de que mañana vaya a venir contigo. El hombre más joven no podía dejar de mirarte. Voy a tener que protegerte como si fuera un halcón.

A pesar de lo difícil que le resultaba estar a solas con él, le dijo:

–Eres muy bueno para subirle el ego a una mujer.

–Entonces podrás imaginarte en qué estado está mi ego mientras intento llegar a ser el hombre de tu vida. En la era feudal me habrían hecho luchar por ti, pero habrían terminado muriendo bajo mi espada.

–Calla…

Él se inclinó hacia delante, cautivándola con la mirada de sus ojos azules.

–Soy el hombre de tu vida. El único hombre.

Ella se estremeció.

–No permitiré que entres a formar parte de mi vida, y yo no puedo llegar a ser la mujer de tu vida. Cuando termine el rodaje no volveremos a vernos.

–Entonces es que no te has leído el contrato con cuidado.

–No he firmado ningún contrato.

–Hiciste algo mejor que eso. Nos diste tu palabra. Eso es como un juramento. En el contrato está implícito que aceptas repartir el vídeo y los folletos con el logo de AG a todos los distribuidores del

país. Iremos juntos. Nos llevará una semana por lo menos. Por fortuna, mi hermano estará en Gemelli para ayudar a mi madre.

–No puedo estar fuera del despacho tanto tiempo.

–Vincenzo ya ha hablado con el *signor* Faustino. Pasado mañana iremos de nuevo a Gemelli para empezar el tour. Para entonces, ya estará preparado todo lo necesario. No he tenido vacaciones desde hace dos años y tengo ganas.

–¿Y qué pasará con tu trabajo y con el centro de geofísica?

–Puedo tomarme un descanso. Estás atrapada a mi lado. Por seguridad, dormiremos en el yate y nos moveremos por la isla en helicóptero durante la noche. No te preocupes. No me acercaré a ti, y menos después de que me hayas dejado claro lo que piensas de mí.

–¿Lo prometes?

–Prometo no hacer nada que no quieras que haga. Hasta que esto termine solo me dedicaré al trabajo.

–Gracias –sabía que mantendría su promesa. El único problema era que ella fuera capaz de cumplir la promesa que se había hecho a sí misma y mantener las distancias con él.

–Nuestra última parada de mañana será la granja Baretti. A juzgar por la fotografía que tienes en el salón, la casa tiene mucho carácter.

–Me encanta, pero no quiero molestar a los propietarios.

–No los molestaremos. Dinos cuándo tenemos que parar y el cámara sacará algunas tomas desde la distancia mientras tú hablas sobre la vida en las granjas. Cuando editemos el vídeo pondremos esa parte al principio. ¿Te resultará doloroso volver a verla?

–No lo sé –dijo ella, con el corazón acelerado.

–No tenemos que hacer esas tomas si decides que no quieres.

–No. Me gustaría hacerlo como homenaje a mi familia –dijo ella, con un nudo en la garganta.

–Me alegro, porque me encantaría ver el lugar donde creciste. Quiero saberlo todo sobre ti. Cuándo te picó una abeja por primera vez, de qué árbol te caíste.

–Tú me has contado lo de los querubines, pero todavía no sé qué escalera del palacio elegiste para deslizarte por su barandilla por primera vez. Sin duda pasabas las horas en el patio de armas. El paraíso de cualquier niño.

–Vito y yo teníamos nuestras armaduras favoritas, pero les hicimos tantas abolladuras que al final eran irreconocibles.

–No puedo imaginarme nada más divertido. Mis amigos y yo organizábamos batallas en lo alto de los árboles y nos tirábamos los frutos. Nos metíamos en mil problemas. Mi abuela te diría que yo era la líder. Y tienes razón, me caí de un árbol en más de una ocasión.

Él se rio y ella se emocionó. Era maravilloso estar así con él. Carolena tenía que aprovechar cada momento porque pronto terminaría su tiempo para estar juntos.

Ocho horas más tarde, cuando ya estaba a solas en su apartamento, llamó a Abby por teléfono.

–¿Carolena?

–Siento molestarte –respiró hondo–. ¿Te pillo bien?

–Sí. El bebé está dormido y yo me estoy preparando para acostarme. Vincenzo y Valentino están hablando de negocios en el despacho. Todo ha ido tan bien hoy que están entusiasmados, así que seguramente estén un par de horas más. ¿Qué ocurre?

Ella se mordió el labio inferior.

–Tengo un problema.

–Lo sabía.

–¿Qué quieres decir?

–Valentino y tú. Vincenzo y yo nos dimos cuenta la primera noche que cenamos juntos cuando él no podía dejar de mirarte. Os habéis enamorado.

«No…», pensó Carolena.

–Mi marido se convenció del todo cuando Valentino te llevó al monte Etna. Tú eres el motivo por el que ha cancelado la boda.

–¡No digas eso, Abby! No nos hemos enamorado. Solo está obsesionado conmigo. Ya sabes, el fruto prohibido. Se le pasará.

–Ha disfrutado de muchos frutos prohibidos durante los años, pero nunca había roto su compromiso con Alexandra.

–Eso es porque estaba conmigo la noche en que su madre insistió en fijar una fecha para la boda. Cuando se enfrentó a la realidad, se dio cuenta de que no puede casarse con una mujer a la que no ama. Eso lo comprendo, pero no fue culpa mía. Yo solo he servido de catalizador.

–¿Tú también estás obsesionada?

–¿Y qué mujer no iba a estarlo? Por desgracia, ha sido el primer hombre que me ha atraído desde que Berto murió, pero lo superaré.

–¿Habéis…?

–¡No! –se defendió.

–Carolena, solo iba a preguntarte si habéis hablado sobre vuestros sentimientos.

–Lo siento. Hemos hablado un poco, pero me da miedo tomar mucha confianza con él.

–He pasado por ello y sé cómo te sientes. Asumámoslo. Ninguna mujer, excepto alguien tan fuerte como tú, podría resistirse a Valentino. Es pura tentación. Igual que lo era Vincenzo. No te imaginas lo difícil que fue mantenerse alejada de él.

–Lo sé. Viví esa experiencia a tu lado, pero esto es diferente. Por favor, intenta comprender lo que te digo. Es como si todo estuviera organizado para crear una tormenta perfecta. Eso es lo que es.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Quiere que vaya con él a Gemelli pasado mañana y que estemos juntos una semana mientras distribuimos el vídeo. No puedo hacerlo, Abby.

–Si no estás enamorada de él, ¿por qué no vas a poder ir? Te ha contratado para hacer un trabajo.

–¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿No recuerdas lo que pasó después de que naciera el bebé? Tu padre quería esconderte y estaba dispuesto a que volvieras a los Estados Unidos para alejarte de Vincenzo para siempre y que no se montara un escándalo.

–Y Vincenzo me encontró y me propuso matrimonio.

–Exacto. Tu situación era especial desde el primer día. Vincenzo estaba casado con una princesa antes de casarse contigo. Tú habías llevado a su hijo en el vientre y el rey hizo una excepción contigo porque se dio cuenta de que su hijo estaba enamorado de ti. No es lo mismo que sucede con Valentino y conmigo. Él solo cree que está enamorado.

–¿O sea, que ya te ha dicho cómo se siente?

Carolena tragó saliva.

–Como te he dicho, soy una novedad, pero no la última. Seamos sinceras, Abby. Aunque nunca haya amado a Alexandra, tendrá que buscar a otra princesa para casarse. Entretanto, si la gente me ve con él, pensará que ha roto su compromiso por mi culpa y se armará un escándalo. No quiero que me vean como la amante secreta que provocó el problema.

–¿Qué problema? Nadie sabe que existes.

–Nadie, excepto todos los empleados del palacio, su mejor amigo de la isla, sus colegas del instituto de vulcanología de Catania y su madre. Y cuando hayamos viajado por toda la isla nos habrá visto

juntos todo el país. La reina no quiere que regrese a Gemelli.

–Valentino la quiere, pero él toma sus propias decisiones. Si él quiere que vayas, ella no podrá detenerlo, pero sí podrá presionarte a ti de forma indirecta.

–¿Y qué debo hacer?

–Soy la persona que menos te puede aconsejar.

–Hazlo. Me fío de tu opinión.

–Bueno, si yo estuviera en tu situación, creo que me pasaría la semana con él para cumplir lo apalabrado. En ese tiempo a lo mejor perdéis interés el uno en el otro. O no. Nadie puede predecir el futuro, pero mientras sigas trabajando para él, cumple tu contrato. Quizá te ayude tratarlo como si fuera el hermano que tú y yo siempre quisimos tener.

Un hermano…

Capítulo 7

–¿VAL? Puesto que ya estamos en el lado occidental de la isla, ¿por qué no paramos a cenar en el restaurante de Matteo antes de regresar al yate? –Carolena quería estar rodeada de gente y pensaba que el plan podría apetecerle.

–Llamaré a ver qué puede organizar.

Matteo parecía contento de verlos, pero el local estaba lleno y solo pudieron hablar un momento con él. Después de otra cena maravillosa, la limusina los llevó hasta el helicóptero en el que regresarían al yate.

En tres días habían recorrido mucho territorio. Valentino estaba centrado en el negocio y, cuando viajaban en la limusina, se sentaba frente a ella y solo la tocaba para ayudarla a subir y bajar.

Cada noche ella se excusaba diciendo que estaba muy cansada para mantenerse alejada de él. Para su sorpresa, él también reconocía que estaba cansado y nunca trataba de retenerla cuando ella se disponía a retirarse a su camarote. Normalmente, le daba las gracias por el estupendo trabajo y le deseaba buenas noches.

Los espías de la reina no podrían encontrar ni un mal comportamiento por su parte. Y Carolena tenía que admitir que le resultaba divertido trabajar con él.

Valentino permaneció en silencio hasta que bajaron del helicóptero.

–Tenemos que hablar. Podemos pasar al salón antes de que te vayas a la cama.

Ella atravesó la cubierta detrás de él y, cuando entraron en el yate, se sentó en una de las butacas de piel.

–¿Te apetece beber algo?

–No, gracias.

Él se acercó a ella y la miró.

–¿De qué hablabais Matteo y tú mientras yo hablaba por teléfono con Vito?

Carolena sabía que tarde o temprano le haría esa pregunta.

–Quería saber si habías roto tu compromiso. Le dije que sí.

–¿Y qué más te dijo?

–Nada de lo que debas preocuparte. No solo es un gran amigo tuyo, sino que además es muy discreto –miró a otro lado para evitar su penetrante mirada–. Me recuerda a Abby, en el sentido de que confío en ella plenamente. Dejaría mi vida en sus manos.

–¿Y sientes lo mismo hacia mí? ¿Dejarías tu vida en mis manos?

–Me sorprende que me preguntes eso, teniendo en cuenta que subí al volcán contigo. Ahora me voy a la cama. Buenas noches.

–Me gustaría una respuesta más profunda –contestó él–. Dime lo que querías decir antes con lo de que tampoco aceptarías disfrutar de la felicidad aunque no fuera príncipe.

–¿De veras tengo que explicártelo?

–Me temo que sí –dijo él.

–No quiero enamorarme otra vez y perder a la persona que quiero. Ya he pasado por ello y no soporto la idea de que me vuelva a suceder. Llámame cobarde, pero eso es lo que siento. Hagas lo que hagas con el resto de tu vida, no quiero formar parte de ello. Como te dije en el yate aquella noche, nunca olvidaré lo que me has hecho sentir, pero ese es un recuerdo feliz con el que podría vivir –hizo una pausa–. Tener una aventura es algo diferente. No podría tenerla contigo, ni con otro hombre, porque cuando terminara no sería capaz de soportar el dolor de la pérdida. Lo sé porque me conozco muy bien.

Él se frotó la nuca.

–Gracias por tu respuesta. Ahora todo tiene sentido. Mañana temprano saldré hacia el palacio.

Ella no se atrevió a preguntarle por qué.

–Ya te puedes ir a dormir. La azafata te servirá el desayuno cuando lo desees.

–Gracias.

–Yo regresaré a las diez, y nos iremos a hacer la visita de la zona sur de la isla. Después de trabajar, tomaremos el barco hasta una isla desierta. Allí podremos bañarnos y observar la fauna. Es posible que podamos ver tortugas anidando. Si fuera otoño veríamos a los flamencos que pasan por allí cuando emigran de camino a África. Debes conocerla antes de regresar a Arancia.

–No puedo esperar.

–Yo tampoco. Te encantará. *A domani*.

* * *

A la mañana siguiente, Valentino llamó temprano a la puerta de la habitación de Vito. Su hermano abrió en albornoz y parecía como si no hubiera pegado ojo.

–¿Qué es tan urgente como para que haya tenido que venir tan temprano? –preguntó Valentino.

–Gracias por venir. Entra –dijo Vito, con nerviosismo.

–Me da la sensación de que no se trata de nuestra madre. ¿Qué ocurre? –siguió a su hermano hasta el salón.

–Tengo que confesarte una cosa. Después, lo comprenderé si me dices que desaparezca de tu vida.

Valentino frunció el ceño.

–Nunca haría tal cosa.

–Oh, sí. Lo harías –Vito se rio con sarcasmo–. No puedo guardar esto para mí mucho más –se le llenaron los ojos de lágrimas–. ¿Quieres saber el motivo por el que me alisté en el ejército hace cinco años?

–Creía que fue porque te gustaba, y porque nuestro padre dijo que eras libre para hacer lo que desearas.

Vito negó con la cabeza.

–Lo que deseaba era a Alexandra.

Valentino lo miró boquiabierto.

–Me enamoré de ella. No sé cómo sucedió, pero pasó.

Valentino sabía muy bien cómo había sido.

–Durante todos estos años que has estado comprometido, casi nunca estabas aquí, y cuando venías era para un día. Entretanto, yo pasaba mucho tiempo con ella. Un día, la situación se descontroló y le dije lo que sentía por ella. Fuimos a montar a caballo y ella me dijo que también estaba enamorada de mí. Acabamos pasando juntos el fin de semana, conscientes de que nunca más podríamos estar juntos.

–Vito…

–Tú estabas comprometido con ella, y nuestros padres ya habían elegido a otra mujer para mí. Por eso me alisté en el ejército, con la intención de que mi carrera durara el máximo tiempo posible. Fui un cobarde y no pude contártelo, pero debería haberlo hecho.

Valentino sintió que lo inundaba un sentimiento de felicidad. No necesitaba oír ni una palabra más. De pronto, recordó que a veces su hermano le había contado cosas de Alexandra que a él le habían sorprendido. Todo cobraba sentido. También la expresión de alivio

que había visto en la mirada de Alexandra cuando le dijo que anulaba la boda. Sin embargo, lo que él había pensado que era alivio, era alegría.

Se acercó y le dio a su hermano el abrazo más grande de su vida.

–Estás más enamorado de ella que nunca, ¿verdad?

Vito lo miró con incredulidad.

–Sí, pero ¿cómo puede ser que reacciones así? Tienes derecho a despreciarme.

–Nada más lejos de la verdad. Si acaso, el despreciable soy yo por no haber roto mi compromiso con Alexandra años atrás. Sabía que te había sucedido algo grave cuando tomaste la decisión de marcharte. Temía haberte ofendido de algún modo. Ahora que me lo has contado, me alegro muchísimo por ti y por Alexandra. No te imaginas cuánto –miró a su hermano–. No pierdas ni un minuto más, Vito. Has estado sufriendo todo este tiempo. Abandona tu cargo y cásate con ella. ¡Elige la felicidad! Nuestra madre la adora, y sus padres quieren unir a las dos familias. Cuando descubran que el rey vas a ser tú, y no yo, estarán encantados.

–Yo no quiero ser rey.

–Sí quieres. Me lo dijiste hace años. Y yo nunca he querido serlo.

–Pero…

–Pero nada –Valentino lo hizo callar–. Nuestra madre goza de buena salud. Y quizá tenga que reinar un poco más de tiempo de lo que había planeado.

Su hermano se frotó la nuca, confuso.

–¿Qué pasa contigo? Es como si no te conociera.

Él sonrió.

–Somos hermanos, y yo también tengo que confesarte una cosa, pero tendrás que esperar. Entretanto, no te preocupes por mí. Y no le digas a nuestra madre que he estado en el palacio esta mañana. Regresaré dentro de unos días –se dirigió a la puerta y se volvió hacia él–. Cuando vuelva a verte, será mejor que Alexandra y tú hayáis hecho planes de boda.

Valentino salió de allí y atravesó el jardín hasta el helicóptero. Saber que Vito y Alexandra habían sido amantes lo había transformado como hombre, y ya no se sentía culpable de nada.

–¿Carolena?

Ella lo saludó desde la tumbona de la cubierta, donde estaba leyendo una revista.

–¡Hola!

–Si estás preparada, terminaremos el trabajo y nos marcharemos a la isla –le dijo a un marinero que preparara la motora con todo lo necesario para pasar la noche en ella.

Durante el resto del día se dedicaron a visitar diferentes empresas de distribución de fruta y Valentino se sorprendió al ver que los vídeos tenían más demanda de lo esperado. Dos días más tarde, Carolena y él habrían terminado de recorrer el país. Y el año siguiente, a esas alturas, ya sabrían si sus esfuerzos habían ayudado a incrementar la exportación mundial de sus productos.

Tal y como le había dicho a Carolena, en la vida nada estaba garantizado. El plan para ayudar a la economía de sus países era uno de tantos. Era demasiado pronto para predecir el resultado, pero desde que ella había aparecido en su vida, tenía la sensación de que iba a suceder algo extraordinario.

Después de terminar el trabajo, Valentino condujo la motora hasta unas islas desiertas.

Carolena había estado esperando aquello todo el día.

–¿Qué es ese olor tan maravilloso que se percibe en el aire?

–Romero y tomillo. Crece silvestre entre las dunas de arena y las playas. Vito y yo pasamos parte de nuestra adolescencia explorando esta zona. En el otoño, todo esto se llena de flamencos, garzas y cigüeñas. Solíamos acampar aquí para observarlas y grabarlas en vídeo.

–Me da envidia que tuvieras un hermano con el que correr aventuras. Nadie tiene una infancia idílica, pero me da la sensación de que la vuestra se aproxima bastante.

–Intentábamos olvidar que éramos príncipes metidos en una especie de jaula dorada. Sin embargo, a mí me hubiera gustado tener tu libertad.

–Sí, pero así no habrías podido conocer bien el lugar que vas a gobernar algún día. Alguien ha de hacerlo.

Él arqueó una ceja.

–Es otra manera de verlo. Hace diez años convencimos a mi padre para que aprobaran una ley en el parlamento para que esta zona se declarara parque natural y así el turismo no la destrozara. Desde entonces, la sociedad de ornitología de Gemelli ha podido estudiar el crecimiento de diferentes especies y yo he disfrutado del

lugar.
Ella se rio.
–Ha debido de ser muy gratificante para ti. Esto es un paraíso, Val. ¡La arena es tan blanca…!
Él asintió.
–Es como sentir el azúcar más fino bajo los pies. Entraremos en aquella laguna, es uno de mis lugares favoritos.
El agua era azul como el cielo. Estaban solos y parecía que eran los únicos sobre el planeta. Cuando él paró el motor, ella se metió en la cabina para ponerse un bañador. Tenía la espalda escotada, pero la parte delantera subía hasta el cuello y le proporcionaba el recato que necesitaba cuando estaba con Val.
Cuando regresó a la cubierta, él ya se había puesto el bañador. Su cuerpo, bronceado y musculoso, le quitó la respiración. Él la miró fijamente, provocando que una oleada de calor la invadiera por dentro.
–No es que el bañador que llevas no sea bonito, pero ¿qué ha pasado con aquel maravilloso bañador morado que llevabas el día que nos conocimos? Soñaba con volver a verte con él.
Ella soltó una risita.
–¿Te refieres a esa pieza de nada? –bromeó–. Nunca había tenido nada tan indecente. Cuando lo vi en la tienda antes de venir aquí con Abby, decidí que tenía que ser más atrevida y comprármelo. Fui idiota al pensar que estaría sola.
–Verte con él fue maravilloso, después de un día de trabajo agotador.
–No me lo recuerdes –ella se sonrojó.
–Eres una mujer malvada por no dejar que te vuelva a ver con él.
Carolena había intentado tratarlo como a un hermano, pero era algo imposible con la tensión sexual que se estaba creando entre ambos. Necesitaba refrescarse y solo había una manera de hacerlo. Se acercó a la borda y saltó al agua sin pensárselo.
–Oh… ¡Es como una bañera! ¡Maravilloso!
–¿A que sí?
Ella chilló al ver que él aparecía a su lado. Nadaron alrededor del barco durante una media hora.
–¡Nunca me lo había pasado tan bien!
Él sonrió y ella se estremeció.
–Te echo una carrera hasta la orilla, pero te daré ventaja.

–¡Vamos! –comenzó a nadar hacia la playa, y, cuando ya se disponía a ponerse de pie, él la agarró de los tobillos y se cayó a la arena–. ¡No es justo! –exclamó entre risas.

Él se colocó a su lado y le dio la vuelta.

–Lo sé –susurró contra sus labios–, pero ya te habrás dado cuenta de que yo juego con otras normas. Ahora voy a besarte.

–No, Val… –se quejó, pero en cuanto notó que la cubría con sus labios no pudo resistirse más.

No había nada que les impidiera disfrutar del placer que les proporcionaba estar abrazados. Continuaron besándose despacio, disfrutando el uno del otro y notando las caricias del agua en la piel.

–Eres tan bella que podría comerte viva. Estoy enamorado de ti, *adorata*. No le he dicho esto a ninguna otra mujer en mi vida, así que no me digas que no es amor.

Ella lo miró a los ojos.

–No iba a hacerlo –susurró mientras sus bocas se encontraban de nuevo–. Yo también estoy enamorada de ti, Val –confesó Carolena–. He tratado de negármelo, pero no tiene sentido. Como te dije la otra noche en el yate, haces que me sienta inmortal. Solo el hombre que me ha robado el corazón puede hacer que me sienta agradecida por haber nacido mujer.

–Tú provocas sentimientos en mí que no sabía que existían. Te necesito a mi lado, Carolena. No solo para una hora o un día –la besó apasionadamente.

–Yo siento lo mismo –susurró ella momentos después.

–Vendremos en otro momento a ver cómo las tortugas rompen el cascarón y se van hacia el agua. Esta noche quiero pasar todo el tiempo contigo, en el barco. Está refrescando. Vámonos antes de que pilles un resfriado.

Se puso en pie y la abrazó contra su cuerpo. Después, la agarró de la mano y tiró de ella hacia el agua.

–¿Preparada?

–Sí.

Una vez a bordo, él dijo:

–Date una ducha mientras preparo el barco para pasar la noche. Cenaremos en la cocina, pero primero necesito esto –la besó de nuevo y le acarició la espalda antes de que ella se marchara a la cabina.

Carolena se metió en la ducha y se lavó el cabello. Al salir,

estuvo a punto de ponerse el albornoz, pero decidió no hacerlo.

Sí, era cierto que había admitido que lo amaba, pero nada había cambiado. Aunque él le había dicho que la quería, seguía siendo un príncipe con responsabilidades y compromisos de los que ella nunca llegaría a formar parte.

Abby le había sugerido que lo tratara como a un hermano, pero tampoco le había funcionado. Carolena estaba perdidamente enamorada de él.

Si esa noche hacían el amor, su vida cambiaría por completo. Carolena no se imaginaba nada peor que vivir cada minuto de su vida esperando a que él la llamara cuando le apeteciera o tuviera tiempo. Y, cuando él se casara y tuviera hijos, todo habría terminado para ella.

Si no podía tenerlo al cien por cien, no quería nada de él. No había manera de que aquello pudiera funcionar. Prefería quedarse soltera el resto de su vida.

Se vistió deprisa y se peinó el cabello con una coleta. Luego se dirigió a la cocina y abrió la nevera para sacar la comida que les habían preparado. Después de poner la mesa, llamó a Valentino. Él apareció minutos más tarde. Acababa de salir de la ducha y todavía tenía el cabello mojado.

–¿Está todo bien en cubierta? –le preguntó ella con una sonrisa.

–Está todo preparado para la noche –se fijó en el pantalón de chándal que llevaba–. Me gusta tu pijama. Me recuerda al uniforme militar de Vito.

–Esto es lo más cerca que espero estar de una guerra –dijo ella–. ¿Por qué no te sientas a comer esta deliciosa comida que alguien nos ha preparado? –cuando él se sentó, ella sirvió el café–. Por cierto, ¿cómo está tu hermano? ¿Se quedará en Gemelli mucho tiempo?

–No lo sé. Quiere conocerte cuando regresemos al palacio.

–Me temo que eso no será posible –dijo ella.

–¿Por qué dices eso? Es el único hermano que me queda vivo. Claro que me gustaría que te conociera.

–En circunstancias normales me encantaría, pero entre tú y yo nada es normal.

–¿Ahora qué intentas decirme?

–Ya he admitido que estoy enamorada de ti, pero desde que estamos a bordo he decidido que no me acostaré contigo esta noche, ni cualquier otra. Quiero distanciarme de ti cuando termine

mi contrato, así que no hace falta que conozca a otros miembros de tu familia.

Él la miró de forma autoritaria.

–No vamos a distanciarnos.

–Habló el príncipe. ¿De veras crees que podría ser tu amante secreta y ver cómo disfrutas de otra vida con tu esposa y tus hijos? Hay mujeres que lo han hecho durante siglos, pero yo no pienso hacerlo.

Valentino comenzó a comer como si no le importara lo que ella había dicho.

–¿Me has oído?

–Alto y claro –continuó comiendo.

–Deja de actuar como un marido cansado de escuchar a una esposa que no deja de incordiar. ¿Alguna vez te has preguntado por qué lo incordia?

–Por los motivos habituales. Yo también he tenido padres, ¿recuerdas?

–¡Eres imposible!

Continuaron en silencio hasta que él se terminó el café. Después de dejar la taza sobre la mesa, él la miró con sus ojos azules.

–¿Te gustaría ser mi esposa? Ya sé que tienes mucho carácter, así que no me das miedo.

–Decirme eso es bastante cruel.

–¿Cruel? ¿Te acabo de proponer matrimonio y esa es la respuesta que me das?

Carolena negó con la cabeza.

–Deja de tomarme el pelo, Val. ¿Por qué te comportas así? Creía que te conocía, pero veo que no. El único momento en el que veo que te comportas con seriedad es cuando te metes en el papel de príncipe.

–Por primera vez en mi vida, me he salido de ese papel.

–Solo porque hayas roto tu compromiso, no significa que te hayas convertido en otra persona.

–¡Lo he hecho!

–Me estás asustando otra vez.

–Bien. Me gusta cuando estás confusa. Déjame que te cuente lo que he hablado con Vito esta mañana.

–¿Ahí es dónde has ido?

–Me envió un mensaje urgente diciéndome que necesitaba verme lo antes posible. Si no, nunca me habría separado de ti.

–¿Tu madre está enferma?

–No. La semana pasada le conté a Vito que iba a romper mi compromiso con Alexandra. Como tenía que trabajar contigo, le pedí que fuera a recibir a Alexandra cuando aterrizara en Gemelli.

–¿Ella fue al palacio?

–Así es. Lo que yo no sabía, hasta esta mañana, era que Vito y Alexandra habían sido amantes hasta que él se fue al ejército. Se marchó para alejarse de ella. Ni mis padres ni yo sabíamos por qué había tomado esa decisión.

–Pobrecitos –susurró ella.

Valentino asintió.

–No obstante, cuando se enteró de que había roto mi compromiso, encontró el coraje para hablar conmigo esta mañana. Resulta que ella había estado a punto de romper nuestro compromiso también, pero Vito quería decírmelo él. Por eso ella se alegró tanto de que lo hiciera yo.

–¿Quieres decir que han estado enamorados todos estos años?

–Sí. Es amor de verdad. Al marcharme le dije a Vito que si no se casaban pronto tendría que vérselas conmigo. Mi madre no tendrá más remedio que ver cómo Vito se convierte en rey. Él gobernará y no yo. Después de todo, nadie se sentirá decepcionado.

Carolena había empezado a temblar.

–¿Me estás diciendo que abandonarías tu sueño para casarte conmigo?

–Nunca fue mi sueño. Mis padres me metieron la idea en la cabeza en cuanto fui lo bastante mayor.

–¿Y tu madre sabe algo de todo esto? –preguntó ella, poniéndose en pie.

–Quizá ahora ya sí. Eso me recuerda lo que tengo que decirte. Quiero estar contigo todo el tiempo, de día y de noche. Para siempre. ¿Hablabas en serio el día que estábamos en tu apartamento y te pregunté qué era lo que deseabas?

Las lágrimas se agolparon en sus ojos.

–Sí, pero ambos llegamos a la conclusión de que no era posible.

–Ambos no… –le agarró la mano–. Te dije que el amor verdadero no había que dejarlo escapar. Cuando te pedí que vinieras al Etna conmigo, me dijiste que sí porque, aunque sabías que había cierto riesgo, no podías soportar la idea de perderte la experiencia.

–Era un viaje en helicóptero. No un matrimonio. No podemos

casarnos. ¡Se suponía que ibas a ser el rey!

–¿Y se supone que yo no tengo nada que decir en este tema, *bellisima?*

–Val… No estás pensando con claridad.

–Soy un hombre libre, Carolena, y nunca he sabido cuál debía ser mi camino mejor que ahora. Cuando Michelina se murió, Vincenzo quedó libre para casarse con Abby, y es lo que hizo. Y mira por donde, sigue siendo príncipe. Nadie sabe si el gobierno lo convertirá en rey cuando su padre muera. Y yo, seguiré siendo príncipe cuando me case contigo. La única diferencia es que trabajaré para Vito a partir de su coronación.

–Quieres decir si llegan a coronarlo. Tu madre lo prohibirá.

–No conoces a Vito. Quería a Alexandra lo suficiente como para ir tras ella. Parece que tiene lo necesario para ser un buen rey. Cuando mi madre se dé cuenta de que su matrimonio salvaría su relación con los padres de Alexandra, cederá.

–¿Y Vito quiere ser rey?

–Creo que no ha pensado mucho en ello, puesto que todo el mundo pensaba que sería yo el que ascendería al trono. No obstante, cuando éramos jóvenes y yo le dije que me gustaría trabajar como vulcanólogo a tiempo completo, él dijo que era una lástima que yo no fuera el hijo pequeño, porque así habría podido hacer lo que quería –suspiró–. Cuando le pregunté qué era lo que él quería, me dijo que sería divertido ser rey. Lo dijo riéndose, pero yo sé que no bromeaba.

–Oh, Val…

–Interesante, ¿verdad? A veces, Michelina hacía el comentario de que debería haber nacido primero. Ella y yo estábamos muy unidos y le preocupaba que yo siempre tuviera que cumplir con mi deber. Yo también me preocupaba por ella. Mis padres querían que se casara con Vincenzo pasara lo que pasara.

–Si la gente pudiera escuchar lo que dices, nadie querría cambiarte el puesto. Y en cuanto a tu madre…

–Ha tenido que soportar muchas penas y decepciones, y de veras lo siento por ella. La quiero mucho, pero no va a gobernar mi vida, aunque sea la reina. No soy un mártir, Carolena. Y resulta que Vito tampoco. Tener que casarse con alguien de la realeza está anticuado, pero en su caso resulta que se ha enamorado de una

princesa.

–Vuestra madre pensará que os habéis vuelto locos.

–Al principio, quizá, pero el hecho de que a ella la presionaran para casarse con mi padre no significa que Vito y yo tengamos que hacer lo mismo. Los tiempos han cambiado y tendrá que aceptarlo. Michelina contrató un vientre de alquiler para tener un hijo con Vincenzo. Eso nos ha ayudado a preparar el terreno y ha hecho que sea menos rígida porque adora a su nieto.

–Tú eres el primogénito. Ella tiene las esperanzas puestas en ti.

–¿Todavía no lo has comprendido? Sus esperanzas no son las mías. Cuando yo decidí estudiar Geología, ella sabía que yo iba a seguir mi camino aunque terminara reinando. Cuando se entere de que era Vito al que le hubiera gustado estar comprometido con Alexandra desde hace años, se dará cuenta de que no se puede organizar la vida de los hijos sin que tenga graves consecuencias.

–Estoy muy desconcertada por todo esto. No sé qué decir.

–Quiero que seas mi esposa. Lo único que tienes que decir es sí.

–No, eso no es todo.

–Entonces, habla conmigo. Tenemos toda la noche. Pregúntame todo lo que quieras.

–Val… no es tan sencillo.

–¿Por qué no?

–No sé si quiero casarme.

–¿Porque no hay garantías? Ya hemos tenido esta conversación.

–Solo cuando hablábamos de manera hipotética.

–¿Mientras que ahora es real?

Ella agachó la cabeza.

–Sí. Por un lado, creo que no sería una buena esposa.

–Yo nunca he sido marido. Aprenderemos juntos.

–¿Dónde viviremos?

–¿Compramos la granja de tu familia y vivimos en ella?

–Nunca pretendería que te mudaras a otro país… ¡Tu trabajo en el instituto es muy importante!

–Comprendo que la idea de vivir en el palacio es muy poco atractiva. Buscaremos nuestra propia casa.

–Lo odiarías. Al cabo de un tiempo querrías regresar.

–Nada me gustará más que regresar a casa junto a mi esposa después de un día de trabajo. ¿Te gustaría que compráramos una granja aquí? ¿O preferirías trabajar para un despacho de abogados en Gemelli?

–No lo sé. No puedo contestarte. Todavía no has hablado con tu madre. No tiene sentido hablar de todo esto cuando ella ni siquiera sabe lo que está pasando contigo.

–Cuando regresemos al palacio pasado mañana, iremos a contarle nuestros planes.

–¡Si no tenemos ningún plan!

Él se puso en pie.

–Nos queremos y no deseamos estar separados. Esa es la base de nuestro plan. Ven a la cama conmigo y hablaremos sobre los detalles de cuándo y dónde queremos casarnos, cuántos hijos queremos tener… ¿Queremos un perro?

–No voy a acostarme contigo.

–Sí. Solo hay una cama en el barco, pero, si me pides que no hagamos el amor, no lo haremos.

Al cabo de un momento, ella dijo:

–Ve tú primero. Yo iré una vez que haya limpiado la cocina.

–Te ayudaré. Así practico para cuando nos hayamos casado.

Terminaron enseguida.

–Me prepararé para acostarme –dijo ella.

–Mientras tanto, yo apagaré las luces.

Valentino se lavó los dientes y se dirigió al camarote. Carolena lo esperaba metida en la cama, arrimada a un lateral. Él se acostó y se tumbó boca arriba.

–¿Val?

–¿Sí?

–Berto y yo nunca pasamos una noche juntos.

–¿Ni siquiera después de estar comprometidos?

–No. Nuestras familias eran muy anticuadas.

Él se sentó en la cama.

–¿Me estás diciendo que nunca hicisteis el amor?

–No queríamos mentirle al cura, que nos había dicho que esperásemos.

–Entonces, nunca has estado con un hombre.

–No. Después de que él muriera, no podía dejar de preguntarme qué había estado esperando. Ahora sé que parte de mi dolor tenía que ver con que me sentía engañada. Estaba convencida de que no encontraría a otro hombre y de que nunca conocería lo que es sentirse plena. Durante mucho tiempo estuve enfadada.

Él le apretó el hombro.

–Carolena…

–Cuando empecé a salir con chicos otra vez, quedaba con uno detrás de otro, tal y como decían en los periódicos que hacías tú con las mujeres. Sin embargo, después de conocerte, pienso que todo debía de ser inventado porque he visto que no tienes tiempo.

Él sonrió.

–No tengo tu experiencia, pero eso no me molesta. Solo quería que supieras la verdad sobre mí. No tengo ni idea de si seré una buena amante o no.

–Eso también podemos aplicármelo a mí.

–No. Cuando me besaste en la laguna, pensé que podía morir de éxtasis. Me da miedo el poder que tienes sobre mí.

–¿Miedo por qué?

–Porque temo que todo vaya a desaparecer.

–¿Sabes que yo también tengo ese miedo? Perdí la esperanza de encontrar a una mujer a la que pudiera amar de verdad. Sin embargo, un día descubrí a esta maravillosa criatura en mi piscina. Has cambiado mi vida, Carolena Baretti –la rodeó con los brazos y la estrechó contra su cuerpo–. Quiero ser tu marido.

Ella gimoteó contra su hombro.

–Necesito más tiempo antes de poder decirte sí o no. Tengo demasiadas cosas que asimilar. Cuando regrese a Arancia pediré una cita con un profesional. Espero que alguien me ayude a solucionar todo esto. Debería haber ido a terapia después de la muerte de Berto, pero el sufrimiento ni siquiera me dejó pensar en ello. Sin embargo, empecé a estudiar Derecho e invertí toda mi energía en los estudios.

–¿Y cómo es que terminaste siendo abogada?

–Mi abuela insistió en que fuera a la universidad. Decía que tenía que dedicarme a otra cosa aparte de la agricultura, por si tenía que ocuparme de mí misma algún día. Mientras estudiaba Económicas, uno de los profesores me animó a que me presentara a la prueba de acceso para estudiar Derecho. Saqué muy buena nota y me aceptaron. Allí conocí a Abby. La pobre tuvo que escuchar mis penas sobre la muerte de Berto, pero me ayudó mucho.

–El trabajo es una gran panacea.

–Sí, pero en mi caso hizo que no me enfrentara a las cosas que realmente iban mal. Conocerte ha hecho que todo salga a la superficie. No quiero cargarte con mis problemas, Val. Ahora mismo no puedo estar contigo. Has de comprender que, si no soy capaz de estar contigo con todo esto solucionado, no puede haber

matrimonio. Por favor, dime que lo entiendes.

Se le estaba partiendo el corazón. Abby le había contado que Carolena había estado deprimida mucho tiempo. Ella le recordaba a Matteo, que también tenía asuntos pendientes de solucionar que no lo permitían comprometerse en matrimonio.

–Lo comprendo –susurró–. De veras. Ahora duérmete y no te preocupes por nada.

–Por favor, no le cuentes nada a tu madre sobre mí –suplicó ella.

–Te prometo que no lo haré.

–Siempre cumples tus promesas. Te quiero, Val. No te imaginas cuánto, pero no puedo prometerte cuánto tiempo va a pasar antes de que pueda darte una respuesta.

Capítulo 8

CUATRO días más tarde, en Arancia, la recepcionista del hospital le mostró a Carolena dónde estaba la consulta.

–*Buongiorno, signorina* Baretti –el psicólogo se puso en pie y le estrechó la mano antes de pedirle que se sentara.

–Gracias por atenderme en tan poco tiempo, doctor Greco.

–Un placer. ¿Por qué no me cuenta qué es lo que se le pasa por la cabeza?

–Debería haber hecho terapia hace años.

–No nos preocupemos por eso ahora. Ya ha venido. Póngame en antecedentes.

Ella comenzó a hablar y, poco después, se puso a llorar.

–Lo siento.

–No pasa nada. Tómese el tiempo que necesite.

–No sé qué más contarle –dijo ella, después de tranquilizarse un poco.

–No necesito escuchar nada más. Después de lo que me ha contado, creo que tiene dos problemas. Uno, las altas expectativas que tiene del príncipe. Puesto que él no cumple con sus expectativas, usted no se atreve a dar el siguiente paso para compartir la vida con él.

–¿Expectativas?

–Creo que ha manejado estupendamente todo lo que le ha sucedido en el pasado, pero tiene que superar un gran problema y, si no lo hace, permanecerá deprimida.

–¿Y cuál es?

–Acaba de descubrir que el príncipe quiere casarse con usted, y que para eso está dispuesto a abandonar la posibilidad de convertirse en rey. Eso a usted no le gusta porque nunca lo imaginó capaz de hacer algo así. En cierto modo, hasta puede que la haya decepcionado por ello.

«Guau».

–Cuando me hablaba de cómo los agricultores admiraban al príncipe, le brillaban los ojos. Y también cuando hablaba de cómo

está preparando el país por si el Etna entra en erupción. El hecho de que él esté dispuesto a actuar como un hombre corriente y casarse con usted, la ha sorprendido.

–Lleva toda su vida preparándose para ser rey.

–Sí, pero es hombre antes que príncipe. En eso es en lo que tiene que centrarse.

–Valentino siempre dice que me olvide de que es príncipe.

–Eso es. El hombre ha de ser sincero consigo mismo. Si no tuviera nada que ofrecerle, más que a sí mismo, ¿lo aceptaría?

–Sí. Es un hombre maravilloso, pero ¿y si se casa conmigo y luego se arrepiente?

–¿Cuántos años me dijo que tenía él?

–Treinta y dos.

–¿Y ha cancelado la boda con una princesa a la que no ama?

–Sí.

–Yo diría que ese hombre es lo suficientemente mayor como para saber lo que quiere.

–Y es que es un gobernante estupendo.

–Pensé que era la madre la que gobernaba.

–Sí.

–Y él no es el rey, así que lo que intenta decirme es que es un hombre estupendo sin más.

–Sí

–El otro problema que tiene es el sentimiento de culpabilidad. Eso se puede solucionar con una simple conversación con la reina.

–No creo que pueda.

–Tendrá que hacerlo, porque tiene miedo de que ella nunca la perdone por casarse con su hijo, además de privarlo de que ascienda al trono.

–¿Y si no lo hace?

–Puede que no lo haga, pero no va a casarse con ella. Y el príncipe no permite que ella se entrometa en su camino. Estaría bien tener su aprobación, pero no es necesario. No hay nada de malo en que hable con ella y le cuente cómo se siente. Puede que le diga que sí o que no, pero al menos usted se librará de ese sentimiento de culpabilidad.

Valentino le había prometido que no le hablaría de ella a su madre todavía…

–Le aconsejo que se vaya a casa y que trate de solucionarlo. Después, hágamelo saber.

Era fascinante lo rápido que él le había explicado lo que le sucedía. Carolena se puso en pie sabiendo lo que tenía que hacer.

–Lo haré, doctor. Muchísimas gracias.

* * *

Valentino se agachó al lado de Razzi. Ambos llevaban puestas las máscaras de gas.

–Las erupciones estrombolianas aumentan en intensidad.

–Es cierto. Algo grande está pasando.

Razzi y él llevaban tres días acampados allí para registrar toda la actividad sísmica. El trabajo lo estaba ayudando a no volverse loco. No sabía cuánto tiempo pasaría antes de que tuviera noticias de Carolena.

–Mira, Razzi. Se han abierto más fumarolas en el lado noreste del cono.

–Ahí está la fuente de lava. Se está preparando para explotar.

De pronto, se oyeron fuertes explosiones continuadas y el suelo comenzó a temblar.

–¡Estamos demasiado cerca! –les costaba mantenerse en pie–. Han empezado a salir más fuentes de lava. Ya está. Vamos, Razzi, tenemos que irnos al campamento de más abajo.

Recogieron el equipo y comenzaron a retirarse. Los temblores dificultaban la operación. Cuando ya estaban a mitad de camino del otro campamento, se produjo una fuerte explosión y Valentino fue lanzado contra el suelo, con tanta fuerza que se le cayó la máscara de gas.

Era como si hubiera oscurecido. Buscó la máscara para intentar ponérsela de nuevo. Intentó llamar a Razzi para que lo ayudara, pero el humo venenoso se coló en sus pulmones. Por primera vez desde que subía al Etna, tuvo el presentimiento de que podía no salir de allí con vida.

Su último pensamiento fue para Carolena, quien podría tener que enfrentarse de nuevo a la pérdida de un ser querido.

Nada más regresar a su apartamento, Carolena hizo una reserva para volar a Gemelli ese mismo día. Como todavía no había regresado al trabajo, solo tenía que solucionar un par de cosas, hacer la maleta y llamar a un taxi para que la llevara al aeropuerto.

Llegó a Gemelli sobre las cinco y media de la tarde y se dirigió a un hotel. Llevaba cuatro días sin saber nada de Valentino y estaba muy nerviosa pensando en que pronto volvería a verlo. Lo primero que tenía que hacer era llamar al palacio. Quería darle una sorpresa.

Cuando contestó el operador, le dijo que Valentino no podía ponerse. Entonces, preguntó por Vito Cavelli.

Poco después, oyó una voz masculina al otro lado del teléfono.

–¿*Signorina* Baretti? ¿Es usted?

–Sí, Alteza.

–Por favor, llámame Vito. Eres la famosa presentadora del vídeo.

–Lo de famosa…

–Para mí sí. He visto el vídeo con mi madre y nos ha parecido estupendo.

–Gracias. Iba a decir que, si hay alguien famoso, eres tú, por pintarles bigote a los querubines del palacio.

Él soltó una carcajada.

–¿Estás llamando desde Arancia?

Ella agarró el teléfono con fuerza.

–No. Acabo de llegar a Gemelli y me estoy alojando en el hotel Regency.

–*Grazie a Dio* que estás aquí –dijo él.

Ella notó un cambio en su tono de voz y se asustó.

–¿Qué ha pasado?

–Confiaba en que tú pudieras decírmelo. Hace cuatro días Valentino se marchó a Catania, y desde entonces no he hablado con él. Le he dejado varios mensajes. *Signorina?* ¿Mi hermano sabe que estás aquí?

–Todavía no. Quería ir al palacio y darle una sorpresa.

–¿Tienes su número de móvil?

–Sí. Lo llamaré enseguida.

–Cuando hables con él, ¿puedes decirle que me devuelva la llamada? Tengo algo importante que decirle.

Ella frunció el ceño.

–¿Vito?

–¿Sí?

–Me gustaría pedirte un favor.

–Dime.

–¿Sería posible que yo hablara con tu madre esta noche o mañana por la mañana? Es muy importante para mí.

–Me temo que no está en el país, pero regresa mañana por la tarde. Lo organizaré todo para que puedas reunirte con ella.

–Gracias. ¿Es posible que esté en Arancia? –a lo mejor había ido a visitar a Vincenzo y a Abby.

–No. Ha ido a Chipre y me ha dejado a cargo de todo. Supongo que Valentino te ha contado lo mío con Alexandra. Las familias se han reunido para hablar de los planes de boda. Estamos pensando en celebrarla dentro de cuatro semanas.

–Me alegro mucho por vosotros, Vito. Y lo digo en serio.

–Gracias. Ojalá yo pudiera decir lo mismo de mi hermano.

–¿Qué quieres decir?

–Me da la sensación de que eres la única persona que sabe lo que le pasa. No contesta a las llamadas de nadie. Y eso nunca lo había hecho. Mi madre está muy preocupada por él.

–Intentaré localizarlo –dijo ella–, y le diré que se ponga en contacto contigo inmediatamente.

–Te lo agradezco. Buena suerte.

El miedo invadió su corazón. Vito conocía a su hermano mejor que nadie. Que le hubiera deseado buena suerte significaba que iba a necesitarla. ¿Y si Valentino no podía llamar a nadie? ¿Y si había tenido algún problema? Un sudor frío le cubrió la piel.

–Buenas noches, Vito.

–*Buona notte, signorina.*

Nada más colgar, llamó a Valentino y solo tuvo la opción de dejarle un mensaje en el contestador. Con voz temblorosa, le dijo que estaba en Gemelli, que lo amaba y que se moría por verlo. Y por favor, que le devolviera la llamada.

Después, buscó el número de teléfono del restaurante de Matteo, pero descubrió que era su día libre y que él no estaba. La única opción que le quedaba era ir a buscar a Valentino.

Llamó al aeropuerto y reservó un vuelo para Catania a las siete de la mañana. Desde allí, tomaría un taxi hasta el centro al que había ido con él.

Se acostó, pero no pudo dormir. Valentino todavía no la había llamado. A las cinco de la mañana, se levantó y se vistió con unos pantalones vaqueros y una camiseta. Se puso las botas y bajó a buscar algo de comida al restaurante. Sabía que debía comer algo antes de marcharse.

El avión que la llevaría hasta Catania estaba lleno de turistas, y una vez en el aeropuerto tuvo que esperar bastante para tomar un

taxi que la llevara al instituto.

Una vez allí, se dirigió a la recepción, donde un hombre le preguntó:

–¿Puedo ayudarla, *signorina*?

–Tengo que hablar con Valentino Cellini.

El hombre sonrió.

–¿Y usted es…?

–Carolena Baretti. Soy una abogada de Arancia que ha trabajado en un proyecto especial con Su Alteza. Tengo que verlo inmediatamente.

–Me temo que eso no es posible.

–¿Por qué no?

–Está en el terreno.

–¿Y puede enviarle un mensaje?

–Puede dejarle uno aquí. Lo recogerá cuando sea posible para él.

–¿Y podría hablar con uno de los pilotos del centro? Se llama Dante Serrano. Es el que me llevó a la cima del Etna con el príncipe hace poco.

–Voy a ver si puedo localizarlo –hizo una llamada–. El *signor* Serrano entrará a trabajar dentro de unos minutos.

–En ese caso, esperaré a que venga en el recibidor. ¿Me avisará cuando llegue?

–Por supuesto.

–Gracias.

Carolena no llevaba mucho tiempo esperando cuando llegó el piloto. Ella se acercó para saludarlo, y al ver que estaba muy serio supo que algo iba mal.

–Buenos días, Dante. Quería hablar contigo. No he podido localizar a Valentino.

–Nadie ha podido localizarlo, ni a él ni a Razzi, su compañero. Estaban acampados cerca de donde ha habido una nueva erupción. En el campamento base creen que estaban de regreso hacia allí, pero han perdido el contacto con ellos.

–Quieres decir que…

–Quiero decir que nadie ha podido contactar con ellos todavía.

–Entonces, debe de ser grave. No puedo perderlo, Dante. ¡No puedo!

–No hablemos de ello ahora. Han salido varios helicópteros en su busca. Es mi día libre, pero me han llamado para ayudar. Valentino es lo mejor de lo mejor, ya sabes.

–¡Lo sé! –dijo Carolena–. Sin él mi vida no merecerá la pena vivirla. ¡Voy contigo!

–No, no. Es demasiado peligroso.

–Tengo que ir contigo. Para mí es cuestión de vida o muerte. Lo quiero, y vamos a casarnos.

Él suspiró y dijo:

–Está bien. Puedes venir, pero harás todo lo que yo te diga.

–Lo prometo.

Ella lo siguió hasta el helicóptero. Una vez dentro se sentó y se puso el cinturón. Él le tendió una máscara de gas.

–Quiero que te la pongas cuando te lo diga.

–Lo haré.

Entró otro piloto y Dante los presentó antes de arrancar.

Al principio, todo parecía igual que el primer día que fue al Etna. Al cabo de unos momentos, el aire se llenó de ceniza y más tarde el cielo se oscureció.

Cuando el helicóptero se acercó, ella vio una gran columna de cenizas saliendo de un cráter lleno de lava y se horrorizó al pensar que Valentino pudiera estar allí.

–Ponte la máscara. Vamos a aterrizar en el campamento base.

Cuando tocaron el suelo, Carolena vio que había muchos geólogos en la zona.

–Quiero que te quedes en el helicóptero hasta que te diga lo contrario.

–Lo haré, pero encuéntralo, por favor –dijo ella, con la máscara puesta.

–Reza por ello –murmuró él.

Los dos hombres desaparecieron y, momentos después, ella oyó el ruido de otro helicóptero aterrizando. La gente salió corriendo hacia allí. Ella observó y vio que sacaban a una persona. ¿Sería Valentino?

Olvidando el consejo de Dante, se bajó del helicóptero y comenzó a correr. Llevaban a la víctima en una camilla hasta unas tiendas que habían instalado. Ella los siguió, pero había tanta gente que no consiguió ver nada.

El copiloto de su helicóptero la vio y la agarró del brazo.

–Se suponía que no debía bajar del helicóptero.

–No me importa. ¿Es Valentino?

–No lo sé todavía, pero lo averiguaré.

Ella contuvo la respiración hasta que regresó.

–Es Razzi, el compañero de Valentino.
–Está…
–Vivo. Y mareado a causa de una caída.
–¿Dónde está Valentino?
–Lo traen en otro helicóptero.
–¡Lo han encontrado!
–Sí.
–Gracias por decírmelo –salió a esperar a que llegara el otro helicóptero.
Carolena vio que abrían la puerta, pero que no sacaban a Valentino. Dante se acercó a ella y le dijo:
–Valentino se ha golpeado la cabeza con una roca. Cuando lo encontraron estaba inconsciente, pero vivo.
–Menos mal –gimoteó ella, mientras se dirigían al helicóptero de Dante.
–Desde luego. Lo han llevado al hospital. Te llevaré hasta allí. Dentro de no mucho podrás visitarlo.
–Gracias por haberme subido hasta aquí. Estoy en deuda contigo.
–Tiene suerte de que lo ames lo suficiente como para enfrentarte al peligro. No todo el mundo tiene tanto coraje. Razzi ha dicho que presenciaron una explosión que podría haberlos matado. He oído que las imágenes de la grabación que han hecho son las mejores de todas las que se habían hecho hasta ahora. Son héroes.
–Igual que tú, Dante.
–¿Sí? –él sonrió.
–Sí.
Carolena recordó la conversación que había tenido con el doctor Greco.
«Y él no es el rey, así que lo que intenta decirme es que es un hombre estupendo sin más».

–¿Alteza?
Valentino estaba tumbado en la cama viendo la televisión cuando entró la enfermera. A causa de la contusión, querían que permaneciera una noche en observación.
–¿Sí?
–¿Le apetecería recibir una visita?
Solo había una persona a la que deseaba ver. Si ella ya había

tomado una decisión, y era la equivocada, él habría preferido quedarse junto al volcán.

–¿Quién es?

–Me ha pedido que sea una sorpresa.

Valentino pensó que sería Vito. Si fuera Vincenzo, habría entrado sin más.

–¿Quiere que le diga que no se encuentra bien?

Mientras intentaba decidirse, oyó un ruido en la puerta y vio que era Carolena.

–Val, cariño… –soltó entre lágrimas mientras corría hacia él.

Al verla, él intentó salir de la cama, pero ella lo alcanzó antes de que consiguiera sentarse y lo abrazó.

–¡Menos mal que estás vivo! Si te hubiera perdido, habría deseado morir.

Él la abrazó también y la medio colocó sobre su cuerpo.

–Soy más duro que todo eso. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

–Anoche llegué a Gemelli. Al ver que no contestabas a mis llamadas y que Vito no te localizaba, esta mañana me vine a Catania y tomé un taxi hasta el instituto.

–¿Esta mañana estabas allí? –preguntó asombrado.

–¡Sí! Tenía que verte, pero Dante me dijo que estabas en el volcán y que no habían contactado con vosotros desde la erupción. Subí con él al campamento base.

–¿Él te llevó?

–No quería, pero, cuando le dije que íbamos a casarnos y que no podía vivir sin ti, le di lástima y me dejó ir.

–¿Vas a casarte conmigo?

–En cuanto podamos –le acarició la cabeza–. Eres mío y quiero que todo el mundo lo sepa –lo besó en la boca.

–*Adorata*…

Ella lo volvió a besar, aprisionándolo contra la almohada, y gimoteó hasta que consiguió controlar las lágrimas.

–¿Sabes que tu madre está en Chipre para organizar la boda de Vito y Alexandra? Mientras ellos la celebran a lo grande, después de todo lo que han pasado, ¿no estaría bien que nosotros celebráramos lo antes posible una ceremonia privada con Vincenzo y Abby de testigos? Me encantaría pronunciar los votos en la capilla del palacio. Y mientras estemos de luna de miel, Vincenzo y Abby podrían quedarse en el palacio con tu madre para que ella pueda pasar más tiempo con el hijo de Michelina. Quiero que todo el

mundo esté contento. Nosotros dos sobre todo. ¿Qué te parece?

A Valentino se le humedecieron los ojos.

–Primero quiero saber qué es lo que ha provocado este cambio tan drástico en ti.

–Un doctor muy sabio me ayudó a descubrir lo que me estaba pasando. Me dijo que me sentía decepcionada por el hecho de que estuvieras dispuesto a renunciar al trono para casarte conmigo. Y que esa decepción encubría el sentimiento de culpabilidad que tenía por que hubieras tomado esa decisión. Entonces, me preguntó si no podía amar al hombre que eras en lugar de al príncipe.

–Pues recuérdame que le envíe un cheque generoso por los servicios prestados.

–Ya le entregué uno –lo besó en el mentón varias veces–. Tienes barba, pero me gustas rasposo.

–Igual me la dejo crecer.

–Lo que quieras. Ah… otra cosa. El doctor cree que dejaré de sentirme culpable en cuanto hable con tu madre. Aunque no me perdone nunca por haber arruinado las expectativas que tenía hacia ti, tengo que enfrentarme a ella.

–Lo haremos juntos, esta noche.

–Tú tienes que quedarte aquí. No te darán el alta hasta mañana. Hablaremos con ella entonces.

–En ese caso, acércate para que te bese otra vez.

Ella miró hacia la puerta.

–¿No es algo ilegal? ¿Y si alguien nos pilla?

–¿Nos importa? Es mi habitación privada.

–Cariño –susurró ella, abrazándolo–. ¿Qué pasó en el volcán? Quiero saberlo.

Él suspiró y le contó lo que había pasado después de que apareciera la primera fuente de lava.

–Cuando vi la nube de humo supe que teníamos que correr para salvar la vida.

–¿Pasaste miedo?

–En ese momento no. Era espectacular.

–Lo vi desde la distancia. No creo que haya nada en la naturaleza con lo que se pueda comparar.

–No lo hay –le acarició la espalda–. ¿Recuerdas cómo tembló la tierra cuando subiste conmigo?

–Nunca lo olvidaré.

–Pues esta vez era tan fuerte que no podíamos mantenernos en

pie. Ahí es cuando comenzó a ponerse emocionante. De pronto, salí disparado hacia delante. Choqué contra el suelo, perdí lo que llevaba en la mano y se me soltó la máscara.

–Val…

–Me asusté porque no podía encontrarla en la oscuridad.

En ese momento, ella le rodeó el cuello con los brazos y lloró contra su pecho.

–Dante dice que eres un héroe por acercarte lo suficiente como para grabarlo. Te adoro.

–¿Quieres decir que no vas a pedirme que abandone la profesión?

–¿Bromeas? No hay nada más emocionante que lo que haces. Pienso subir contigo a menudo. Cuando tengamos hijos, podrás enseñarles la montaña. Iremos todos juntos.

Una semana más tarde, Carolena estaba sentada en el camarote cepillándose el cabello. El yate estaba navegando hacia el Adriático. Valentino le había dicho que Montenegro sería una de las primeras escalas y a Carolena, aquello le parecía un sueño.

Dos horas antes el pastor había celebrado la ceremonia de boda en la capilla del palacio, delante de los más allegados y de Matteo, el mejor amigo de Valentino. Y desde entonces, Carolena lucía en su dedo un anillo de oro blanco con una esmeralda. Se había convertido en la *signora* de Valentino Agostino Cellini, y estaba nerviosa.

Cuando llamaron a la puerta ella se sobresaltó y se puso en pie. Valentino había entrado en la habitación, vestido con un albornoz y, al verlo tan atractivo, ella se quedó sin habla.

–Sé que algo no va bien, *bellisima*. Sé que has echado de menos a tus padres y a tus abuelos en la boda. Quiero pensar que estaban mirándonos y que son felices. Permíteme que a partir de ahora sea tu familia.

–Lo eres. Eres toda mi vida –contestó ella.

–Pensé que disfrutarías de nuestra primera noche a bordo, pero a lo mejor preferirías haber ido a otro sitio.

–No. Este lugar es perfecto.

–Si lo dices en serio…

–Por supuesto.

Ella no sabía cuáles eran sus intenciones hasta que la tomó en

brazos.

–Entonces, bienvenida a mi vida, *sposa mia* –la besó en los labios y la llevó hasta la habitación principal. Se tumbó junto a ella en la cama y la colocó sobre su cuerpo–. Nunca ha habido una novia tan bella. Sé que nos conocemos desde hace poco, pero tengo la sensación de que llevo toda la vida esperándote. Ámame, Carolena. Te deseo –le rogó.

Carolena se dejó llevar por su instinto y comenzó a amarlo. Momentos después, el éxtasis la llevó hasta un lugar desconocido. Pasaron la noche dándose placer, de un modo que ella no creía posible.

–No dejes de amarme nunca –le suplicó ella cuando amaneció–. No sabía que podía existir algo así. Te quiero, Val. Tanto que resulta hasta doloroso. Aunque es un dolor de los buenos.

–Lo sé –él le acarició el cabello–. Tenemos el resto de la vida para amarnos –la besó apasionadamente–. Y pensar que hemos estado a punto de perdérnoslo…

–No quiero pensar en ello. Me volví loca desde el primer día en que te vi. No a todo el mundo le pasa algo así. Es increíblemente potente.

–Así es como debe ser cuando todo está bien.

–¿Sabes quién parecía muy contenta anoche?

–Mi madre.

–¿Te diste cuenta? –inquirió ella.

–Nunca lo admitirá, pero en el fondo se alegra de que sus hijos hayan encontrado el amor verdadero, algo que a ella le fue negado.

–Después de conocerte, supe que siempre había sido una madre estupenda, pero la manera en que ha aceptado nuestra noticia ha hecho que la admire más de lo que te puedas imaginar. Estoy empezando a quererla, Val. Quiero conocerla bien. Ella echa de menos a su hija y yo a mi abuela.

Él la abrazó más fuerte.

–¿Tienes idea de lo que significa para mí oírte decir eso?

–Es maravilloso tener una familia otra vez. Estar a tu lado.

–Eres maravillosa, y no puedo guardar el secreto que Vincenzo quería contarte en persona. Cuando te lo cuente, prométeme que harás como si no supieras nada.

–Van a tener un bebé.

–Si es así, yo no lo sé todavía. El secreto tiene que ver contigo.

–¿Qué quieres decir?

–En lugar de pagarte por los servicios que has prestado a ambos países, Vincenzo ha ido a hablar con los propietarios de la granja de tus abuelos y se ha enterado de que están dispuestos a vendértela.

–¿De veras?

Él la tumbó boca arriba y sonrió.

–Pensé que te haría feliz. La utilizaremos como segunda residencia cuando vayamos a Arancia de visita.

–Nuestros hijos jugarán entre limoneros con los hijos de Abby y Vincenzo.

–Sí. Y cuando regresemos de la luna de miel decidiremos dónde queremos vivir.

–Vito ya lo ha decidido, pero es su secreto. Tienes que prometerme que no le dirás que te lo he contado.

–¿Mi hermano?

–Sí. Ha dicho que está dispuesto a ser rey mientras tú estés a su lado para ayudarlo. Ya ha empezado la reforma del ala norte del palacio, donde solíais jugar a los piratas. He visto que tiene una ventana desde la que se ve el Etna. Es el lugar perfecto para ti. Dice que el ala no tendrá acceso desde el palacio para que podamos tener intimidad.

–¿Y a ti te parece bien?

–Me encanta la idea de estar cerca de la familia. Será divertido que nuestros hijos jueguen todos juntos, y tendrán una abuela cerca para que los mime.

–¿Me estás diciendo que quieres tener un bebé? –preguntó él con una amplia sonrisa.

–¿Tú no? Después de lo de anoche, igual ya estoy embarazada.

–Para asegurarnos, creo que seguiremos de luna de miel para siempre.

Ella lo besó hasta que se quedaron sin respiración.

–Tenías razón acerca de lo de la pasión. Cada vez arde con más fuerza. Ámame de nuevo y no pares nunca.

–Como si pudiera…